

LA ÚLTIMA FRONTERA

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
HABÍA UNA VEZ UN PLANETA	3
CUANDO LAS ESTRELLAS BRILLEN DE NUEVO	12
CAMINO DE MIL INFINITOS	48
EL VIGÍA	93
VIAJE A LA ETERNIDAD	98
UNA CUESTIÓN DE SEMÁNTICA	103
CONDENADOS A VIVIR	115
PLUS ULTRA	120
NO HAY MAL QUE POR BIEN...	128
FIAT LUX	142
NUDISMO INTEGRAL	148
UNA MANSIÓN EN EL CIELO	150
SIDERA VISUS	156
RUMBO A LAS ESTRELLAS	161

PRESENTACIÓN

El espacio: la última frontera. Así comenzaba la presentación de los episodios de *Star Trek* en los ya lejanos años sesenta, introduciéndonos en un fascinante viaje por el universo hasta alcanzar lugares donde nadie ha podido llegar. Esta breve frase resumía a la perfección el tipo de ciencia ficción que más me atraía entonces y, en buena parte, me sigue atrayendo ahora, los viajes por un espacio infinito y desconocido que me permitieron disfrutar del tan inasible sentido de la maravilla viajando con la imaginación por los lugares más remotos del universo.

Así pues, no es de extrañar que yo también intentara hacer mis pinitos en este sugestivo subgénero de la ciencia ficción; en realidad no son demasiados los relatos que he escrito que puedan incluirse aquí, dándose la circunstancia de que la mayoría son bastante antiguos y, curiosamente, también bastante más largos de lo habitual; pero ahí están, y creo que merecen la pena ser singularizados en un apartado propio.

He excluido de esta sección todos los relatos en los que aparecen extraterrestres; no porque no pudieran figurar también aquí, que podrían haberlo hecho perfectamente, sino porque éstos cuentan con una sección propia.

José Carlos Canalda

HABÍA UNA VEZ UN PLANETA

La nave exploradora LO-3957-Z *Póllux* era una entre las cinco mil componentes de la gran flota puesta en pie por el gobierno terrestre con la misión de buscar y encontrar planetas habitables donde volcar los excedentes humanos del superpoblado imperio. Desde que ochenta años atrás se aboliese definitivamente el tan aborrecido control de la natalidad, que tantos disturbios sociales había provocado, el aumento demográfico había sido tan espectacular que había obligado a los gobernantes del planeta a adoptar drásticas medidas con el fin de contrarrestarlo, creando de la noche a la mañana a la mañana la popular flota exploradora que, recorriendo los confines del universo, descubriría nuevos planetas vírgenes donde volcar los excedentes de población que tanto preocupaban a la metrópoli.

Dado la condición de suma prioridad con que se vio considerado desde un principio tan importante proyecto, sus responsables tuvieron en sus manos los más modernos y sofisticados recursos de que disponía la sociedad de la que formaban parte. El imperio se volcó, no cabe otro calificativo, en la elaboración de tan ambicioso plan, en el cual cifraban todas sus esperanzas. Del éxito de éste, afirmaban sus promotores, dependía el futuro de la civilización humana; y no se desviaban demasiado de la realidad.

Por fin llegó el tan ansiado momento y cinco mil esbeltas naves, llevando en su seno a la flor y nata de la ciencia y la astronáutica terrestre, se lanzaron rumbo a lo desconocido desperdigándose por el infinito cosmos con una audacia sin precedentes en busca de nuevas patrias en las cuales la humanidad pudiera establecer su hogar.

No iban a ciegas sino siguiendo un método perfectamente lógico y racional que pronto comenzaría a rendir sus frutos. No servía cualquier estrella, eso estaba claro; sólo una estrella con una temperatura adecuada, ni excesivamente caliente ni demasiado fría, serviría para albergar vida. En la práctica el intervalo quedaba reducido a las estrellas de tipos espectrales F, G o K, es decir, aquéllas de color blanco amarillento, amarillo o anaranjado.

Otro factor a tener en cuenta era la velocidad de rotación estelar. Una estrella solitaria, es decir, sin sistema solar, retenía en su seno una gran cantidad de energía asociada a su movimiento de rotación; era lo que los astrónomos llamaban estrellas de rotación rápida. Pero si en la noche de los tiempos se había creado un sistema planetario en torno astro central, gran parte del momento angular sería absorbido por sus diminutos acompañantes, convirtiéndose entonces en una estrella de rotación lenta.

Conjuntando ambas premisas, se tendría una aceptable posibilidad de éxito en la búsqueda de planetas aptos para la vida. Había aún un tercer factor, si bien de menor importancia, a añadir a los dos anteriores: las posibilidades de existencia de planetas en los

sistemas estelares múltiples, muy frecuentes en la galaxia, eran muy escasas y prácticamente nulas. Había que buscar, pues, entre las estrellas amarillas, de rotación lenta y que no formaran parte de sistemas estelares múltiples.

La experiencia había destruido por completo la teoría del catastrofismo en la formación del Sistema Solar, considerado durante mucho tiempo como un fenómeno puramente accidental con muy escasas posibilidades de repetición. Muy al contrario, se había comprobado que el universo obraba con la lógica aplastante de la sencillez creando un sistema solar siempre que las circunstancias lo permitieran. Por consiguiente, la existencia de sistemas planetarios había resultado ser un fenómeno perfectamente común y hasta frecuente en todo el ámbito de la Vía Láctea, rigiéndose por unas leyes físicas que los astrónomos estaban comenzando a comprender. Como es lógico suponer, existían muchas estrellas que, incapaces de reunir las condiciones necesarias para ello, se veían privadas de sus compañeros planetarios, y había muchas también que, aun contando con planetas, éstos no resultaban ser aptos para el hombre.

Por otro lado, no era menos lógica la aparición de la vida en el seno de los sistemas estelares capaces de albergarla. De hecho, si existía un planeta a la distancia precisa, con el tamaño justo y además poseía una serie de compuestos químicos tales como agua, metano y amoníaco, por otra parte muy abundantes en el cosmos, en cantidades suficientes para ello, la aparición de la vida en aquel astro sería un fenómeno más que probable.

Ahora bien, a pesar de las garantías con que contaban estos modernos buscadores de patrias la suerte no había dejado de ser un factor de peso, dado que a pesar del esfuerzo realizado por la totalidad de los responsables del proyecto una gran cantidad de variables aleatorias no habían podido ser eliminadas por completo. Esto hacía que la labor de estos intrépidos aventureros no se limitara a un monótono y rutinario trabajo de confirmación y catalogación como podría pensarse en un principio, ya que en realidad ésta estaba teñida por la incertidumbre y el desconocimiento de lo que el destino les podía deparar en la siguiente etapa. De esta manera lo que se perdía en seguridad se ganaba en interés proporcionándoles una labor mucho más amena y excitante de lo que a primera vista pudiera parecer, hecho éste que agradecían en su interior la totalidad de los integrantes del programa.

Pero algunas veces lo imprevisible se transformaba en esquivo y negativo, como había ocurrido a los desesperados viajeros de la *Póllux* que, desde que comenzaran su largo periplo, no habían cosechado mas que fracasos en la labor que les había sido encomendada. Habían visitado docenas de sistemas planetarios obteniendo toda una serie de valiosos datos que serían muy útiles para los científicos que en un futuro siguieran sus pasos, pero ni uno solo de estos planetas se había mostrado apto para albergar vida. Un fracaso, en suma, teniendo en cuenta los móviles principales de la expedición de la que formaban parte.

Es de imaginar, pues, el estado de ánimo que embargaba a los expedicionarios cuando éstos asumieron la labor de estudiar el siguiente astro de la lista: Una pequeña estrella F2, amarillenta y sin nombre, registrada en los mapas estelares con una larga y aséptica cifra. En principio se presentaba como apta para albergar vida... Al igual que las docenas de decepciones acumuladas por los exploradores.

Sin muchas esperanzas se puso en marcha el sofisticado engranaje científico de la *Póllux*. Las primeras medidas gravimétricas confirmaron el hecho ya sospechado de la existencia de planetas girando en su torno; al menos, algo había para empezar. Pero habría que esperar a la observación óptica para poder obtener mayor cantidad de datos.

Todo estaba ya preparado cuando se estableció contacto visual, es decir, telescópico. La totalidad de los científicos, así como la tripulación, estaban en sus puestos preguntándose si merecería la pena asistir a un nuevo fracaso. Al fin un astrónomo enfocó el telescopio de gran campo visual al sistema descubriendo que, en efecto, había planetas girando en torno a la estrella sin nombre: seis en total todos los cuales describían órbitas muy ceñidas al plano de la eclíptica, la cual al formar un ángulo muy abierto con la trayectoria seguida por la *Póllux* mostraba a sus tripulantes la totalidad del sistema.

El siguiente paso consistía en calcular la zona de probabilidad, nombre con el que era definida la región anular en la que debían estar contenidas las órbitas de los planetas con posibilidades de albergar vida, la cual variaba como era natural con las características particulares del astro en cuestión, y posteriormente se comprobaba la existencia de algún planeta en dicho sector estelar. Con alivio constataron que dos planetas, el segundo y el tercero, caían dentro de dicha zona, aunque pronto sería descartado el tercero ya que, si bien estaba situado dentro de la zona de probabilidad, su órbita rozaba el borde externo de ésta. Dicho de otro modo, era demasiado frío. Además se trataba de un astro pequeño, y tanto la observación telescópica como la espectroscópica revelaron la existencia de una atmósfera extremadamente tenue y enrarecida no apta en modo alguno para la vida.

Otra cosa muy distinta era el segundo. Estaba situado a la distancia óptima y su tamaño era ligeramente superior al terrestre. En torno suyo giraban dos satélites de pequeño tamaño gracias a los cuales fue posible determinar la masa del planeta y a partir de ese dato calcular la atracción gravitatoria en su superficie, la cual resultó ser algo superior a la terrestre si bien con un valor inferior al que tendría de haber contado con una densidad similar a la de la Tierra..

Fácilmente se comprobó que el planeta estaba provisto de una densa atmósfera, por otro lado perfectamente respirable; tenía incluso un mayor porcentaje de oxígeno que la terrestre acompañado de una mayor proporción de gases nobles en detrimento del

nitrógeno. Otras dos importantes sustancias gaseosas, el dióxido de carbono y el vapor de agua, también se hallaban presentes en las cantidades adecuadas.

Al llegar a este punto las observaciones a distancia no dieron más de sí. Considerando también que se habían observado grandes masas de agua líquida -mares- en la superficie del planeta, los indicios no podían ser en principio más alentadores.

Por primera vez esperanzados, los viajeros de la *Póllux* procedieron a preparar la segunda fase de la exploración, consistente en el envío al planeta de una sonda automática. El metódico plan seguía felizmente su marcha para alegría de sus ejecutores.

Una vez separado de su nave matriz el vehículo robot alcanzó rápidamente las capas altas de la atmósfera comenzando a enviar datos que eran recogidos con avidez en la *Póllux*. Primero efectuó un nuevo y mucho más preciso análisis atmosférico que no sólo confirmó los datos anteriores sino que corroboró también la ausencia de sustancias tan temidas como el ácido cianhídrico o los óxidos de nitrógeno, peligrosas aun en la escala de impurezas. La capa gaseosa que rodeaba el planeta era, si cabe, mejor incluso que la terrestre.

Cuando la sonda, una vez a baja altura, comenzó a enviar imágenes visuales correspondientes a la superficie del planeta, la euforia se apoderó por completo de los tripulantes de la nave. La espera no había resultado vana: El planeta podía ser calificado, sin pecar de excesiva exageración, de un perfecto jardín del Edén. Todo él era un mar de verdor surcado por innumerables cintas de plata y poblado por una pléyade de seres vivos. En suma, un lugar perfecto para ser catalogado como habitable.

Pero no todo estaba ultimado; si bien químicamente el planeta era perfectamente apto para la vida, podría no ocurrir lo mismo con el factor biológico, ya que unos microorganismos letales bien podrían dar al traste con la totalidad del proyecto. En el estudio de esta fase radicaba la más complicada etapa del proyecto, y también la mas larga. Pero cuando la última de estas pruebas dio negativa, los expedicionarios se sintieron muy cerca del éxito.

El resto del programa transcurriría sin la menor complicación una vez zanjadas las etapas más problemáticas del proyecto. Abandonando la órbita de satélite que había estado describiendo desde su llegada, la *Póllux* puso proa al planeta aterrizando con éxito en el lugar previamente seleccionado desde el aire. Evidentemente el punto elegido para hacerlo era el idóneo. Situado a una latitud media en el interior del menor de los tres continentes existentes en el planeta y a resguardo de las fuertes mareas que debían de producirse en él, se trataba de unas suaves y onduladas praderas inmaculadamente verdes por las que pululaban infinidad de pequeños animales equiparables a los herbívoros terrestres. Un

plácido río de claras aguas desembocaba poco más allá en un vasto lago tras dividir en dos a la inmensa llanura, y unas lejanas y nevadas montañas contribuían aún más a refrendar la bucólica estampa.

Tras una rápida comprobación in situ de los datos enviados por la ya inútil sonda, los impacientes expedicionarios se desperdigaron ávidamente por aquel lujuriente vergel. Pero tras la tempestad vino la calma, y una vez apagada la lógica euforia inicial cada cual se puso a trabajar en la labor que tenía encomendada, comenzando a desvelar uno por uno los secretos del hospitalario planeta con una efectividad digna de los mejores encomios.

Pasó el tiempo y el jefe científico de la expedición vio acumularse en su gabinete multitud de expedientes que recogían la labor investigadora de sus subordinados. Los resultados no podían ser más halagüeños: La climatología del planeta era en general muy benigna gracias a la inexistencia de grandes masas continentales que contribuyeran a endurecer el clima. La pluviosidad era elevada y con escasas fluctuaciones anuales, y el suelo resultó ser sumamente fértil. La escasa inclinación del eje del planeta sobre el plano orbital propiciaba además unas suaves variaciones estacionales. Y por si fuera poco, se habían descubierto importantes yacimientos minerales que contribuirían en no pequeña medida a la economía de la futura colonia.

El planeta rebosaba vida. Tras catalogar multitud de plantas y viviseccionar infinidad de animales, los biólogos construyeron la estructura taxonómica del planeta en sus dos reinos, animal y vegetal, comprobando que seguía un esquema paralelo y, lo principal de todo, perfectamente compatible con el de la Tierra.

Los bioquímicos fueron todavía más lejos llegando a la conclusión de que el metabolismo de los seres autóctonos del planeta era análogo, hasta el último aminoácido, al de la vida surgida en el planeta madre. Era, en suma, un éxito total que compensaba con creces los sinsabores que le habían precedido.

Temblando por la emoción los científicos de la *Póllux* se reunieron con el fin de redactar el tan ansiado informe final declarando apto para la colonización al planeta, al que curiosamente nadie había bautizado aún. Y no fue un científico, sino un astronauta, quien sugirió celebrar la buena nueva de una manera sonada. ¿Y qué mejor forma -razonaba- sino organizando un gran festín a base de alimentos nativos del planeta?

Aceptada por aclamación la gastronómica propuesta, los entusiasmados expedicionarios se dedicaron con un celo digno del mejor encomio a recolectar cuanto animal o planta pretendidamente comestible caía en sus manos mientras los improvisados cocineros se aprestaban a condimentarlos. Fue un ágape digno de sibaritas... Y sus efectos no tardaron en dejarse sentir.

En poco tiempo los médicos de la nave se vieron impotentes para atender simultáneamente la gran cantidad de dolores de estómago que como una epidemia se abatieron sobre la totalidad de los participantes en el pantagruélico festín. En un principio fue atribuida tan inoportuna dolencia a una múltiple indigestión provocada sin duda por el brusco cambio de régimen; en efecto, durante meses en la *Póllux* se había seguido una monótona dieta de alimentos sintéticos en cantidades además no muy abundantes. Las consecuencias eran, pues, lógicas. Pero cuando se hizo preciso un lavado de estómago para eliminar las perniciosas secuelas observándose que, sin excepción, ninguno de los expedicionarios había podido digerir los alimentos originarios del planeta, los científicos comenzaron a sospechar que algo no marchaba bien a pesar de los resultados positivos obtenidos en sus refinados análisis.

Como suele suceder en tales circunstancias, cada cual comenzó a culpar al vecino más cercano del fracaso experimentado. Los bioquímicos se escudaban en la similitud total entre la bioquímica de los dos planetas, similitud que según ellos no daba pie a la menor duda. Por su parte, los biólogos aducían que sus análisis eran perfectos y sin el menor atisbo de fallo. Y mientras tanto, el resto de la dotación, científicos y astronautas, acusaba de inútiles a sus atribulados compañeros.

Rápidamente fue convocada una reunión de la totalidad de los expedicionarios con el fin de encontrar posibles explicaciones -y soluciones- a tan irritante fracaso. Una tras otra se fueron desgranando toda una serie de descabelladas teorías, ninguna de las cuales explicaba satisfactoriamente el fenómeno.

Por fin le tocó el turno a uno de los químicos de la expedición, el cual afirmó haber hallado la tan ansiada solución. Con escepticismo, pero también con esperanza, fue invitado a exponer sus conclusiones ante el resto de sus colegas.

-Señores, -afirmó- como todos ustedes conocen, nosotros formamos parte del más ambicioso plan jamás concebido por la mente humana. Con este motivo fueron puestos a nuestra disposición los más poderosos y sofisticados medios con los que contaba nuestra sociedad. Por ello, una vez eliminado el inevitable factor aleatorio, el plan no podía fallar. Y sin embargo, algo ha ido mal.

Desde un principio me opuse a la idea de un fallo, el plan era demasiado perfecto como para que tal eventualidad pudiera ocurrir. Había que buscar, pues, por otro lado. Y mis sospechas se dirigieron hacia aquellos factores que por su aparentemente escasa importancia habían sido en un principio ignorados por todos nosotros.

»No fue sino hasta ayer cuando mis sospechas se vieron finalmente confirmadas. Se trataba, como es lógico suponer, del huevo de Colón; un detalle tan insignificante que no

era de extrañar que a la totalidad de los científicos del proyecto nos hubiera pasado desapercibido.

»Recuerdo que en mis tiempos de estudiante decidí dedicarme a la química debido a mi gusto por la realidad, a mi pasión por los hechos concretos y tangibles. A mí me gustaba la química. Y sin embargo, había una pequeña parcela de esta disciplina, por lo general estudiada fugaz y casi diría clandestinamente, cuyo estudio me irritaba sobremanera por su aparente inutilidad: Me estoy refiriendo al fenómeno conocido como isomería óptica o quiralidad.

»Todos ustedes conocen este fenómeno, relegado casi a la categoría de curiosidad de laboratorio. Aun cuando sea ésta una propiedad general de toda clase de materia, dado que exige para su aparición una necesaria complejidad química de la molécula en cuestión, su estudio ha sido encuadrado tradicionalmente en el marco de la química orgánica, la cual resulta ser idónea para ello.

»Las moléculas sujetas a tal fenómeno presentan una dualidad, pudiéndolas dividir en dos clases diferentes que llamaremos *izquierda* y *derecha*. Ambos tipos son totalmente idénticos tanto física como químicamente; su diferencia estriba únicamente en que una de las dos es la otra *vuelta del revés*, es decir, la imagen especular suya. Un buen ejemplo, lo constituyen los dos guantes de un mismo par.

»Únicamente mediante el uso de determinadas técnicas se puede discriminar entre ambos isómeros ópticos; el resto de todos los posibles medios de investigación, es decir, todos los utilizados normalmente por nosotros, se muestran totalmente impotentes para tal fin.

»Como es lógico suponer, la síntesis de una sustancia quiral a partir de reactivos que carecen de actividad óptica proporciona una mezcla a partes iguales de ambos isómeros ya que no establece ninguna distinción entre ellos. Pero paradójicamente la vida no es simétrica. La bioquímica se comporta de una manera radicalmente opuesta a la utilizada por la síntesis de laboratorio apoyándose únicamente en una sola de las dos posibles opciones. Ignoramos la razón por la que esto es así, pero los hechos son concluyentes. Ciñéndome a los pilares básicos de la vida, los aminoácidos, podemos observar que de las dos posibles series de estos compuestos químicos, denominadas convencionalmente con las letras *L* y *D*, sólo la primera de ellas es utilizada en forma exclusiva por la totalidad de los seres vivos.

»Al estudiar la bioquímica de este planeta nos limitamos únicamente a los aspectos puramente químicos y observamos que las proteínas de los seres autóctonos estaban constituidas por los mismos aminoácidos que las nuestras sin profundizar en absoluto sobre

su configuración espacial. Me bastó con investigar un hidrolizado proteínico para confirmar mis sospechas: La vida en este planeta utiliza exclusivamente la otra posibilidad, es decir, los aminoácidos de la serie *D*.

-¿Existe acaso alguna solución? -preguntó alguien.

-Me temo que no. -sonrió con tristeza el químico- Nos encontramos en el mismo caso que un manco que desee enfundar su única mano con un guante correspondiente a la mano contraria. Evidentemente, no puede hacerlo. Y sin embargo, ambos guantes son idénticos, tienen exactamente la misma forma y las mismas dimensiones y están hechos con los mismos materiales en similar cantidad.

»Existen dos maneras de identificar un isómero óptico. -prosiguió- Una de ellas, la más sencilla, que es la que yo utilicé, consiste en someter el compuesto químico a la acción de la luz polarizada y ver en qué sentido la desvía. La otra se basa en la propiedad que tiene un compuesto quiral en identificar a otro con la misma propiedad, que es precisamente lo que hacen nuestras enzimas. Volviendo al anterior símil, podemos afirmar que un guante cualquiera elegido al azar entre un montón de éstos servirá sea cual sea a una persona normal, es decir, sin *actividad óptica*, ya que siempre se lo podrá calzar bien sea en una mano o en la otra; por lo tanto, no existe discriminación entre ellos al servirle cualquiera de los mismos.

»Por el contrario a un manco sólo le servirán la mitad, concretamente los que se correspondan con su única mano. Nuestro metabolismo es *manco*, y sólo puede utilizar una única clase de aminoácidos, los *L*. Por lo tanto los seres vivos de este planeta, al ser *mancos* de la otra mano, producen unos aminoácidos, es decir, unos alimentos, totalmente incompatibles con nuestro organismo.

-¿Qué nos queda por hacer? -preguntó esta vez el capitán de la astronave.

-Me temo que muy poco, salvo evacuar el planeta y buscar otro astro acorde con nuestra bioquímica. Para colonizarlo habría que destruir la totalidad de la vida de este planeta y reimplantarla conforme a nuestros cánones... Esto, evidentemente, además de ímprobo sería un trabajo inútil. Todavía quedan muchas estrellas en nuestra lista, y espero que no se vuelva a dar esta inoportuna casualidad. Por lo tanto, este astro permanecerá virgen como una curiosidad científica, y quién sabe si en un futuro no será colonizado por una humanidad bioquímicamente compatible con él. Lo que es seguro, es que nuestra labor aquí ha terminado.

Tres días más tarde, recogido en su seno todo el material científico que hasta entonces había permanecido desperdigado, la *Póllux* abandonó el planeta sin nombre enfilando la proa con destino a las incontables estrellas que tachonaban el infinito universo.

CUANDO LAS ESTRELLAS BRILLEN DE NUEVO

Somos hijos del barro animado, pero también del cielo estrellado.

Leyenda náhuatl

Atardecía. El frío ambiente se veía encendido por los vívidos fulgores del ocaso, cortados aquí y allá por las largas y descarnadas sombras de las calcinadas ruinas. Pronto caería la noche, y no convenía permanecer demasiado tiempo en aquel lugar. Los ancianos hablaban de espíritus malignos que rondaban en torno a sus antiguas moradas protegiendo a éstas de la profanación por parte de insensatos intrusos; pero Zealt se mofaba de ellos y de sus infantiles temores, no vacilando en internarse una y otra vez por la Zona Prohibida alcanzando en sus excursiones a la misma Ciudad Muerta, en cuyo solar se encontraba ahora. Allí no había sino escorpiones y otras alimañas medrando en torno a la mezquina vegetación que invadía el recinto muerto. Ni polvo quedaba ya de sus antiguos moradores, víctimas todos ellos de la Gran Catástrofe acaecida miles de períodos atrás, pero a pesar de todo podría llegar a ser peligroso aguardar a la caída de la noche en este desolado lugar; las quimeras sí eran reales, y amparándose en las densas tinieblas podrían crearle dificultades. Suspirando una vez más Zealt recogió en su faltriquera los para él preciosos objetos hallados entre las ruinas, descendiendo del sillar en el que había estado encaramado hasta entonces y tomando el camino de vuelta al poblado.

Era ya noche cerrada cuando vislumbró a lo lejos las luces de la aldea. Ninguno de los dos satélites, el Azul y el Amarillo, se hallaban sobre el horizonte, lo que contribuía a hacer todavía más densa la oscuridad reinante, apenas rasgada por miríadas de parpadeantes estrellas. Realmente había obrado con muy poca precaución; aun cuando ya no fueran tan abundantes como antaño, todavía era posible tropezarse con alguna hambrienta quimera, y él con su honda poca podría hacer contra los colmillos de la peligrosa fiera. Sin duda le aguardaba una agria regañina al llegar por fin a la cabaña; su madre se oponía a las para ella inútiles excursiones y no comprendía, como nadie en el poblado, que se arriesgara una y otra vez a introducirse en la temible Zona Prohibida para conseguir tan sólo unos herrumbrosos fragmentos de chatarra inútiles por completo para la economía local. Sólo una persona, el viejo Tenser, había conseguido entenderse con él haciéndole participe de su singular pasión por los restos dejados por la antigua civilización que en los Tiempos Felices había dominado el planeta. Pero Tenser estaba muerto, tan muerto como aquellos míticos antepasados, y ahora Zealt se veía aislado y rechazado por aquella comunidad que no le comprendía tachándole de extravagante cuando no de loco.

Temerosamente, aguardando con resignación la inevitable paliza, penetró cabizbajo en la mísera vivienda contemplando con estupor que no era su madre la única ocupante de la pieza. En efecto, acomodados en los dos únicos escabeles disponibles, se hallaban dos Monjes mientras su madre, revoloteando torpemente en torno a tan importantes visitantes, intentaba en vano halagarlos con los escasos medios de que disponía.

Un largo e incómodo silencio acogió la llegada de Zealt. Su madre, brazos en jarra, tenía fija su mirada en él reflejando en su rostro una extraña mezcla de consternación y salvaje alegría. Los Monjes, por su parte, mostraban una estudiada expresión de indiferente interés hacia él, aunque sin abandonar por ello su actitud de solemne hieratismo. Y fue uno de ellos, el de mayor edad, el que inició el diálogo.

-¿Eres tú Zealt, hijo de Panor?

-¡Sí, oh poderosos señores! -respondió impacientemente su madre- Éste es mi hijo.

-¡Calla, mujer! -le recriminó su compañero- Deja hablar al muchacho. Dime, Zealt, ¿eres tú quien se introduce en la Zona Prohibida?

-Disculpadle, señores, es sólo un niño. -volvió a gemir aterrorizada, temiendo un castigo por haber perturbado el descanso de los espíritus- Nada malo ha hecho... Sólo quería jugar.

-Acércate. Ningún daño vamos a hacerte. -insistió afablemente el Monje- Sólo queremos saber qué haces en la Zona Prohibida.

El aturdido Zealt dio un paso al frente animado por la tenue sonrisa esbozada por ambos personajes. Y habló. Habló de Tenser, el viejo chiflado que excitara su imaginación infantil relatándole los tiempos anteriores a la Gran Catástrofe en los que todos eran felices. Relató la fascinación que le producía la visión de las ciclópeas ruinas de lo que otrora fuera la residencia de los dioses. Porque, ¿quiénes sino dioses serían capaces de crear algo semejante a la Ciudad Muerta? Mostró, por fin, su gran tesoro, los distintos utensilios hallados por él en el arruinado recinto, observando con estupor cómo sus interlocutores contemplaban con mal disimulado interés las polvorientas reliquias. Transcurrieron unos instantes en calma, con el silencio solamente roto por los gemidos de la mujeruca que, con perruna humildad, permanecía acurrucada en un rincón de la choza, antes de que por fin hablaran en la cúspide de su majestad haciendo callar una vez más a su gesticulante madre.

-Escucha, Zealt, escucha bien. -dijo el más joven- Somos unos enviados del Monasterio. Nuestra misión es recorrer todas las aldeas buscando jóvenes aptos para incorporarse a nuestra comunidad. Tu jefe de clan nos habló de ti, y te consideramos capaz de superar las pruebas de selección para formar parte del Monasterio. Muy pocos son los

elegidos, pero ahora eres tú quien tiene que decidir. ¿Deseas convertirte en novicio abandonando a tu gente, a tu mundo? No te prometemos una vida fácil, pero sí una labor totalmente dedicada a proteger a la sociedad en la que todos nosotros nacimos. Tú tienes la palabra; decide ahora que puedes. No habrá una segunda oportunidad.

Todo sucedió rápidamente, ya que los Monjes huían de cuanto pudiera significar un retraso en sus metódicos y elaborados planes. Una vez obtenido (más bien arrancado) el consentimiento del perplejo muchacho, se aprestaron para el rápido retorno al Monasterio. Fue un viaje largo e incómodo en una destartada carreta que, no obstante, constituía un lujo jamás visto en aquel mísero villorrio. Días más tarde los tres viajeros llegaban frente a la inmensa mole del edificio, una grandiosa construcción de piedra incrustada en las rocas que formaban sus cimientos como una continuación del escarpado acantilado sobre el que se alzaba. Nadie sabía cuantos períodos habían transcurrido desde su construcción. *Es tan antiguo como el mundo.* Decían los aldeanos. No era cierto, por supuesto, pero sí cabía atribuirle una antigüedad al menos similar a la de la Ciudad Muerta mientras la milenaria y hermética sociedad que lo habitaba parecía hundir sus raíces en el seno mismo de la Antigua Civilización allá cuando ocurrió la Gran Catástrofe. Pero allí estaba, incólume al paso del tiempo, con sus oscuras murallas cubiertas por la pátina de la vejez como un informe manchón recortado en el gris ambiente: Gris océano y gris firmamento, aun cuando algunos ancianos afirmaran que en los Tiempos Felices fueran de un maravilloso y casi olvidado color azul.

Una indescriptible sensación de ahogo invadió a Zealt al atravesar el dintel del desproporcionado portalón que, como una mítica boca, semejaba devorarlo. Aun dentro de su desorientación era plenamente consciente de que un nuevo mundo se abría ante él. Era una ruptura total con el pasado, con generaciones y generaciones de antepasados que habían nacido, vivido, procreado y fallecido sin más horizonte que las descarnadas colinas que separaban su aldea de la Zona Prohibida. Muy pocos eran los elegidos, y Zealt había sido seleccionado para formar parte de una sociedad superior. No podía defraudar en modo alguno a quienes habían puesto en él tan alentadoras esperanzas, se prometió.

Con el transcurso del tiempo sus recuerdos de aquella primera etapa de su nueva vida se verían velados y desfigurados por la nubosa bruma que cubre piadosamente los antiguos recuerdos. Recordaba no obstante, con meridiana claridad, aquellos difíciles momentos. No fueron cómodos, efectivamente, los comienzos del joven novicio, ya que aquella primera toma de contacto con su nuevo mundo, rodeado de una intangible aureola que impregnaba todos y cada uno de los rincones de su entorno, le resultó difícil de conciliar con sus anteriores esquemas.

Pero el tiempo se encargaría de integrar su espíritu en el ambiente que le rodeaba. Lenta, pero perceptiblemente, fue incorporándose Zealt a la sociedad a la que ahora

pertenecía. Su alma formaba ya parte integrante del todo. Por fin comprendía; el largo período de noviciado quedaba atrás, indeleblemente grabado en su memoria. Pero era sólo eso, un agrisulce recuerdo. El Gran Momento había llegado.

A pesar del calificativo con el que eran denominados por el pueblo, motivado quizá por el hecho de que utilizaran ropas talares como única y obligada indumentaria, no eran los moradores del Monasterio una comunidad religiosa; esta labor quedaba reservada a los fanáticos santones que, tan ignorantes como el resto de sus congéneres, se dedicaban a predicar con místico celo la existencia de extraños y vengativos demonios. El verdadero nombre de los Monjes, conocido únicamente en el seno de su cerrada comunidad, podría traducirse como *Magos* o *Sabios*, aun cuando el verdadero significado de esta palabra se hubiera perdido en la noche de los tiempos.

No se trataba, pues, de una ceremonia religiosa el acto al que iba a ser sometido Zealt, el nuevo Monje. Era, simplemente, el eslabón que encadenaba una etapa ya concluida, la adaptación, con la que ahora iba a comenzar: El aprendizaje. En esencia no se trataba más que de una entrevista con el Gran Antigo, título con el que era denominado el máximo rector de la comunidad, y aun cuando no fuera sino poco más que un trámite, la carga emocional que comportaba no dejaba de inquietar al ahora bien templado Zealt. Iba a verse frente a frente con el Gran Antigo, personaje semidivino incluso para los novicios, a los cuales estaba vedado cualquier tipo de contacto con él mientras tuvieran esta condición.

El gran momento se acercaba. Tras una noche de ayuno y meditación encerrado en su celda, las primeras luces del nuevo día iluminaron la reducida estancia. Inmediatamente, siguiendo las pautas de un milenario ceremonial, la puerta se abrió penetrando en el interior la figura de su preceptor, aquel mismo monje que fuera a buscarle a su remota aldea, aquél que guiara sus pasos a lo largo del difícil camino del noviciado.

-¿Preparado, Zealt? -preguntó.

Éste asintió quedamente incorporándose del catre y siguiendo silenciosamente al anciano Monje. Los corredores y estancias del Monasterio estaban aún más silenciosos que de costumbre. No era casualidad que, a lo largo de su recorrido, no tropezaran con ninguno de sus compañeros; el ritual exigía como premisa básica la soledad... Sólo él y su preceptor, caminando silenciosamente por el interior del desierto edificio.

Llegaron al fin frente a una puerta, hasta entonces cerrada para él. Tras las hojas de gruesa madera se encontraba el Gran Antigo, el rector máximo de aquel astro moribundo. Estaba frente a su destino.

-Adiós, Zealt. -musitó su acompañante- Ahora te toca a ti. Volveremos a vernos.

Volvióse Zealt para despedir a su maestro, pero ya era tarde. Éste había desaparecido como fundido en la sombra. Estaba solo, inmensamente solo. Pero debía sobreponerse y traspasar aquel umbral.

La puerta giró suavemente sobre sus goznes abriendo paso al lívido neófito. Éste cruzó el umbral hallándose en una vasta estancia débilmente iluminada. Al fondo, velada parcialmente por la penumbra, se adivinaba más que se veía una figura humana.

-Acércate. -ordenó una voz con amistoso timbre- Acércate, Zealt.

Obedeció a la petición caminando hasta situarse frente a su interlocutor. Ahora lo veía, por vez primera. Era un anciano de edad indefinida vestido con una larga túnica blanca que le cubría hasta los pies. Estaba sentado en un sencillo trono de oscura madera y todo su semblante infundía una indescriptible sensación de paz y sosiego.

-Bienvenido, Zealt. -saludó con voz apacible- Te esperaba. ¡Oh, no! No lo hagas. - exclamó al ver que el aturdido novicio iniciaba una reverencia- Sólo soy uno más de vosotros, recuérdalo. Solamente uno más. Acomódate; la conversación será larga.

Así lo hizo Zealt, sentándose en un diminuto escabel en el que hasta el momento no había reparado. Y allí, embriagado por la irreal atmósfera, procedió a escuchar respetuosa, casi religiosamente, la revelación del Maestro Máximo.

Habló mucho el Gran Antiquo con palabras que invitaban a escuchar, que convertían en un placer extrañamente voluptuoso su interminable y al mismo tiempo breve monólogo. De su boca surgía con vívidas pinceladas la historia del mundo, una historia que muy pocos llegaban ni siquiera a sospechar, y Zealt podría jurar más tarde, tal era la sensación de veracidad, haber contemplado personalmente los sucesos acontecidos a lo largo de milenios de torturada historia.

Supo así de los Tiempos Felices en los que los Señores de las Estrellas dominaban la inmensidad del Universo. En efecto, los constructores de la Ciudad Muerta, los moradores de la Zona Prohibida, habitaban también en la pléyade de astros nocturnos. Y eran felices, inmensamente felices. El mundo, entonces llamado Kalpant, era un paraíso al igual que todos sus compañeros cósmicos de allende las estrellas. Era una Edad de Oro imposible ni tan siquiera de imaginar.

Pero llegó la Gran Catástrofe. ¿Qué fue lo que desencadenó la reacción en cadena que dio al traste con una sociedad tan perfecta? Nunca se llegó a saber. Quizá fue un castigo del Creador del Universo, justo correctivo al desmedido orgullo de los antiguos galácticos. Quizá fue simplemente el colapso de algo que había llegado a ser inviable. Fuera lo que

fuese, en un breve espacio de tiempo los atónitos Señores vieron derrumbarse ante sus ojos la obra que creían perfecta.

Fue una época maldita de guerras y destrucciones en la que la Muerte se enseñoreó de todo el orbe cósmico. La humanidad entera gemía desesperada, inerme ante la hecatombe anhelando la extinción como una liberación frente al caos sangriento en que se había convertido su hasta entonces feliz existencia. La civilización se extinguía irremisiblemente y la barbarie se extendía como una mancha de aceite por todos aquellos lugares en los que poco antes floreciera el saber humano. La Gran Catástrofe se había consumado.

Kalpunt, es decir, el mundo, tampoco se vio libre de la masacre. Ardiendo por sus cuatro costados, viendo saltar sus entrañas víctimas de apocalípticas explosiones, se sumió en el colapso general. Cuando finalmente terminó todo poco quedaba por salvar en Kalpunt puesto que los escasos supervivientes, aislados del resto del otrora poderoso imperio, perdieron su bagaje cultural en el plazo de escasas generaciones una vez desgajados de la sociedad de la que formaran parte. Pero los últimos Señores de las Estrellas, antes de desaparecer, quisieron rendir un último tributo a la civilización extinta: Así surgió el Monasterio, obra póstuma de una cultura que no se resignaba a su desaparición. A sus moradores, descendientes directos de aquéllos que le dieran vida, les fue encomendada la tarea de conservar las reliquias de la era anterior. Algún día serían útiles, pudiendo así ahorrar miles de períodos de tortuosa evolución a la nueva civilización que surgiera de las cenizas de la antigua. Llegarían entonces tiempos mejores en los que los nuevos Señores de las Estrellas incorporarían al mundo a una sociedad estelar mucho más justa y feliz que la extinguida.

-Y esta es nuestra labor, hijo mío. -concluyó el anciano- Velar porque el saber de los Antiguos no se pierda, aun cuando nos veamos obligados a encerrarlo dentro de estas paredes para conseguirlo. Nuestra misión no es comprender, sino conservar. Cientos de generaciones han pasado desde entonces y todo sigue como el primer día. Hay que esperar, esperar pacientemente la llegada del Gran Día. ¿Cuándo? No lo sabemos. Puede ser mañana, puede ser dentro de mil períodos. Pero llegará, no te quepa la menor duda. Y cuando por fin acontezca, ten por seguro que habrá unos Monjes aguardando, dispuestos a rendir cuentas de su milenario trabajo.

La reunión había terminado. Así lo entendió Zealt, por lo que tras un sencillo gesto de despedida que el anciano recogió con una fugaz sonrisa, abandonó la estancia retirándose a su celda. Ahora que conocía su misión en la soledad de su retiro, mirando al cielo del que algún día descenderían sus hermanos, reiteró la promesa que ya hiciera cuando se incorporó al Monasterio.

* * *

-¿Es éste el planeta? -preguntó una voz a la espalda del capitán Perr Million, máximo responsable de la nave exploradora *Argos*, unidad de combate perteneciente a la Flota Imperial.

-En efecto, éste es Kalpunt... Si estas viejas cartas de navegación no mienten. -respondió dirigiéndose a su oculto interlocutor- Tiene que serlo, no hay ninguna posibilidad de error; es el único planeta de clase C de Talmaat a la Nebulosa Púrpura. Es Kalpunt, no cabe duda.

-¿Qué crees que encontraremos? -Era Pior Kanstel, etnólogo de la expedición, quien de nuevo le interrogaba.

-No hay que albergar demasiadas esperanzas. -respondió Perr- Esta región fue la más castigada en el Interregno, y es muy poco probable que sus habitantes logran salir airosos de la prueba.

-¿Crees que habrán retrocedido culturalmente?

-Es difícil que no haya sido así. Recuerda Talmaat y Sybirt; habían caído en la barbarie cuando llegaron nuestras naves. Todavía es demasiado pronto para sacar conclusiones, pero ya habéis visto que nuestros receptores no han conseguido recoger la menor emisión de radio. Aparentemente el planeta permanece mudo a nuestras llamadas, y eso es un mal presagio.

-Contacto visual. -anunció de pronto el piloto a través del comunicador interno.

-Veamos lo que nos depara Kalpunt. -sonrió Kanstel dirigiendo su mirada a la pantalla que acababa de conectarse, no tardando en ser imitado por el resto de sus compañeros.

-¿Y bien? -la voz del historiador Julio Cox había roto el tenso silencio.

-Ya lo visteis en la pantalla. -musitó Kanstel- Nada.

-¿Nada? ¿Qué puede significar esto?

-Muy sencillo. -respondió Perr- Han retrocedido.

-Sí, eso está claro. Pero... ¿hasta cuándo?

Un ominoso silencio acogió como inmediata respuesta a la abierta interrogante. Nadie sabía, o nadie quería saber, la inevitable realidad. La tarea del *Argos* no era precisamente agradable; rescatar los despojos del otrora poderoso Imperio Galáctico no podía por menos

que frustrar a sus ocupantes tanto más cuanto mayor fuera la brecha abierta entre ellos y sus antiguos súbditos.

-Los hechos son tajantes. -era de nuevo Perr quien retomó el interrumpido diálogo- El planeta no emite la menor señal de radio. Tampoco hemos detectado ningún tipo de radiación atómica, artificial o no.

-¿Insinúas que han retrocedido hasta la era preatómica?

-Todo parece indicarlo. No hay ni rastro de la red de satélites artificiales que deberían envolver todo el planeta. Las instalaciones de la base espacial de la luna exterior fueron arrasadas y jamás reconstruidas. Los habitantes de Kalpunt han debido olvidar hasta los fundamentos de la navegación espacial... No es el primer caso. -concluyó.

-¿Un estancamiento en la fase de tecnología química? -apuntó Cox.

-Quizá ni tan siquiera eso. Es pronto para asegurarlo, por supuesto, pero todos habéis observado las vistas aéreas del planeta. Todo sugiere una economía estrictamente agrícola... De la Era Preindustrial, cuanto menos.

-No olvides las imágenes de las antiguas zonas urbanas. -recalcó alguien- Ahora no son mas que ruinas calcinadas.

-En Sybirt retornaron a la sociedad tribal.

-Es posible. Pero no hay que perder aún las esperanzas. Todavía... ¿Sí? -se interrumpió al observar la imagen del piloto reflejada en el monitor de comunicaciones.

-Disculpe, señor, creo que es importante. -hizo una pausa y prosiguió- Siguiendo las instrucciones recibidas continuábamos barriendo la superficie del planeta desde nuestra órbita de satélite, y manteníamos la radio abierta en multifrecuencia, a pesar del resultado negativo. De repente, registramos una emisión en la frecuencia veinte.

-¿Cómo ha dicho? -La atención de todos quedó ahora centrada en la figura del astronauta.

-Sí, señor; fue un eco extremadamente corto, pero se trataba de una emisión modulada y no de un ruido parásito natural. Emitió una serie de sonidos espaciados regularmente siguiendo la pauta de una progresión geométrica de razón dos. Emitió unos ocho términos y enmudeció tan súbitamente como había surgido.

-¿Han conseguido restablecer el contacto? -La ansiedad del capitán era evidente.

-Lo siento, señor, ha sido de todo punto imposible. Esa emisora ha dejado de funcionar. Barrimos todas las frecuencias del receptor amplificando al máximo, pero fue inútil. El planeta continúa estando tan mudo como al principio.

-Localizarían al menos el lugar en el que estaba radicada.

-Por supuesto, señor, fue lo primero que hicimos. Surgió de un punto situado entre el mar y el desierto central, en la costa oeste del continente septentrional. Probablemente del acantilado allí existente. Pero es difícil fijarlo con exactitud a esta altura. Quizá si descendiéramos a una cota inferior...

-Está bien, Xebang. Cumplieron con su labor. Manténganse a la espera de nuevas órdenes.

-¡Ya lo tenemos! -exclamó eufórico Kanstel apenas hubo desaparecido la imagen del astronauta- ¿Qué esperamos para descender?

-Calma, amigo; tenemos mucho tiempo por delante. A partir de este momento comienza la ejecución del plan de acción número tres. Todos vosotros conocéis vuestra misión; eso es todo. -concluyó Perr.

* * *

La súbita llamada del Gran Antiguo no tuvo por menos que sorprender a Zealt. No era que éste evitara todo contacto con sus subordinados, pero lo más normal era que únicamente los Monjes pertenecientes al Gran Consejo tuvieran un contacto habitual con su superior. Intuyendo, pues, que algo fuera de lo normal sucedía en el seno del siempre sosegado monasterio, se aprestó acudir a la audiencia apenas fue informado de la convocatoria. El lugar elegido para la entrevista era la misma habitación en la que se desarrollara aquella primera conversación entre Zealt y el Gran Antiguo. Los períodos transcurridos entre ambas no parecían haber influido en modo alguno en las circunstancias que rodeaban a la nueva reunión; por encima de todo seguían siendo maestro y alumno.

-¿Me llamabas, Gran Antiguo? -El tuteo era obligado en las relaciones entre los miembros de la comunidad.

-En efecto, Zealt. Han tenido lugar importantes acontecimientos que me han movido a solicitar tu ayuda.

-¿Mi ayuda? -extrañado por tan inusuales palabras Zealt dirigió la mirada hacia su superior intentando en vano leer en su inexpresivo rostro la razón que las motivaba.

-Recuerda nuestra primera entrevista. -le insinuó el venerable anciano como respuesta a su muda interrogación- Recuerda, Zealt, el motivo que alienta desde hace milenios la vida de nuestra comunidad.

-¿Acaso te estás refiriendo al retorno de los Señores de las Estrellas? -apuntó con timidez.

-Tú lo has dicho; el tan anhelado milagro ha ocurrido. La Voz de la Caverna habló ayer. Los Señores vuelven al mundo.

-Pero... ¿cómo? ¿cuándo? -el asombro hacía saltar a Zealt por encima de las rígidas barreras de la autodisciplina.

-Calma, calma. -sonrió condescendentemente el Maestro- No hay por qué impacientarse; después de estar esperando durante tantas generaciones, bien podemos aguardar un poco más sin excitarnos.

-Disculpa, Gran Antiguo; no volverá a ocurrir. Reitero mi pregunta. ¿Cuándo llegarán?

-Lo ignoramos. Ha pasado mucho tiempo desde que perdimos los conocimientos necesarios para comprender y manejar los complicados aparatos que se conservan en la Caverna; sólo sabíamos que la Voz hablaría cuando los Señores llegaran. Y la Voz habló. -concluyó con énfasis.

-¿Deseas que mantenga esta entrevista en secreto? -indagó Zealt intuyendo que la cita llegaba a su fin.

-¿Lo dices porque te he mandado llamar antes de hacer pública la noticia? ¡Oh, no! Sucede que en el seno del Gran Consejo se han suscitado discrepancias en torno a la manera en que debemos recibir a tan ilustres visitantes. Algunos desean tratarlos como si de dioses se tratara. Otros, la mayoría, no saben que hacer... Es lógico. -les disculpó- Tú eres uno de los miembros más jóvenes de la comunidad, y estás por ello libre de muchos de los prejuicios que anquilosan la mente de los Monjes más ancianos... No, no te sorprendas; nadie es perfecto.

-Y quieres saber mi opinión al respecto...

-En efecto. ¿Qué crees más conveniente?

-Bien, -respondió tras una breve meditación- quizá no sea conveniente elevarlos a la categoría divina; al fin y al cabo, los Libros les achacan la responsabilidad de ser los culpables del fin de los Tiempos Felices. Son humanos como nosotros, y no dioses.

-Estás en lo cierto, Zealt, pero no podemos tratarlos como si de iguales nuestros se tratara; a pesar de todo ellos siguen siendo los Señores de las Estrellas, y nosotros no somos sino una pálida sombra a su lado.

-No encuentro ningún problema en obrar como dices, Gran Antiguo. -remachó Zealt- Basta con seguir las reglas del ritual tal como hacemos habitualmente. ¿Qué son ellos, sino Grandes Antiguos?

-Sabía respuesta, Zealt; realmente eres digno de la confianza que deposité en ti hace ya bastante tiempo. Se hará como tú dices.

* * *

La llegada de los Señores de las Estrellas no tuvo lugar sino hasta dos días después. Para entonces todo el monasterio estaba ya al corriente de la noticia, lo que contribuyó no poco a relajar la austera disciplina de la comunidad para desesperación de los Monjes encargados de velar por el mantenimiento del orden en el interior del edificio. El motivo lo justificaba, objetaban los alborozados cenobitas.

Al fin la impaciente espera rindió sus frutos. Primero fue un pequeño punto que surgió en el cielo para ir aumentando de tamaño poco a poco hasta convertirse en una inmensa mole que, colgando irrealmente del firmamento, parecía amenazar con aplastar bajo su peso a todo aquello que se pusiera bajo su colosal vientre. Pero no fue así, y el colosal navío descendió con increíble lentitud hasta posarse suavemente en la base del acantilado a escasa distancia de los pétreos muros del Monasterio.

En el interior de éste reinaba la confusión más absoluta. El comité encargado de recibir a los visitantes, del que formaba parte Zealt, logró vencer los temores que atenazaban a sus miembros arrastrándose con precaución al encuentro de los viajeros cósmicos. El temor de los Monjes era disculpable; vista desde el suelo la nave ofrecía una imagen de inmenso poder capaz de poner a prueba los ánimos más templados. Grande, majestuosa, brillante bajo los rayos del mortecino sol, parecía imposible que pudiera ser gobernada por simples e insignificantes mortales. *¿Serán dioses?* Dudó Zealt.

La pequeña comitiva se detuvo a una distancia prudencial del férreo casco, indecisa sobre el camino a seguir. Zealt aprovechó para observar la orgullosa enseña que campeaba en su costado: Un animal desconocido en posición amenazante colocado en el interior de un sol llameante. Recordaba bien ese dibujo; era el emblema de la antigua civilización. Los Libros así lo decían.

Los tripulantes de la nave no se hicieron esperar. De la parte superior surgió un pequeño artefacto volador que, evolucionando suavemente, se posó al lado de los asustados

Monjes. Breves instantes después tres figuras humanas, tres Señores de las Estrellas, descendieron del mismo encaminándose al grupo con ademán tranquilizador.

En el fondo de su alma Zealt se sintió decepcionado. Había alentado la esperanza de que los Señores fueran realmente unos seres sobrehumanos, distintos de alguna manera a ellos, y comprobaba ahora que eran tan humanos como ellos. Sólo las extrañas y ajustadas prendas que los cubrían, en llamativo contraste con los burdos mantos que vestían los Monjes, denunciaban inequívocamente su procedencia de más allá de las estrellas.

El gran momento había llegado. Ambos grupos se hallaban por fin frente a frente, indecisos unos y temerosos los otros. Y fue uno de los extranjeros quien rompió el hielo empleando la olvidada Lengua Muerta que ya nadie conocía excepto los Monjes. Una Lengua Muerta distorsionada y extraña, pero perfectamente comprensible.

-Salud, hombres de Kalpunt. El Nuevo Imperio os saluda.

-Bienvenidos, Señores de las Estrellas. -respondió el Gran Antiguo en un intento de aparentar dignidad- Os esperábamos. Concedednos el honor de compartir nuestro humilde techo. -concluyó señalando al monasterio.

-Os damos las gracias, hombres de Kalpunt, por vuestra hospitalidad y aceptamos gustosos la invitación.

Y de tan sencilla manera, hermanándose tan dispares personajes en un único grupo, comenzó la relación entre ambos mundos.

Transcurrieron varios días. La monotonía se adueñaba de nuevo de la vida de la comunidad, indiferente ya a las trascendentales modificaciones que habían tenido lugar en su entorno. El inmenso navío permanecía inmóvil en la meseta cual monstruo mítico varado en la ensenada de la realidad, y sus moradores residían en parte en el Monasterio en calidad de huéspedes de honor. Pasados los iniciales momentos de euforia y agasajos mutuos, ambas partes habían procedido a abordar los importantes temas puestos sobre el tapete a raíz del encuentro. Todos eran plenamente conscientes de que una nueva era se había iniciado en la vida del planeta, y todos deseaban colaborar de la manera más eficaz en el desarrollo de tan prometedora etapa.

Comisionado especialmente por el Gran Antiguo Zealt fue de los primeros en establecer una relación directa con los imperiales, que así era como los visitantes se denominaban. Éstos no deseaban en modo alguno adoptar actitudes de prepotencia frente a sus anfitriones, por lo que aceptaron encantados la iniciativa de Zealt. El máximo responsable de la expedición, el capitán Perr Million, alentaba encantado la

confraternización entre los dos pueblos, e incluso él mismo trabó rápida amistad con el inquieto Monje.

Supo así Zealt, de labios distintos a los de los Monjes, del trágico fin del Antiguo Imperio. Víctima de sus propios errores, manifestados tras milenios de oculta gestación, el orgulloso Imperio se desmoronó sin posibilidad alguna de recuperación en un corto espacio de tiempo. El colapso había sido total. Quebrantada la fuerza de cohesión que había mantenido unidos entre sí a centenares de planetas, la dispersión fue la nota predominante del período posterior a la caída. Aislados del resto de sus vecinos cósmicos, abandonados a sus propios medios, la mayoría de los astros habitados retrocedieron rápidamente hacia estructuras sociales más primitivas perdiendo gran parte de su bagaje cultural en el corto espacio de varias generaciones. Comenzaba el Gran Interregno.

Sumida en la barbarie la mayor parte de la antigua civilización, hubo no obstante pequeños islotes que consiguieron salvarse en mayor o menor medida del naufragio general. Herederos directos del extinto Imperio hubieron de luchar denodadamente para evitar ser arrastrados por el vórtice del caos. Fueron tiempos difíciles, y sólo a costa de grandes sacrificios pudieron alcanzar sus objetivos manteniendo viva la llama de la civilización mientras en el resto de la galaxia colapsaban irreversiblemente varios milenios de ininterrumpida evolución.

Pasó el tiempo y los supervivientes de la catástrofe pudieron al fin contemplar con relativo optimismo su futuro más inmediato. Una vez asegurada su propia supervivencia se entregaron a una tarea no menos grandiosa: la de restaurar la civilización de la que habían formado parte. Convertida ésta en causa nacional, centenares de naves exploradoras se desperdigaron por las antiguas provincias en un exhaustivo esfuerzo por reavivar los mortecinos rescoldos que restaban de aquella otrora brillante cultura.

No cejando jamás en su empeño, a pesar de los graves inconvenientes con que tropezaban a cada paso procedieron a ensanchar con inquebrantable tesón los límites del pujante Nuevo Imperio. Pronto obtuvieron resultados calificables como espectaculares, mas sus limitados medios materiales imponían un severo freno a la consecución de sus ambiciosos objetivos. Quedaba todavía mucho por hacer, y aún hoy el Nuevo Imperio era tan sólo una ínfima parte de lo que fuera su extinto predecesor. El núcleo del nuevo estado no estaba radicado en las cercanías de la antigua capital sino en el solar de una antigua colonia situada en un extremo del territorio imperial; si bien debía a tal circunstancia su casi milagrosa salvación del colapso general, su alejamiento físico del poblado corazón del imperio motivaba la imposibilidad material de establecer contacto con aquellos puntos en los que era más probable encontrar otras comunidades supervivientes.

En el metódico plan de rescate diseñado por los estrategas imperiales al fin le había tocado el turno a Kalpunt, un antiguo emporio comercial ahora reducido a la nada. Más cercano a la capital había sufrido con todo su rigor las consecuencias de la catástrofe, involucionando hacia un estadio meramente patriarcal. Únicamente en el Monasterio, gracias a un prodigio de fe, habían conseguido conservar siquiera unas migajas del saber perdido. Según manifestaron los viajeros del *Argos* éste había sido un fenómeno absolutamente singular en la historia de la galaxia... Y tremendamente afortunado, puesto que el Monasterio sería sin duda el puente que facilitaría la reunificación de ambas ramas de la especie humana, argumentaban éstos sin titubeos. La sorda labor de generaciones y generaciones de Monjes no había sido vana y comenzaba ya a dar sus frutos.

Sin embargo, el camino sería largo y complejo. Un buen día los imperiales comunicaron a los Monjes su deseo de partir aunque les prometieron volver. Kalpunt no sería abandonado, sino justo lo contrario; sería incorporado tan pronto como fuera posible a la nueva comunidad que se estaba forjando. Volverían tan pronto como pudieran, con todo lo necesario para rescatar al mundo de la sima en la que había estado sumido hasta entonces. Pero ahora debían partir.

Días más tarde el coloso metálico ascendía velozmente por el ceniciento cielo de regreso a su lejana base. En su interior viajaban algunos habitantes del moribundo planeta, invitados de excepción de sus nuevos compatriotas, y Zealt era uno de ellos al haber sido expresamente reclamado por los tripulantes del *Argos*. Un horizonte de insospechables posibilidades se abría frente al entusiasta Monje, el cual veía halagado cómo hasta sus más recónditos deseos corrían camino de convertirse en una esplendorosa realidad.

* * *

-El emperador le aguarda.

La escueta frase sobresaltó a Zealt, aburrido ya por la larga espera en la antesala del despacho del máximo rector del Nuevo Imperio, al tiempo que un extraño hormigueo recorría su cuerpo al incorporarse para seguir al hierático secretario. Por fin iba a entrevistarse con Flavio XIV, sucesor en línea directa de aquellos monarcas que en el transcurso de los milenios rigieron los destinos de la humanidad en todo el ámbito de la galaxia.

Había transcurrido bastante tiempo desde que abandonara su planeta natal a bordo del *Argos*, y a pesar de haber recorrido varias provincias del imperio habiéndose incorporado plenamente a su nueva sociedad, su mente todavía no había conseguido liberarse por completo de las ataduras que aún le mantenían ligado en parte a su anterior existencia.

Era consciente de que estaba inmerso en una realidad plenamente tangible, pero tan distinta de todo cuanto le había rodeado hasta entonces, que no podía evitar la sospecha de que únicamente se tratara de un sueño, uno de los audaces sueños con los que acostumbraba a dejar volar la imaginación en su infancia. Sueño, por otro lado, capaz de desvanecerse en cualquier instante.

Pero nada de esto habría de ocurrir, para alivio de Zealt. El Nuevo Imperio existía, no era ninguna especulación de su calenturienta mente aunque fuera tan sólo un pálido reflejo de su predecesor. Los medios materiales y humanos de los que disponía Flavio XIV eran tan sólo una ínfima parte de los que tuvieron los antiguos emperadores, de los cuales en realidad no podía proclamarse heredero (el fundador de su dinastía y del Nuevo Imperio había sido un simple gobernador provincial) por más que un prurito de añeja nostalgia hubiera movido a los nuevos monarcas a continuar con la interrumpida serie onomástica. A pesar de todo ello, Zealt no podía evitar el indefinible complejo de inferioridad que por momentos se adueñaba de su mente conforme se iba aproximando al lugar de la cita. Al fin y al cabo, se decía, ¿qué era él sino el inculto habitante de un perdido y semibárbaro planeta? Los imperiales habían conservado, siquiera en parte, los conocimientos de la era anterior mientras a Zealt no llegaron ni las cenizas.

Y ahora se hallaba por fin frente a él. Preso de los prejuicios atávicos que durante generaciones habían atenazado a sus antepasados e incluso a él mismo, Zealt no había podido evitar que su mente forjara la imagen idealizada del ser sobrenatural que él esperaba encontrar, sin duda un hombre excepcional, casi un semidiós.

Nada más lejos de la realidad, lo cual ciertamente le decepcionó. Exento de toda pompa, en medio de una sencillez casi espartana, Flavio XIV se mostraba ante él como una persona de edad mediana y rostro inteligente, tan normal en su apariencia como el resto de las personas con las que Zealt estaba acostumbrado a tratar. Desprovisto de su sencilla túnica y ataviado con la indumentaria habitual entre los ciudadanos del Nuevo Imperio, Flavio XIV hubiera pasado desapercibido entre sus súbditos.

-Tú eres Zealt, el nativo de Kalpunt. ¿Me equivoco? -interrogó.

-En efecto, Majestad. -éste era el único título utilizado por la prácticamente inexistente etiqueta de la reducida corte imperial- Yo soy.

-¿Conoces el motivo por el cual te he mandado llamar?

-Me comunicaron que reclamabas la presencia de representantes de todos los planetas recién incorporados al Imperio como... ¿Se dice embajadores? Discúlpame si mi galáctico no es todavía muy bueno. Me honra, Majestad, el alto honor que me ha sido concedido.

-Estás en lo cierto, Zealt, pero no es por eso por lo que has sido llamado. Mi interés hacia ti rebasa este marco... digamos convencional.

-Estoy a tu disposición. -respondió humildemente el antiguo Monje.

-Confiaba en ello. -sonrió Flavio- Ven, quiero que veas esto.

Obedeció Zealt, observando lo que el emperador le mostraba. Era uno de los mapas tridimensionales utilizados por los navegantes cósmicos, un holograma rectangular que encerraba en su interior una serie de puntos luminosos cada uno de los cuales marcaba las coordenadas espaciales de un planeta habitado. Zealt los conocía, y a juzgar por la gran cantidad de estrellas representadas ante sus ojos supuso que el mapa reflejaba una vasta zona de la galaxia; quizá todo el Imperio.

-Has acertado. -atajó Flavio adivinándole sus pensamientos- Este mapa recoge todo lo que en su día fuera el antiguo Imperio Galáctico. Todos estos puntos luminosos, y puedes comprobar que son muchos miles, en su día se sintieron orgullosos de formar parte de la civilización. Hoy, sin embargo, poco queda ya de aquellos tiempos gloriosos. -concluyó lastimero.

-Pero... Los distintos colores, ¿qué significan?

-Tan sólo son tres. La zona roja es la región que hoy en día es parte integrante con pleno derecho del Nuevo Imperio. La zona rosa que rodea a la anterior está constituida por los planetas que están sometidos en mayor o menor grado a nuestra influencia aunque todavía no hayan podido ser convertidos en provincias; se trata de mundos que están en proceso de integración al Imperio, y a ese grupo pertenece por el momento tu planeta natal.

-¿Y la amarilla? -preguntó Zealt refiriéndose a la tercera y última división.

-Con este color están representados todos aquellos sistemas estelares que formaron parte del Antiguo Imperio y de los cuales no tenemos la menor noticia. -respondió el emperador con semblante sombrío- Representan más de las cuatro quintas partes del total.

-Comprendo... -musitó quedamente Zealt.

-Desde la restauración del Imperio un único objetivo ha encauzado los esfuerzos de nuestra nación: -prosiguió Flavio- Incluir dentro de nuestras fronteras a la totalidad de las antiguas provincias imperiales. Has podido comprobar cuan lejos estamos aún de alcanzar nuestra meta; por este motivo, decidimos cambiar nuestra estrategia buscando hacer más efectivas nuestras acciones. Todo el esfuerzo científico del que éramos capaces fue orientado hacia un fin determinado en el que cifrábamos todas nuestras esperanzas:

Alcanzar en un solo viaje el solar de la antigua capital imperial llegando mucho más lejos que en nuestras más profundas exploraciones.

»La nueva expedición ha sido preparada con todo cuidado. No es una expedición cualquiera, sino el esfuerzo más importante de todos los realizados por nosotros. Los integrantes de la misma fueron seleccionados minuciosamente, pero faltaba alguien que pudiera cumplir una misión muy específica, alguien que no podía ser sustituido por ningún otro miembro de la tripulación. A pesar de nuestros esfuerzos no nos había sido posible hallar a esta persona, por lo que el proyecto quedó congelado; sin embargo, ahora creemos haberla encontrado.

-¿Acaso soy yo esa persona? -preguntó excitado Zealt, presa de una súbita intuición.

-Has acertado. Sólo tú eres capaz de desempeñar esa labor; si accedes a ello, naturalmente.

-¿Por qué yo? Disculpa mi extrañeza, Majestad, pero no alcanzo a comprender cómo he podido ser preferido a otros muchos de tus súbditos. Tan sólo soy un simple habitante de un planeta recién incorporado al Imperio, un bárbaro apenas sin formación y sin cultura. Cualquier ciudadano del Imperio tiene a su alcance unos medios materiales y culturales de los cuales yo me he visto privado durante la mayor parte de mi existencia; soy un completo extraño en vuestra sociedad.

-No te subestimes, Zealt; tu capacidad es perfectamente equiparable a la de cualquiera de mis súbditos nacidos y educados en el seno del Imperio. Pero tienes razón al afirmar que tu formación ha permanecido totalmente ajena a nuestra sociedad; en eso radica precisamente la clave de tu utilidad,

-Sigo sin comprender.

-Te lo explicaré. El destino quiso que nosotros conserváramos nuestra cultura mientras el resto del Imperio se sumía en la barbarie; se trata de algo que tú conoces perfectamente. Este hecho, por extraño que pueda parecerte, condicionó nuestra actuación suponiendo un serio inconveniente a la hora de entrar en contacto con nuestros vecinos menos afortunado, y discúlpame si me expreso con palabras que puedan herir tu susceptibilidad; nada más lejos de mi intención que tratarte como a un salvaje.

-¿A qué te refieres?

-Es sencillo. Nosotros éramos *civilizados*, y actuábamos como tales. Pero nos veíamos obligados a tratar con gentes que según nuestros parámetros eran *salvajes*, algunos de los cuales habían perdido hasta los más rudimentarios rasgos de civilización.

-Y en ocasiones erais incapaces de establecer contacto con ellos al existir una barrera infranqueable entre las dos culturas. ¿Me equivoco?

-En absoluto. Eran dos mundos completamente diferentes enfrentados por unas concepciones radicalmente distintas, cuando no antagónicas, de lo que debería ser el futuro común de la humanidad; para estos pueblos el Imperio era tan sólo un simple recuerdo perdido entre las brumas del tiempo, y por lo general no mostraban el menor interés por integrarse en nuestra sociedad viéndonos como algo extraño cuando no decididamente peligroso para su modo tradicional de vida. Por esta razón no nos quedó otra solución que armarnos de paciencia intentando ganar su confianza poco a poco aunque ello nos llevara varias generaciones. En esta situación están actualmente bastantes planetas, y pasará mucho tiempo antes de que puedan ser incorporados definitivamente al Imperio.

»Pero he aquí que es descubierto Kalpunt, tu planeta natal. Vuestra sociedad había retrocedido hasta unos valores mínimos, lo cual en principio no se diferenciaba demasiado de muchos de los casos que te acabo de comentar. Sin embargo, descubrimos allí un factor singular y absolutamente original que jamás nos habíamos encontrado en nuestras exploraciones anteriores.

-Te refieres al Monasterio.

-Así es. Lo último que pensábamos encontrar en un planeta tan atrasado era una comunidad que mantuviera viva la idea de una reunificación cósmica.

-¿Tan importante era nuestra labor?

-Mucho más de lo que puedas imaginar. Vuestra comunidad nos ha ahorrado un largo y penoso proceso de acercamiento al ser el Monasterio un puente tendido entre los habitantes del planeta y el Imperio, y gracias a él Kalpunt se incorporará plenamente al Imperio en un plazo de tiempo muy inferior al estimado como normal para los planetas de características similares. ¡Cuánto hubiéramos ganado de existir un Monasterio en cada planeta habitado! -enfaticó.

-Sigo sin entender de que forma puedo servir de ayuda; tan sólo era un novicio cuando llegasteis a mi planeta.

-Pero has sabido integrarte en nuestra sociedad manteniendo intacta tu formación anterior; conoces las dos culturas, y por lo tanto resultas ser la persona idónea para servir de enlace entre nosotros y las posibles sociedades bárbaras que nos encontremos en el camino puesto que sabrás entenderlos mucho mejor que cualquiera de nosotros. Perder para la civilización un puñado de planetas de la periferia no es pese a todo demasiado grave, pero

perder todo lo que fuera el corazón del Antiguo Imperio podría resultar una catástrofe para nuestros planes.

-Deseas, pues, que me una a la expedición.

-Tu decisión es libre. La empresa es arriesgada, quien sabe si peligrosa, por lo que todos los expedicionarios son voluntarios.

-Hace mucho tiempo, cuando era sólo un niño y el Monasterio estaba aún muy lejos de mi trayectoria vital, soñaba con el retorno de los Tiempos Felices. Hoy mi sueño se ha convertido en realidad gracias a vosotros, por lo que os debo mi agradecimiento. Contad conmigo para todo aquello en que pueda seros útil.

* * *

La nave exploradora *Aurora* abandonaba su base un deciciclo después. Era ésta un coloso metálico que dejaba muy atrás a todo lo realizado hasta entonces por la tecnología espacial del Nuevo Imperio, y ni aun los mejores cruceros de la Edad Antigua hubieran podido competir con ella.

No era una nave de guerra ni había sido diseñada para tal fin, pero en tan largo periplo a través de rutas ignoradas bien pudiera ser que se encontrara ante situaciones comprometidas, por lo que convenía ir preparados. Por ello su armamento era similar, y aun superior, al de cualquier unidad de combate de la reconstruida Armada Imperial. Componía su tripulación un nutrido grupo de personas seleccionadas entre las más idóneas de los súbditos de Flavio XIV. Formaban un grupo compacto y homogéneo, consciente plenamente de sus cometidos; eran los depositarios de todas las esperanzas de la civilización de la que formaban parte, y habrían de luchar con todos los medios a su alcance por evitar un fracaso que diera al traste con los denodados esfuerzos de toda la sociedad.

En el *Aurora* se encontraría Zealt con viejos conocidos ya que buena parte de la dotación del viejo *Argos*, con el ahora almirante Perr Million a la cabeza, se había incorporado a la nueva expedición. No le fue, pues, difícil a Zealt adaptarse a su nueva situación en espera de poder actuar en la misión que le había sido expresamente encomendada.

Conforme transcurría el tiempo la monotonía se fue adueñando de la vida de la pequeña comunidad; ésta iba a ser la tónica dominante en esta primera etapa de su largo viaje, viaje cuya característica principal iba a consistir en un alejamiento total de las rutas habituales de navegación. En efecto; una vez hecha una última escala en Abarth, pequeño establecimiento minero que constituía la avanzada del Imperio en dirección al centro

galáctico, el *Aurora* enfiló el rumbo por antiguos caminos olvidados desde hacía milenios, los cuales estaban registrados únicamente en añejos mapas corroídos por el paso implacable del tiempo. Su objetivo final estaba perfectamente claro: la capital del Antiguo Imperio Galáctico.

En la astronave, guiados por una larga experiencia, los viajeros adoptaban los medios necesarios para combatir eficazmente los perniciosos efectos provocados por el largo aislamiento. No les faltaban medios para ello; el *Aurora* era un mundo en miniatura plenamente capaz de satisfacer todas las necesidades de sus moradores.

Por su parte Zealt había hallado un medio eficaz para luchar contra el tedio: habiéndose descubierto una innata inclinación por la exploración astronómica, gustaba dar rienda suelta a su nueva afición pasando largos períodos de tiempo encerrado en el observatorio astronómico del que disponía la nave. Embriagado por su excitante labor veía desfilar ante sus ojos el deslumbrante caleidoscopio de un universo rebosante de vitalidad. Constelaciones y galaxias, vírgenes desde hacía mucho de miradas, se mostraban ante él en un espectáculo de salvaje belleza. Ahora Zealt comprendía la ineludible necesidad de un Supremo Hacedor.

Pasaba el tiempo con monotonía, desgranándose las jornadas sin que nada extraordinario viniera a turbar la aparente calma que reinaba en el *Aurora*. Habían quedado ya muy atrás las familiares regiones conocidas, y nuevas constelaciones tachonaban ahora el firmamento. El sol que alumbraba al planeta capital permanecía aún invisible, pero podía adivinarse su ubicación rígidamente señalada por la proa de la esbelta nave.

Un nuevo astro fulguraba ahora en el espacio. Según los antiguos mapas se trataba de Orissa, la antigua capital de lo que antaño fuera una importante provincia. Nada sabían de ella y, aun cuando esta etapa no estaba incluida en el trazado del viaje, todos coincidieron en aceptar la conveniencia de hacer escala en ella previa una pequeña alteración de la ruta seguida hasta entonces. Era razonable presumir la existencia de hallazgos interesantes en tan importante solar, y no convenía desperdiciar la ocasión.

Pero nadie, ni aun los más optimistas, pudo alcanzar a prever la magnitud que iban a alcanzar los acontecimientos. Poco después toda la nave vibraba de emoción al conjuro de unas palabras pronunciadas atropelladamente por un tripulante: Un objeto metálico, presumiblemente de origen artificial, se dirigía a gran velocidad al encuentro de la nave exploradora. Cabe suponer el revuelo que inmediatamente se desató en el *Aurora*; por vez primera desde la restauración del Imperio iban a entrar en contacto dos estirpes desgajadas del antiguo tronco común, dos ramas que habían logrado conservar, al menos en parte, su acervo cultural. Y tan trascendental suceso acontecía a escasa distancia del centro de la

galaxia. Todo inducía al optimismo más desenfrenado, ya que al fin y al cabo los expedicionarios eran humanos.

No transcurrió mucho tiempo antes de que la observación visual pudiera reemplazar a la electrónica, y ésta no hizo sino corroborar las anheladas esperanzas. Efectivamente se trataba de un navío estelar de toscas y desconocidas líneas, pero tripulado sin duda por descendientes de antiguos imperiales; no podía ser de otro modo dada la ubicación del lugar donde había tenido lugar el afortunado encuentro.

Colocada a babor del *Aurora* siguiendo un rumbo paralelo a éste la astronave desconocida intentó desde el primer instante comunicarse con el intruso, labor perfectamente inútil de no haber mediado una iniciativa análoga por parte de los técnicos de la expedición imperial. Felizmente los esfuerzos conjuntos de ambos navíos lograron salvar las barreras impuestas por unas diferentes tecnologías, viéndose al fin recompensados con el éxito; la comunicación entre ambos mundos estaba definitivamente abierta.

En todas las pantallas de comunicaciones de la astronave imperial, expresamente conectadas con el sistema receptor de las señales exteriores, los impacientes expedicionarios vieron aparecer ante sus ojos el busto de su anfitrión. Nada podía deducirse de su fisonomía salvo su origen netamente humano; era un hombre maduro de edad indefinida con los duros rasgos faciales diríase que esculpidos en el inexpresivo rostro. Observaba a sus interlocutores con interés pero sin reflejar el menor asombro por el encuentro, cosa ésta que no tuvo por menos que extrañar a los excitados tripulantes del *Aurora*.

Fue él quien rompió el momentáneo silencio con que habían acogido su aparición. Y habló, en una lengua completamente desconocida para la totalidad de los visitantes. Al fin hizo una pausa en su ininteligible monólogo, pausa que aprovechó a su vez el almirante Million para responder con unas sencillas frases de cortesía pronunciadas en el antiguo idioma galáctico.

A nadie le pasó desapercibido el extraño gesto con el que su interlocutor recibió el inocente saludo; pero se hallaban frente a un hombre que sabía controlar perfectamente sus emociones, el cual consiguió neutralizar rápidamente su momentánea sorpresa. Vuelta a adoptar su hierática actitud musitó unas breves palabras desapareciendo del campo visual. Durante unos instantes únicamente se oyeron cuchicheos, sin que nadie se mostrara frente al objetivo. Por fin un segundo individuo distinto del anterior se dirigió a los imperiales; y esta vez lo hizo en un galáctico extraño y a duras penas inteligible, bárbaramente modificado por la extraña lengua que poco antes oyeran pronunciar.

-Disculpad mi deficiente dicción, hombres del Más Allá; -saludó- salvo los estudiosos del pasado, ya nadie utiliza aquí vuestro idioma. Sed bienvenidos al reino de Qom.

-Salud, hombres de Qom. -respondió Million- Venimos en viaje de buena voluntad y nuestras intenciones no son hostiles. Que El que todo lo puede guíe vuestros pasos.

-Os doy las gracias, ilustres visitantes, por vuestros honrados deseos. Consideraros nuestros huéspedes. Pero decidnos, ¿de dónde procedéis? En toda la historia de Qom jamás tuvimos relaciones con habitantes de otros sistemas distintos al nuestro con posterioridad al hundimiento del Imperio. Realmente estamos sorprendidos por vuestra presencia.

-Responderé a vuestras preguntas ya que así lo deseáis -esta vez era Zealt, reunido con el almirante, quien hablaba- Pertenece al Imperio Galáctico, aquél que antaño dominara en esta región de la galaxia. El Imperio se extinguió, pero ahora ha resurgido de sus cenizas. Nosotros somos sus herederos directos.

-Así lo supusimos al oírlos hablar en el antiguo idioma. Pero os ruego que nos sigáis; seréis bien recibidos en nuestra base.

-Bien, ¿qué te parece? -preguntó el almirante a Zealt una vez que la comunicación quedó interrumpida.

-No lo sé, Perr, tengo mis dudas. Hay algo que no acaba de encajar del todo. A primera vista parecen hospitalarios y amistosos, ¿pero has observado la vacilación del primero de ellos? Le sorprendió mucho oírnos hablar en galáctico.

-Es lógico, Zealt. Ten en cuenta que ellos no esperaban nuestra llegada; así lo han reconocido.

-No es eso, Perr. No les extrañó nuestra presencia, sino nuestro origen. -recalcó- ¿Observaste la turbación de nuestro segundo interlocutor?

-¿Acaso insinúas...?

-Está claro que es prematuro sacar conclusiones; no tengo medios suficientes para afirmarlo, pero juraría que el reino de Qom teme el retorno del Imperio. Ojalá esté equivocado.

De acuerdo con las instrucciones anteriormente recibidas el *Aurora* enfiló el nuevo rumbo marcado por su escolta. Ésta se dirigía aparentemente hacia los planetas exteriores del sistema, donde debería de existir lógicamente una base espacial. Así era, y poco después el *Aurora* descendía sobre una pista situada en la yerma superficie del último planeta de Orissa.

Todo estaba listo para el ansiado contacto físico, y el *Aurora* bullía de agitación aguardando el momento. Pero fueron sus anfitriones quienes dieron el primer paso sin hacerse esperar; instantes después del aterrizaje solicitaban un nuevo contacto por radio. El interlocutor era de nuevo el anterior astronauta.

-Saludos, hombres del Imperio. Voy a daros instrucciones para regular de aquí en adelante nuestras relaciones. Cuatro de vosotros tendrán el honor de ser recibidos en audiencia extraordinaria por su Sublime Majestad Aartjes IV, los cuales embarcarán desarmados en uno de nuestros cruceros con destino a la capital del reino. El resto de la expedición deberá permanecer recluida en vuestra astronave sin abandonarla en ningún momento. Sólo un estricto cumplimiento de estas reglas redundará en unas relaciones satisfactorias para ambas partes. Nada más tengo que deciros; permaneced en esta frecuencia y comunicadnos vuestra decisión en cuanto ésta haya sido tomada.

Un jarro de agua fría pareció caer sobre los ánimos de todos los expedicionarios. Las duras palabras pronunciadas por el qomita, tan distintas del hospitalario recibimiento que esperaran, sembraron la confusión y el desencanto en el ánimo de todos.

-Te lo dije, Perr. -se lamentó Zealt- apenas han tardado en desenmascarse. Recelan de nuestra presencia.

-Pero... ¿Por qué? No abrigamos intenciones hostiles.

-Quisiera saberlo, Perr. Lo cierto es que no somos bien recibidos.

-¿Qué piensas que debemos hacer?

-¿Qué opción nos queda, sino seguir adelante?

-Pero son condiciones humillantes...

-No hay elección, Perr. La causa que nos mueve bien merece este sacrificio. Es nuestro orgullo frente a los intereses del Imperio.

-Está bien. -suspiró el almirante- Estás en tu terreno. ¿Quiénes serán los cuatro?

-Uno yo, eso está claro. Y otro tú, como capitán de la nave.

-Correcto. Ya somos dos. Pero, ¿y los dos restantes?

-Pide voluntarios; no te van a faltar. Una ocasión como ésta no se presenta todos los días.

No erraba Zealt en su predicción; la totalidad de la dotación del *Aurora* se mostró dispuesta a ocupar las dos plazas libres. No sin dificultad fue realizada la selección, recayendo ésta en las personas del historiador Julio Cox y de Mint Campbell, psicólogo de afamado prestigio. Ellos serían quienes acompañaran a Zealt y a Perr Million en el histórico viaje.

Una vez comunicada la decisión, acogida con un hosco gruñido de asentimiento por parte de los excluidos, los cuatro expedicionarios se aprestaron a partir. Momentos antes el almirante daba las últimas instrucciones a su segundo, recomendándole una vigilancia constante. Durante su ausencia la nave permanecería en estado de permanente alerta, y si era preciso el *Aurora* abandonaría el sistema prosiguiendo su viaje de acuerdo con las previsiones establecidas. El éxito de la misión no debía verse afectado en ningún caso por lo que pudiera acontecer a los cuatro hombres.

El resto fue sencillo. Un automóvil todo terreno aguardaba la salida de los astronautas. Dado que la nave permanecía relativamente alejada del centro neurálgico de la base, los expedicionarios hubieran tenido que caminar bastante trecho para alcanzar su destino de no haber mediado esta aparente gentileza de los qomitas... ¿O era acaso una simple medida de seguridad? Como es natural, no llegaron a saberlo.

Fueron recibidos sin la menor ceremonia, conduciéndoseles a continuación frente a un férreo crucero estelar en cuyo costado campeaba lo que parecía ser la enseña del reino de Qom: Un sol llameante atravesado por dos lanzas cruzadas, vestigio sin duda de un pasado guerrero. Sin saber por qué, Zealt se encontró repentinamente incómodo. La escotilla estaba abierta, por lo que la invitación era evidente. Obedecieron, pues, la muda orden penetrando en su abigarrado interior. Una vez despojados de sus incómodos trajes espaciales fueron conducidos a sus alojamientos, donde permanecerían recluidos durante la totalidad del viaje.

Éste fue relativamente breve, aunque los tripulantes de la nave supieron aprovecharlo bien. Los viajeros del *Aurora* acompañados por el inevitable traductor que, con su irritante omnipresencia, parecía confirmar la sospecha de la existencia de una terrible escasez de galactoparlantes en el reino de Qom, fueron machaconamente instruidos sobre las peculiaridades del rígido protocolo vigente en la corte de Aartjes IV. Era ya una auténtica obsesión la abrumadora insistencia con la que su cargante instructor pretendía inculcarles las pautas de comportamiento que deberían obligatoriamente seguir al hallarse frente a tan egregio interlocutor.

Aburridos por esta actitud infantil, Zealt y sus compañeros no tenían por menos que contemplar con sorna tan denodados esfuerzos. Según pudieron deducir en Qom imperaba una monarquía absoluta en la cual el culto a la personalidad del monarca rozaba los límites

del absurdo, conforme al concepto que de ello tenían unos hombres acostumbrados a una relación perfectamente natural entre un gobernante y sus súbditos. Pero se encontraban en tierra extraña, y debían amoldarse a las circunstancias imperantes tal como oportunamente les recordó Zealt.

* * *

-Su Sublime Majestad Aartjes IV, soberano supremo del reino de Qom.

Ante el retórico anuncio del lacayo el traductor les instó a incorporarse de sus asientos, operación realizada con presteza no sin que Cox mascullara algo entre dientes antes de recibir un codazo del apercebido Zealt. Instantes después hacía su aparición el reyezuelo acomodándose en el abigarrado trono que presidía la vasta sala.

Una rápida mirada le bastó a Zealt para catalogar convenientemente a tal personaje. Haciendo bueno el adagio de que sólo aquéllos que son conscientes de su inferioridad son los que tratan por todos los medios a su alcance de neutralizarla merced a un exacerbado egocentrismo, Aartjes era la pura imagen de la mediocridad más absoluta. Pequeño de cuerpo, con una sempiterna expresión de astucia adornándole el rostro, estaba muy lejos de dar la típica estampa del hombre de estado. Más bien parecía un advenedizo al cual el trono le venía grande; y en efecto, así era. Había heredado el cetro de su padre, un usurpador que accedió al poder por el expeditivo método de asesinar al anterior y legítimo monarca, por lo que Aartjes se halló en una situación sumamente comprometida al acceder al trono tras el fallecimiento de su padre encontrándose con una sangrienta guerra civil. Si bien sus partidarios lograron aplastar finalmente a los defensores de la derrocada dinastía, no era menos cierto que el triunfo final se debió más a las estructuras puestas en pie por su padre y predecesor que a sus propios méritos como gobernante.

Éste era Aartjes IV, rey de Qom. Aunque, claro está, esto lo ignoraban sus visitantes los cuales, obedientes con el protocolo, mostraban una actitud de respetuosa sumisión.

-¡Salud, oh poderoso monarca! -recitó Zealt, constituido en portavoz de sus compañeros- Te rogamos que sea tu voluntad concedernos una audiencia. Tenemos noticias importantes que comunicarte.

-¿Quiénes sois? -preguntó con voz chillona. Por supuesto no hablaba galáctico, por lo que sus palabras debieron ser traducidas a los imperiales.

-Venimos de muy lejos, ¡oh sublime jerarca! -continuó el antiguo Monje- Somos los embajadores del Imperio, y humildemente solicitamos tu hospitalidad. El Imperio desea establecer unas relaciones fructíferas entre nuestros dos pueblos.

-¡Nada tiene el Imperio que hacer aquí! -exclamó bruscamente- Estos territorios fueron abandonados por el Imperio y ya no le pertenecen.

-¿Qué te dije? -susurró Zealt a Perr. Y ya en voz alta continuó- ¡Oh, noble monarca! Nada más lejos de nuestra intención que reclamar en nombre del Imperio a estos planeta. Nuestros deseos son únicamente los de establecer relaciones amistosas con el reino de Qom que tan acertadamente gobiernas.

-Habláis con dobles palabras, pérfidos imperiales, pues conocemos sobradamente vuestros verdaderos propósitos. Pero id, id enhoramala y decid a vuestro emperador que el reino de Qom no se entrega, que jamás se entregará. Marchad antes de que dé orden a mi flota de que dispare contra vosotros.

-Pero... -se interrumpió Julio Cox al comprender que la entrevista había finalizado. Completamente estupefactos, los imperiales se retiraron de la estancia.

* * *

Todo transcurrió rápidamente una vez concluida la fracasada entrevista. Tratados como auténticos prisioneros los improvisados embajadores fueron restituidos a bordo del *Aurora*, el cual recibió la orden de abandonar de inmediato la base so pena de ser destruido allí mismo.

Todavía perplejos por el inusitado sesgo que habían tomado los acontecimientos, la plana mayor de la expedición fue convocada urgentemente a reunión. Era imprescindible estudiar la delicada situación en la que se habían visto envueltos, para así poder adoptar la decisión más adecuada a las circunstancias en que se encontraban.

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntaba Zealt.

-Muy sencillo. ¡Demos una buena lección a esos monos! -sugirió alguien.

-No estamos aquí en misión de guerra. -le recriminó el almirante- Nuestras armas sólo deben ser usadas en caso de estricta necesidad.

-Pero ¿por qué esa actitud tan hostil? No es lógica.

-Siempre existe una explicación por extraña que sea; basta con saber buscarla. -apuntó el flemático Campbell.

-¿Qué has averiguado? -le preguntó el almirante.

-No puedo afirmarlo con exactitud, pero todo parece indicar que existen graves tensiones sociales en el seno de esta comunidad; pudimos comprobarlo en las calles de la capital.

-¿Y bien?

-Sospecho que la posición de ese reyezuelo no debe de ser muy segura. Su maniobra ha quedado clara: Desviando la atención de sus súbditos hacia nosotros salva momentáneamente la cara.

-Es decir, nos utiliza como cabeza de turco.

-Algo así. Imagino que los ideólogos del reino se habrán apresurado a impartir cursos acelerados de patriotismo al pueblo.

-Todo parece encajar. -intervino Zealt- Sin embargo, no parece normal que surja repentinamente una xenofobia tan visceral; este temor al Imperio parece venir de muy atrás y está sin duda profundamente arraigado en este reino, demasiado para ser de nuevo cuño.

-Soy de la misma opinión. -esta vez era Cox quien tomaba la palabra- Nada más volver a la nave estuve investigando en la biblioteca de a bordo, y hallé referencias muy interesantes.

-¿Cuáles son? -preguntó Perr.

-Partí de la base de que el reino de Qom no era descendiente directo del antiguo Imperio; era una cultura demasiado... bárbara para ser autóctona. Más bien parecían provenir de fuera, ser descendientes de intrusos instalados aquí con posterioridad al colapso general. Y por fin, buscando entre los antiguos documentos, pude dar con su origen. Los qomitas son los descendientes de las hordas bárbaras que habitaban en la región situada más allá de la Gran Nebulosa en los tiempos del Antiguo Imperio.

»Durante mucho tiempo ambas culturas se ignoraron mutuamente, y fue en el reinado del gran Laertes III cuando en el Imperio se tuvieron las primeras y fragmentarias noticias de ellos. Estos bárbaros se dedicaban a atravesar periódicamente la Gran Nebulosa buscando sus presas entre los planetas del cinturón de Arson, entonces independientes. Atemorizados por el sistemático pillaje que continuamente sufrían, los habitantes del cinturón terminaron por pedir ayuda al poderoso emperador. Laertes acudió al frente de sus naves limpiando de piratas toda la zona, a la que proclamó protectorado del Imperio.

»Pero la paz duró poco ya que los qomitas volvieron a las andadas. El emperador, ya anciano, volvió de nuevo a la región al frente de una gran flota que destruiría completamente a la armada qomita en el curso de una sangrienta batalla. No acabó aquí el

escarmiento; la flota imperial, internándose profundamente en el corazón del territorio enemigo, atravesó la Gran Nebulosa cayendo sobre los indefensos planetas sin que los desmantelados restos de la escuadra enemiga pudieran hacer nada para evitar la catástrofe.

»Cubiertos sus objetivos las naves imperiales volvieron atrás y a partir de entonces la frontera imperial quedó fijada en la Gran Nebulosa. El cinturón de Arson pasaba, pues, a formar parte del Imperio, pero el reino de Qom no fue anexionado. ¿Por qué Laertes no fue más allá a pesar de que los planetas qomitas habían estado en sus manos? La respuesta es sencilla: Ni económica ni políticamente era rentable su anexión. Nada ganaba el Imperio con su incorporación como provincia de pleno derecho salvo más que probables quebraderos de cabeza provocados por los levantiscos bárbaros; bastaría con mantenerlos a raya controlando la frontera común. Además el gran emperador sentía próximo el fin de sus fuerzas. Laertes marchó inmediatamente a la capital, donde poco después falleció.

»Los sucesores de Laertes apenas si se ocuparon de la región, excepción hecha de algunas esporádicas razzias destinadas a mantener vivo el temor al Imperio. Los qomitas se mantenían tranquilos sin inquietar a la guarnición allí destacada. Hubo que esperar más de doscientos ciclos para que la región volviera a aparecer en la historia. Reinaba entonces Aureliano, el último gran emperador. Era este monarca un hombre singular; tenía en sus manos las riendas de un imperio ya moribundo, y él lo sabía. Trató de evitarlo, es cierto, pero su error consistió en creer que podría restaurar los tiempos heroicos.

»Aureliano optó por una política de conquistas; pensaba que así sería posible rejuvenecer una sociedad carcomida y gastada. ¡Vano afán! Decidió entonces ampliar las fronteras de sus dominios injertando savia nueva en el anquilosado Imperio, fijando su atención en aquellas regiones desdeñadas por Laertes: Los planetas qomitas.

»Fue preparada una flota destinada a conquistar la desprevenida región; la campaña sería fácil. Todo estaba listo y la flota presta para zarpar cuando un nuevo factor vino a perturbar sus planes; acababa de estallar una nueva guerra civil. El emperador se vio obligado a aplazar sus proyectos de conquista teniéndose que volver apresuradamente sobre sus pasos llevándose con él a la flota para salir al encuentro de los usurpadores.

»El resto es conocido. Aureliano murió en una batalla y el Imperio se sumó en la anarquía; poco después se derrumbaría para no volverse a levantar. Nada dicen los documentos de lo que aconteció a partir de entonces a los qomitas, pero no resulta difícil suponerlo. Sospecharían que algo anormal pasaba al ver desaparecer las guarniciones imperiales que durante centurias les mantuvieron en jaque. Se arriesgarían a atravesar la frontera común, la Gran Nebulosa. Y cual no sería su sorpresa al contemplar, inermes a sus pies, los planetas que durante generaciones consideraron como una fruta prohibida. Obvio es decir que se apresurarían a invadirlos aunque no sin temer el retorno de su mortal

enemigo. Pero el Imperio no acudió en defensa de sus posesiones; no podría hacerlo, puesto que ya no existía.

»Conforme pasaba el tiempo los invasores irían ganando en audacia. Perdido ya el pánico ancestral hacia un enemigo invisible, las naves qomitas se lanzarían impunemente en incursiones cada vez más profundas por los territorios que antaño fueran provincias imperiales. Al fin se produciría la gran migración: el pueblo de Qom, abandonando en masa su antiguo solar, acabaría estableciéndose de forma definitiva en la próspera provincia de Orissa fundando así un nuevo reino que se superpuso a la anterior población sin absorberla.

»Y eso es todo. -concluyó Cox- He aquí la posible explicación al temor de nuestros anfitriones. A pesar del tiempo transcurrido desde entonces, no han debido de conseguir liberarse por completo de su complejo de usurpadores; la sombra del Imperio todavía pesa mucho aun cuando sea la de un cadáver, y siempre han debido de temer que éste apareciera de nuevo para reclamar lo que fue suyo. Éste y no otro ha de ser el origen del conflicto en el que estamos inmersos.

-Estoy de acuerdo contigo, pero esto no resuelve nuestra duda inicial. -replicó Zealt- ¿Qué vamos a hacer ahora?

-La respuesta es sencilla. -atajó el almirante- Seguir adelante con nuestro programa.

-Para ello necesitaríamos atravesar el reino de Qom, ya que dejarlo a un lado supondría una gran demora. Y, o mucho me equivoco, o estos *caballeros* tratarán de impedirnoslo con todos los medios a su alcance -atajó Zealt refiriéndose a las numerosas naves de guerra que rodeaban al *Aurora*.

-Pues peor para ellos. -oyeron mascullar al almirante.

* * *

El *Aurora* surcaba de nuevo el universo en pos de su aún lejano destino. Nada se oponía ya a su veloz carrera una vez dejado atrás el hostil reino de Qom.

Los temores de Zealt se habían visto confirmados. Al intentar los imperiales enfilar su nuevo rumbo una vez abandonado el sistema de Orissa, se hallaron frente a las unidades de guerra qomitas que, en compacta formación, les cerraban completamente el paso. Fueron vanos todos los esfuerzos realizados por Perr Million para establecer la concordia entre ambas partes; el almirante de la escuadra contraria era depositario de unas escuetas y radicales órdenes recibidas directamente de Aartjes, y estaba plenamente dispuesto a cumplirlas.

La nave imperial ha de ser destruida. Rezaba el lacónico comunicado enviado a los puentes de mando de las naves que formaban su flota. La empresa en principio parecía bastante fácil; eran cincuenta naves contra una y todo hacía suponer a los orgullosos capitanes que la acción se iba a limitar a un sencillo tiro al blanco. Según creían el *Aurora* no tenía la menor posibilidad de salvarse, existiendo incluso disputas entre las naves por contar con el *honor* de aniquilar a tan aborrecido enemigo.

La realidad se reveló bien distinta. Poseedores de una tecnología muy rudimentaria bien pocos eran los progresos que habían realizado los qomitas desde que se establecieron en la antigua provincia imperial, habiéndose limitado a suplantar a la agonizante, pero todavía fecunda, sociedad allí existente sin mostrar el menor interés por asimilar sus posibles enseñanzas. Sus viejas y destartadas astronaves formaban en realidad un abigarrado y poco efectivo conjunto mediocrementemente armado.

Por contra, el *Aurora* era el máximo exponente de la pujante tecnología del Nuevo Imperio. No pudo hablarse, por tanto, de una verdadera batalla sino más bien de una simple, aunque sangrienta, escaramuza en la cual la flota qomita llevó la peor parte. Infinitamente superior tanto en maniobrabilidad como en potencia de fuego, el *Aurora* utilizó por vez primera su poderoso poder de destrucción atravesando en línea recta el compacto frente formado por la escuadra enemiga al tiempo que barría del firmamento a todas aquellas torpes y vulnerables naves que se oponían a su avance haciendo huir vergonzosamente al resto.

Libre ya de sus oponentes sin haber sufrido el menor rasguño, el *Aurora* se aprestó a ejecutar la última etapa de su viaje confiando en alcanzar el núcleo del Antiguo Imperio en un breve plazo de tiempo. De acuerdo con los antiguos mapas pronto penetrarían en lo que antaño fueran las provincias más prósperas y pobladas del Imperio. El desencanto sufrido en Orissa, que hacía retroceder de forma apreciable los límites estimados de lo que pudiera quedar del Antiguo Imperio, no había enfriado a pesar de todo el entusiasmo de los expedicionarios. Era general la convicción de que, tarde o temprano, se encontrarían con los cruceros imperiales. Tan sólo Zealt, un Zealt transfigurado y extraño a raíz de los acontecimientos ocurridos en el reino de Qom, discrepaba del sentir general.

-A pesar de sus temores y de su constante vigilancia los qomitas jamás hallaron el menor rastro de un Imperio organizado. -argumentaba- Ha pasado mucho tiempo desde entonces y es muy extraño que el Imperio, de existir aún, haya renunciado definitivamente a unas provincias tan cercanas a la metrópoli.

Pese a tan juiciosas palabras nadie prestaba atención al antiguo Monje, tachándolo de agorero. No les faltaban razones a sus oponentes; en realidad los qomitas nunca habían mostrado el menor interés por explorar las regiones interiores del Imperio, ignorando por

tanto todo lo que ocurría fuera de sus fronteras. Era de esperar que el Imperio, pese a todo, tuviera que afrontar una profunda crisis siendo muy improbable que en tales condiciones se sintieran capaces de ensanchar sus ahora reducidas fronteras.

La cuestión quedaría rápidamente zanjada una vez que el *Aurora* hubiera llegado al final de su largo periplo galáctico. Con el fin de adelantar este momento el almirante Perr Million había ordenado que el *Aurora* dejara atrás los numerosos sistemas estelares presumiblemente habitados que surgían a su encuentro dirigiéndose directamente hacia el antiguo planeta capital, cuyo sol era ya visible en forma de una brillante estrella hacia la cual enfilaba la proa del esbelto navío.

Conforme pasaba el tiempo la excitación se adueñaba de los bien templados nervios de los componentes de la expedición. Eran ciudadanos imperiales crecidos en el seno de un profundo culto a sus gloriosos antecesores, y por ello se mostraban incapaces de dominar la emoción que los embargaba. Libre de estos prejuicios Zealt era el único que se mantenía dueño de sus emociones, esperando y al mismo tiempo temiendo que los hechos acabaran dándole la razón.

Y al fin se desvelaron sus dudas mostrándose los hechos en toda su cruel dimensión. Ya conocían la razón del irritante silencio con el que el planeta había respondido a las insistentes llamadas del *Aurora*: Éste ya no existía y su lugar lo ocupaba ahora un denso cinturón de asteroides que giraban en torno a su antigua órbita, míseros despojos del orgulloso astro que otrora rigiera los destinos de toda la galaxia. Obvio era suponer la suerte corrida por sus habitantes, de los que ni polvo quedaba.

Los viajeros del *Aurora* se sintieron desfallecer viendo cómo se derrumbaban todas sus ilusiones, sumiéndose en un profundo estado de postración colectiva al que sólo con un gran esfuerzo consiguieron vencer. Estaba claro que el planeta había sido una víctima más del Gran Holocausto, destruido hasta sus entrañas para nunca más resurgir.

A duras penas aceptada la cruel realidad, la expedición abandonó para siempre aquel lugar maldito. No se resignaban, a pesar de todo, a aceptar su fracaso y todavía abrigaban esperanzas de encontrar, más allá de la aniquilada metrópoli, algún planeta que se hubiera salvado de la destrucción.

Fueron ciclos de agotadoras exploraciones en las cuales visitaron cientos de planetas antaño prósperos y hoy convertidos en yermos cementerios despojados de cualquier manifestación de vida. Toda esa región del Imperio había seguido el triste final de su extinta capital, arrasada por completo y para siempre.

Imbuidos por la firme convicción de que ya nada podían hacer allí, los expedicionarios optaron por volver a sus lares con la desalentadora conclusión de que en un futuro el Nuevo Imperio debería valerse exclusivamente por sus propios medios.

En aquel triste retorno resaltaba la actitud de Zealt, cada vez más reservado e introvertido. Ni aun su mejor amigo, el almirante Perr Million, le lograba rescatar del profundo mundo interior en el que se había refugiado. El antiguo Monje viajaba en el *Aurora* tan sólo físicamente, puesto que su alma estaba muy lejos de allí.

Regida por tal estado de cosas la vida en el *Aurora* se desenvolvía monótonamente mientras el veloz navío quemaba las últimas etapas de su viaje y las familiares constelaciones comenzaban a adornar el firmamento saludando su regreso. Pronto llegarían a su destino y deberían rendir cuentas de su desgraciado viaje.

Habiendo cruzado hacía ya tiempo las fronteras del Nuevo Imperio, no les resultó extraño encontrarse con una astronave imperial, aun cuando estaban relativamente lejos de las rutas comerciales, el lugar era frecuentado por naves de exploración que se dirigían a los confines del Imperio. Fue dada, pues, orden de dirigirse al encuentro del otro navío con objeto de poder saludar a sus compatriotas.

Cual no sería su sorpresa al comprobar que se trataba de una nave de guerra en aparente zafarrancho de combate. Cuales podían ser los motivos que provocaban esta extraña actitud de la flota imperial era algo que los tripulantes del *Aurora* no podían comprobar por sus propios medios, por lo que para salir de dudas deberían esperar a que fuera establecido el contacto con sus visitantes.

Y en efecto, el crucero sideral dio muestras de querer comunicarse con ellos apenas ambas naves se hubieron aproximado lo suficiente. Pero no era un mensaje de bienvenida el que recibió el *Aurora*, sino un ultimátum exigiéndoles su inmediata identificación; era evidente que algo grave había debido de ocurrir para justificar tan extraño comportamiento. No obstante, y deseoso de clarificar la situación, el almirante dio orden de identificar al *Aurora*. La expedición no había sido ni mucho menos secreta, y nada tenían que ocultar. Una vez cumplido este requisito desapareció la tensión hasta entonces existente, solicitando entonces el capitán del crucero permiso para entrevistarse con el almirante.

El permiso fue concedido, con lo que el capitán Novak, que así se llamaba, procedió a trasladarse al *Aurora*, donde fue recibido con muestras inequívocas de inquietud. Haciendo caso omiso a las insistentes preguntas con las que era acosado por todos cuantos se cruzaban en su camino, Novak se dirigió hacia donde Perr Million le aguardaba con impaciencia. Sin más preámbulos, la entrevista entre ambos comenzó.

-Ante todo, deseo pedirle disculpas por el modo tan desusado con el que les recibimos, almirante Million. -se excusó Novak- Pero con posterioridad a su marcha han tenido lugar acontecimientos muy graves que justifican plenamente nuestra actitud.

-Pierda cuidado, capitán. Eso ya lo supusimos. Pero le ruego que nos comunique cual es la situación actual; estamos impacientes por saber qué ha ocurrido.

-Está bien, señor. Procuraré ser breve, aunque lo que le tengo que decir no es agradable. Poco después de partir ustedes con destino a la capital del Antiguo Imperio estalló una rebelión.

-¿Una rebelión? Pero... ¿por qué?

-Es inútil buscar un motivo y demasiado tarde ya para intentar evitarlo. lo cierto es que estalló, y con mucha fuerza. Los rebeldes arrastraron consigo a buena parte de los planetas recientemente incorporados al Imperio, y todos los intentos de conciliación fueron inútiles. Desgraciadamente, la guerra civil estalló.

-¿Una guerra civil! ¿Por qué? No había motivos. -exclamó Perr desesperado.

-¿Por qué estallan las guerras? ¿Acaso ha habido jamás una guerra justa? Quizá la culpa la tenga el hombre; un ser imperfecto no puede crear un sistema perfecto. -respondió Novak con fatalismo.

-¿Cuál es la situación actual?

-Difícil, muy difícil para los defensores del Imperio. El emperador fue asesinado a poco de comenzar la lucha; ahora es regente su primer ministro a espera de que el Consejo Imperial nombre un nuevo emperador. La lucha se ha extendido por todo el territorio y los rebeldes han conseguido apoderarse de buena parte de las provincias. Se lucha en la capital, y muchos creen que nuestra causa está ya y desertan o se pasan a las filas republicanas.

-Luego, ¿es una república lo que quieren implantar los rebeldes?

-Eso afirman. Lo cierto es que por ahora únicamente muestran interés en destruir el orden creado. Todos nuestros esfuerzos se están viniendo abajo, y costará mucho tiempo volvernos a poner en pie; si es que algún día lo logramos.

-Es irónico. -respondió Million- Parece como si la adversidad se hubiera cebado con nosotros. No contenta con hacer fracasar nuestra expedición, nos ha perseguido hasta aquí destruyendo todo aquello sobre lo que se cimentaban nuestras vidas. En fin; -suspiró- nada se puede hacer frente a los designios divinos.

-Discúlpeme, señor. -le interrumpió Novak- Ya le he expuesto a usted la situación; ahora debe decidir cual es su postura. Y le comunico que, en caso de declararse partidarios de los rebeldes, deberán considerarse nuestros prisioneros. Lo lamento, pero las circunstancias me obligan a ello.

-Pierda cuidado, capitán; usted no hace sino cumplir con su labor. Responderé a su pregunta. No puedo adoptar yo solo una decisión sobre algo que afecta a todos los viajeros de esta nave, pero mi decisión particular es firme; soy leal al Imperio y lucharé hasta el fin por defenderlo. Cuénteme entre los suyos. Pero ahora le ruego que se retire a su nave; he de informar a toda la tripulación con el fin de que puedan tomar partido.

Así lo hizo el fiel capitán dejando solos a los tripulantes del *Aurora*, que fueron prestamente informados de la situación existente. Su reacción fue inmediata y unánime: se mostraron dispuestos a defender al Imperio alineándose con su capitán. Tan sólo Zealt permaneció silencioso, sin dejar siquiera entrever su decisión. No pasó desapercibida a Perr la actitud de su amigo, y por tal motivo lo llamó conduciéndolo lejos de los demás.

-Querido Zealt, circunstancias muy desgraciadas nos han envuelto en sus redes. Tú no eres, al menos oficialmente, ciudadano del Imperio; puedes mantenerte, pues, al margen de los acontecimientos. No te lo censuraré como almirante de la flota imperial que soy, pero como amigo tuyo te ruego que me digas cual es tu postura personal; es un favor que te pido.

-Amigo Perr, nunca traicionaré la amistad que nos une. Te recuerdo que hace tiempo acepté gustoso la labor que el Imperio me encomendaba; implícitamente, pues, me integré en vuestra sociedad. Yo creía en el Imperio, y estaba dispuesto a hacer por él cuanto estuviera en mi mano.

-Hablas en pasado. -se dolió Million.

-En efecto. No quiero que lo tomes ni por cobardía ni por ingratitud; no es eso. Estoy muy agradecido al Imperio por cuanto hizo por mi pueblo, y estimo que mis compatriotas jamás podrán pagar el inmenso beneficio que recibieron de él. Lo lamento, Perr, pero creo que mi presencia es ahora más necesaria en Kalpunt que defendiendo al Imperio.

-Comprendo tu actitud, y no la censuraré.

-No es lo que tú crees, Perr. Yo no vacilaría en luchar por el Imperio si tuviera la menor esperanza de que fuera una labor fructífera.

-¿Y no es así? -se extrañó Million.

-No, Perr, no es así. El Antiguo Imperio sucumbió víctima de sus propios errores. No lo derribaron; se hundió solo. Vosotros intentasteis reconstruirlo sin daros cuenta de que al restaurar el sistema resucitabais también las viejas lacras que acabaron con el mismo. El germen que había destruido al primer Imperio estaba latente aquí, y sólo era cuestión de tiempo que resurgiera de nuevo. Y el momento llegó.

-¿Qué quieres decir?

-Sencillamente, el Nuevo Imperio estaba muerto desde el mismo momento en que nació. No se consigue vitalidad rejuveneciendo a un anciano, sino adoptando a un joven libre de lacras. Vuestro Imperio está muerto, muerto para siempre.

-Entonces, ¿cuál es para ti la solución?

-Buscar. Buscar una civilización joven que esté sin viciar, una cultura que no padezca los vicios que arruinaron al Viejo Imperio y que continuaban existiendo en el Nuevo. Una sociedad virgen que sepa arrancar de cero sin verse obligada a arrastrar la pesada carga de unas lacras heredadas del pasado.

-¿Y cuál es esa civilización? -preguntó entre sarcástico e interesado Perr Million.

-La mía, Perr, la de Kalpunt. El Imperio está marcado, y tarde o temprano ha de caer como una fruta madura; es ley de vida. Las civilizaciones tienen un ciclo vital al igual que los humanos; nacen, crecen... y mueren. Vosotros no creasteis una civilización nueva, tan sólo prolongasteis artificialmente la agonía de la antigua. No es este el camino; el futuro es de las culturas jóvenes, infantiles hoy en día pero que se desarrollarán y madurarán en un futuro más o menos lejano. De ellas es el porvenir.

-¿Qué piensas hacer ahora? -al fin Perr comprendía a Zealt; y lo envidiaba.

-La guerra está muy lejos de Kalpunt; mi planeta se salvará de ella. Te ruego que me proporciones los medios para llegar a él, ya que mi presencia es necesaria allí; quizá pueda servirle de ayuda para acelerar su progreso.

-Haré lo que tú dices, Zealt. Cada uno tiene su misión que cumplir; corre a encontrarte con la tuya. Yo desempeñaré la mía lo mejor que pueda.

-Adiós, Perr. Nunca te olvidaré. Deseo que logres tus objetivos; pese a todo puede que yo esté equivocado, y créeme que lo desearía con toda mi alma.

Los dos amigos se fundieron en un estrecho abrazo. Poco después una nave auxiliar, transportando como único viajero a Zealt, abandonaba el seno del *Aurora* con destino al lejano Kalpunt mientras el inmenso navío se aprestaba a seguir al crucero estelar en

dirección a la capital del Nuevo Imperio. Cada cual tenía una labor que cumplir, y todos lo harían de la mejor manera posible.

CAMINO DE MIL INFINITOS

Hay un universo mágico en el que todo, hasta lo imposible, puede ser realidad. Son los dominios del infinito, inabordable concepto que no tiene principio y que tampoco tiene fin, pero que sin embargo existe.

Allá afuera las estrellas, siempre inmutables, continuaban brillando. A pesar del tiempo transcurrido desde que comenzara el viaje, Víctor Duarte no acababa de acostumbrarse totalmente al nuevo marco en que se hallaba. Como científico no ignoraba que sus ojos eran capaces de percibir tan sólo una mínima parte de las radiaciones emitidas por los distintos astros que poblaban el vasto cosmos; pero como criatura humana arrancada del familiar mundo en que había nacido, se sentía brutalmente aplastado por la magnificencia del grandioso espectáculo abierto ante él.

Contemplaba, absorto, las imaginarias líneas que conformaban las distintas constelaciones mientras su mente reflexionaba sobre el gigantesco salto dado por la humanidad en el breve intervalo de las dos últimas generaciones: de aquellos rudimentarios vuelos a la Luna, incipientes balbuceos del afán del hombre por dominar el espacio, se había pasado casi sin solución de continuidad a la exploración sistemática del vacío interestelar y al establecimiento de colonias en planetas de lejanos soles.

La misma astronave en la que Víctor viajaba, la orgullosa *Ras Algethi*, era una muestra palpable de los milagros alcanzados por la nueva tecnología desarrollada a partir del descubrimiento más transcendental de la historia de la ciencia, aquella gran teoría cósmica que en vano persiguiera Albert Einstein: la teoría del campo unificado, como él la denominara, o teoría de la supergravedad como gustaban llamarla los físicos, había sido por fin domeñada, registrada en ecuaciones matemáticas y por fin comprendida.

Los científicos tenían ahora en sus manos una poderosa herramienta para estudiar la totalidad de los procesos existentes en el universo: La fuerza de la gravedad, el electromagnetismo y los distintos tipos de fuerzas interatómicas, hasta entonces considerados como magnitudes físicas aisladas, se revelaban ahora como distintas manifestaciones de un mismo fenómeno, el único existente en un universo de aplastante y majestuosa sencillez.

Si grande había sido la conmoción que sacudiera al mundo científico, no lo fue menos la influencia ejercida sobre la vida del planeta por la aplicación práctica de tan

transcendental descubrimiento, únicamente comparable a una nueva revolución industrial de incalculables y en su mayor parte inexploradas. consecuencias. Fenómenos tales como la fusión nuclear controlada o la creación de campos gravitatorios artificiales eran tan sólo algunos de los distintos usos de los nuevos conocimientos.

No menos espectacular había resultado a partir de entonces la conquista del espacio. Muy lejos de la concepción decimonónica de un universo estéril y vacío, la realidad lo había mostrado rebosante de actividad. Materia y energía se hermanaban y entrecruzaban de mil formas distintas creando una tupida red que cubría hasta el último rincón del cosmos trazando rutas que, como puentes tendidos al infinito, abrían para el hombre las puertas de las estrellas.

Esta nueva generación de astronaves utilizaba como energía motriz una aplicación práctica de la teoría de la supergravedad aprovechando en sus largos viajes los inmensos campos magnéticos y gravitatorios que enlazaban los distintos astros, soslayando así elegantemente todas las limitaciones inherentes a la teoría de la relatividad sin verse obligadas a realizar los trayectos en períodos de tiempo inconmensurablemente largos. La razón era sencilla y al mismo tiempo tan sólo parcialmente comprensible: en el universo no siempre era la línea recta el camino más corto entre dos puntos. De hecho, las naves interestelares seguían en sus viajes rutas no euclídeas que resultaban ser, contra toda evidencia, los trayectos más cortos entre la Tierra y sus colonias.

-Hermosa vista. -exclamó una voz a sus espaldas.

Víctor se dio la vuelta encontrándose frente al ancho y sonriente rostro de Carl Smith, el sobrecargo.

-¿Quién...? ¡Ah, es usted!

-Veo que le gusta observar el espacio. ¿Por qué no prueba con el visor infrarrojo? - comentó Smith manipulando los mandos del telescopio- La constelación de Orión presenta un magnífico aspecto en longitudes de onda superiores al visible.

Víctor asintió mudamente mientras contemplaba absorto cómo la pantalla se cubría de puntos con distintas tonalidades rojizas. Conocía la agresividad verbal del locuaz oficial, y no deseaba entablar con él una conversación. No obstante, tampoco era su intención mostrarse insociable.

-Envidio su profesión. -respondió al fin- Es un espectáculo realmente subyugador.

-No lo crea, todo es acostumbrarse. Al cabo de un tiempo la rutina acaba ahogando a la poesía.

El sobrecargo se hallaba radiante. Consideraba un deber intimar con la totalidad de los pasajeros, y por fin había conseguido romper el hielo con el único que hasta entonces se le mostrara esquivo. Habiéndolo constatado, Víctor decidió allanarle el camino.

-¿Quiere usted decir con eso que viajar de la Tierra a Tau Ceti es tan rutinario como hacerlo en el trasbordador lunar?

-¡Oh, no! Afortunadamente los viajes interestelares no han perdido aún todos sus alicientes. Tenga en cuenta que las líneas magnéticas que utilizamos como guía sufren constantes fluctuaciones, a veces bastante importantes, por lo que nunca podemos utilizar rutas fijas.

-Pero existe un servicio regular entre la Tierra y Tau Ceti, ¿no es cierto?

-Efectivamente. La Agencia Espacial mantiene en ruta cuatro astronaves. La *Ras Algethi* es una de ellas.

-¿Y el resto?

-Más adelante nos cruzaremos con la *Alferatz*, que retorna a la Tierra. Una tercera nave, la *Fomalhaut*, aguarda nuestra llegada a la colonia para partir. Está establecido que siempre haya allí al menos una astronave en previsión de posibles emergencias.

-Falta la cuarta.

-Así es. Se trata de la *Mira Ceti*, que permanece como reserva en la Base Lunar. Su misión consiste en cubrir una posible baja de cualquiera de sus tres gemelas.

-Son extraños los nombres con los que han sido bautizadas.

-Se trata de los nombres de cuatro estrellas; como puede comprobar, nada más apropiado en nuestro caso. -sonrió- Concretamente, la *Ras Algethi* toma su denominación de la estrella alfa de la constelación de Hércules.

-Interesante. Por cierto, ¿todas son propiedad de la Agencia Espacial?

-Así es. Todo el sistema de Tau Ceti está bajo la jurisdicción de las Naciones Unidas; es la mejor manera de evitar disputas. ¿No es cierto?

-Le confieso que esa fue una de las razones que me movieron a enrolarme en el proyecto. Puede que sea un idealista, pero prefiero trabajar por la humanidad en lugar de hacerlo para cualquier gobierno.

-¿Es usted científico?

-Geólogo. Se han descubierto importantes yacimientos minerales allí, y no nos faltará trabajo. Por cierto, ¿conoce usted el planeta?

-¡Como no! Ya le he dicho que cada astronave ha de aguardar allí hasta la llegada de la siguiente. La frecuencia no es muy regular, y no es extraño que a veces haya que esperar durante meses. Tenemos tiempo de sobra para conocer el planeta.

-He oído decir que se han hecho grandes progresos.

-Bueno, depende de lo que se busque. Para un hombre de mundo supongo que debe de ser un lugar bastante aburrido; aún no se ha abierto a la colonización y únicamente hay allí bases científicas. Es un planeta sumamente rico y se tardará mucho tiempo en evaluar totalmente sus recursos.

-No es de extrañar, si juzgamos por lo transportado en este viaje.

-En efecto. Llevamos las bodegas repletas de instrumentos científicos de toda índole, desde buretas hasta espectrómetros de masas. Un buen cargamento.

-Y además los pasajeros.

-Por supuesto. ¿No los conoce usted? -preguntó maliciosamente el sobrecargo- No es de extrañar. En este viaje hay muy pocos científicos, creo que son en total unos seis o siete. La mayoría son funcionarios de la administración que acuden a relevar a sus compañeros.

-¿Acaso no hay puestos de trabajo fijos?

-Sí, si así lo desean. Es más, cobran un sueldo magnífico. Pero ellos no son como ustedes los científicos, o como nosotros los astronautas. Para ellos su trabajo es rutinario, exactamente igual al que podrían realizar en cualquier oficina de la Tierra. Eso hace que su vida allí sea bastante monótona, ya que carecen de los alicientes que poseen los investigadores. Quizá la cosa cambie cuando el planeta sea abierto a la colonización, pero no ahora. Por este motivo la única solución son los turnos rotatorios, que casi nadie prorroga.

Iba Víctor a responder cuando el cercano altavoz dejó oír un suave sonido modulado interrumpiendo momentáneamente su conversación. Aunque él lo ignoraba, cada miembro de la tripulación tenía asignada una melodía específica que era utilizada como código de identificación dentro de la astronave

-Discúlpeme, me reclaman en el puesto de mando. -se excusó Smith- Confío que podamos continuar la conversación en otro momento.

Pensando justamente lo contrario Víctor contempló distraído cómo el sobrecargo abandonaba la sala de observación, y lanzando un suspiro de satisfacción volvió a abandonarse a la observación del firmamento.

No podría calcular el tiempo que permaneció así; únicamente recordaba que fue de nuevo un zumbido lo que llamó su atención. Acto seguido era la voz del capitán de la nave la que brotaba del altavoz.

-Se ruega a los señores pasajeros que tengan la amabilidad de reunirse en la sala de conferencias. Repetimos. Se ruega a...

Era muy extraña esta convocatoria, pensaba Víctor mientras se dirigía al lugar de la cita; no cabía duda de que esa era la razón por la que el sobrecargo había sido llamado. Sin duda le habrían encargado comunicar algo al pasaje, algo que debía de ser bastante importante a juzgar por las apariencias.

No se había equivocado; Carl Smith se hallaba en la sala esperando sin duda la llegada de la totalidad de los viajeros. Víctor había sido de los primeros en llegar, lo que le permitió acomodarse en primera fila. Dirigió un mudo saludo al oficial, el cual fue nerviosamente correspondido por éste; el jovial sobrecargo estaba desconocido, mostrando un taciturno semblante que no lograba, a pesar de sus evidentes esfuerzos, disimular del todo.

Poco a poco la sala se iba llenando de gente. Víctor pudo contar a la totalidad del pasaje, incluido él, junto con todos los miembros de la tripulación que no estaban de servicio en el puente de mando.

-Estamos todos. -pensó para sí.

Lo mismo debió de opinar el sobrecargo, pues tras un corto recuento visual seguido de un protocolario *¿Falta alguien?* procedió a comunicar a los allí reunidos la razón de la convocatoria.

-Señores pasajeros. -comenzó- Es deseo del capitán de esta nave comunicarles que debido a ciertas desviaciones sufridas con respecto a nuestra ruta prevista, se hace necesaria una corrección del rumbo. Todo está bajo control pero quizá sean necesarias unas maniobras algo bruscas, por lo que les recomendamos que hasta nuevo aviso se abstengan de abandonar sus respectivos camarotes. Eso es todo.

-¡Un momento! -exclamó una voz a espaldas de Víctor- ¿Puedo hacerle una pregunta?

-¡Cómo no! -respondió el astronauta forzando una sonrisa- Si está en mi mano responderéla...

-Quisiera saber cuales son los motivos de estas maniobras.

-Ya se lo he dicho. Hemos sufrido una desviación en el rumbo que es preciso rectificar.

-Esa explicación no es convincente. -insistió el desconocido- Normalmente no se nos advierte de los detalles técnicos del viaje. ¿Hemos de entender que nos encontramos frente una eventualidad que se sale de lo común? ¿Acaso corre peligro nuestra integridad física?

Carl Smith sudaba dentro de su blanco uniforme. Quizá por primera vez en el viaje, comprobaba cómo las riendas se le escapaban de las manos. Por otro lado su visible azoramiento no hacía sino fomentar las sospechas entre los pasajeros de que algo fuera de lo normal, quizá incluso peligroso, estaba sucediendo en la nave.

-Yo... Ha habido algunos problemas, pero ya está todo subsanado. Les aseguro que no tienen nada que temer.

-¡Queremos hablar con el capitán! -exigió alguien- ¡Tenemos derecho a ser informados!

Todo parecía indicar que esa debía de ser la opinión mayoritaria de los compañeros de viaje de Víctor, a juzgar por la algarabía con que fue acogida la dubitativa afirmación. Por otro lado el sobrecargo había perdido completamente los papeles, y sólo la presencia del capitán parecía ser capaz de acallar las protestas.

Éste no se hizo esperar, demostrando así la poca confianza que debía de inspirarle su subordinado. En contraste con éste su semblante se mostraba sereno. Reclamó silencio, lo que consiguió no sin esfuerzos, y una vez conseguido su objetivo habló lenta y pausadamente.

-Señores pasajeros. En mi nombre y en el de toda la tripulación les ruego que disculpen las molestias que por causas ajenas a nuestra voluntad puedan experimentar de aquí en adelante. Tengan por seguro que haremos todo cuanto esté en nuestras manos para evitarles cualquier trastorno.

-¿En qué consisten las dificultades? -Esta vez era Víctor quien preguntaba.

-Supongo que todos ustedes conocen la fuente energética usada por la *Ras Algethi*; -respondió- las líneas magnéticas que cruzan el universo no son estacionarias, sino que fluctúan con el tiempo. Esto es lo que ocurre; hemos penetrado en una región del espacio que sufre temporalmente unas perturbaciones gravitatorias. Si me permiten un símil, diría que es el equivalente a la mar picada.

-¿Pueden ustedes garantizarnos que el viaje no sufrirá interrupciones? -volvió a interrogar el anterior pasajero.

-Me resulta muy difícil responder directamente a su pregunta. No, no se asuste; -atajó el capitán- no quiero decir con esto que la situación esté fuera de nuestro control. Puedo asegurarle, asegurarles a todos ustedes, que no existen razones para pensar en nada alarmante. Existen algunas pequeñas dificultades, eso es cierto, pero caen dentro de lo que pudiéramos llamar circunstancias normales de la navegación interestelar. No hay motivos para preocuparse por ello, pero es conveniente que se recluyan en sus camarotes hasta que estas dificultades sean subsanadas. Eso es todo, señores.

Lentamente la sala se fue quedando vacía. Conformes o no, los pasajeros no tenían otra opción que la de acatar las órdenes recibidas; porque eran eso, órdenes, por mucho que fueran camufladas de recomendaciones o al menos así lo entendió Víctor, que no había quedado excesivamente convencido con las explicaciones recibidas. Era conocido por todos el hecho de que la nave poseía su propio campo gravitatorio interno completamente independiente del resto de los mecanismos de propulsión; no se explicaba pues el obligatorio confinamiento de los viajeros... A no ser, claro está, que se previeran posibles dificultades.

Repentinamente su camarote quedó sumido en la oscuridad al fallar el sistema de iluminación, aunque algunos instantes después eran conectadas las luces de emergencia bañándose el recinto con una suave luz escarlata. Algo no marchaba bien y Víctor quería saber qué era lo que pasaba, por lo que presionó nerviosamente el mando del intercomunicador sin obtener respuesta. Intranquilo se dirigió hacia la puerta sin conseguir abrirla; al parecer había sido bloqueada desde el puente de mando.

La conclusión era obvia: se hallaba retenido en contra de su voluntad. Ignoraba las causas que podían haber inducido al capitán a obrar tan irregularmente, pero intuía que debía de tratarse de algo realmente grave. Pero a pesar de todo, le irritaba pensar que había sido engañado de una forma tan humillante.

Un nuevo acontecimiento vino a confirmar las sospechas de Víctor, al comenzar a parpadear las luces de emergencia que eran ahora la única fuente luminosa. La gravedad artificial podía desaparecer de un momento a otro, por lo que urgía tenderse en el lecho antes de que esto ocurriera sujetándose con las correas previstas para casos de emergencia.

Así lo hizo Víctor al tiempo que notaba una desagradable sensación en el estómago producida por el súbito paso a gravedad cero. Poco después comprobaría que la astronave estaba sometida a una fuerte aceleración tangencial tal como si algo o alguien intentara retenerla e incluso hacerla retroceder.

Atado a la cama se sentía impotente, mudo espectador de la titánica lucha desarrollada entre la astronave y aquella fuerza desconocida que pugnaba por arrastrar a la *Ras Algethi* a su seno. Ahora comprendía la razón de los fallos del alumbrado y de la gravedad artificial; estaba claro que la astronave precisaba hasta el último ergio posible de energía en su lucha por escapar de la trampa en la que había caído, y en la cual no parecía llevar la mejor parte.

Conforme pasaba el tiempo se hacía cada vez más evidente que la *Ras Algethi* tenía la partida perdida. A pesar de todos sus esfuerzos la astronave era irremisiblemente arrastrada, y así lo sentía Víctor brutalmente aplastado por la inercia.

El fin se aproximaba. En un postrer y vano esfuerzo por evitar la catástrofe fueron apagadas las luces de emergencia sin que tal acto sirviera mas que para retrasar en unos escasos segundos la meteórica caída, cada vez más veloz, hacia el desconocido origen de la mortífera fuerza. Próxima ya a su incierta meta, la astronave comenzó a girar como una peonza mientras describía una espiral cada vez más cerrada.

Víctima de ambas aceleraciones e incapaz de mover un solo músculo, Víctor se hallaba al límite de su resistencia. “*Es el fin*”. Fue su último pensamiento antes de sumirse en la inconsciencia.

* * *

Víctor despertó tan bruscamente como antes hubiera perdido el conocimiento. A pesar de todos sus esfuerzos se sentía incapaz por completo de comprender aquello que le había sucedido. Sus sentidos le suministraban un torrente de extrañas sensaciones que su mente se negaba a analizar; carecía por lo tanto de parámetros válidos que le permitieran definir su actual y lamentable estado.

Poco a poco todo su ser volvía a la normalidad disipándose con lentitud aquella extraña sensación de no ser que hasta entonces le había invadido por completo. Nunca podría definir con palabras tal estado; parecía como si su cuerpo se diluyera, incapaces las fuerzas de cohesión de retener unidas las partículas subatómicas que lo formaban.

Una vez disipadas las últimas brumas que velaran su mente, Víctor abrió por fin los ojos. Aparentemente todo seguía igual; su cuerpo, atado al lecho por las correas que él mismo se aplicara, seguía bañado por la suave luz rojiza emitida por la iluminación de emergencia. Soltando un brazo lo dejó caer libremente obteniendo un resultado que le desconcertó: Si bien la gravedad artificial había sido restablecida, su intensidad parecía ser bastante inferior a la magnitud habitual.

Rápidamente se liberó de las ataduras comprobando con desagrado que su cuerpo pesaba tan sólo la mitad de lo normal; esto resultaba molesto para alguien que como Víctor

carecía de entrenamiento para desplazarse en campos gravitatorios distintos del terrestre. Reprimiendo su primer impulso, se alejó del intercomunicador dirigiéndose con torpes pasos hacia la puerta del camarote.

Esta vez sí se abrió, franqueándole el paso al desierto pasillo iluminado por la sempiterna luz escarlata. No todo había vuelto a la normalidad, se dijo mientras se dirigía con lentos y vacilantes pasos hacia la zona de proa, lugar en el que estaba situado todo lo concerniente al gobierno de la gran nave.

Afortunadamente su camarote estaba situado casi a proa, lo que le facilitó el para él penoso recorrido. Resultaba extraño que no se cruzara con nadie en todo el trayecto; seguramente, sus compañeros de viaje debían de hallarse todos reunidos en la zona reservada para el pasaje, a popa de la nave.

Casi arrastrándose alcanzó por fin la puerta que abría paso a la zona restringida, como oportunamente advertía el cartel colocado en ella; a la sazón se hallaba entreabierta. Víctor no dudó en traspasarla; intuía que la situación en la que se hallaban desbordaba todo lo previsto en el reglamento.

Inmediatamente se arrepintió de ello no por haber sido recriminado, sino por todo lo contrario, el amplio puente de mando bullía de actividad sin que nadie pareciera reparar en su presencia. La tripulación en pleno, aparentemente olvidados sus miembros de todo esbozo de disciplina, discutía acaloradamente formando pequeños grupos; más allá un equipo de mantenimiento hurgaba en el interior de varios paneles presumiblemente dañados.

Comprendiendo que nada en claro iba a obtener en aquella babel, decidió retirarse a popa. Iba ya a franquear el umbral cuando oyó una voz que le llamaba por su nombre. Retrocedió entonces entre preocupado y sorprendido, reparando por vez primera en la presencia del capitán acompañado por el sempiterno sobrecargo.

-El oficial Smith me ha informado de que usted es un científico. ¿Estoy en lo cierto? - le preguntó nada más llegar a su lado, traicionando su voz el hermetismo de su rostro.

-Soy geólogo. -puntualizó Víctor- ¿Me necesita para algo?

-Se lo ruego. Deseo reunirme con todos los científicos que viajan en la nave en cuanto pueda abandonar el puente. Mientras tanto, le ruego que ayude al sobrecargo a localizar al resto de sus compañeros. Y sobre todo, le ruego que sea discreto con los demás pasajeros.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Víctor al sobrecargo una vez que hubieron abandonado el puente.

-Tengo órdenes estrictas de no decir nada. Lo siento, ya será informado por el capitán.
-fue la respuesta del ahora taciturno oficial, al cual fue incapaz Víctor de arrancarle otras palabras distintas de monosílabos.

En popa reinaba un caos total. La mayoría del pasaje se hallaba reunida allí, diseminados por toda la zona que la tripulación denominaba social. Por alguna razón que Víctor ignoraba nadie aparte de él había optado por visitar la zona de proa, que era donde se hallaba la práctica totalidad de la tripulación. A primera vista un rasgo común agrupaba a la mayoría de los allí presentes: Un gran nerviosismo rayano en algunos casos con la histeria afloraba en el caldeado ambiente. Muy difícil se le presentaba al sobrecargo la tarea de calmar los ánimos.

Sin embargo, no le resultó muy difícil al competente oficial controlar la situación pasados los primeros momentos de desconcierto. La astronave, afirmó éste, había sido víctima de una situación imprevista al introducirse en una región del espacio en la que los campos energéticos sufrían una potente aunque localizada distorsión. Se había conseguido abandonar con éxito tan peligrosa zona y actualmente se hallaban navegando por el espacio libre, si bien la nave había sufrido algunas averías de escasa importancia que ya estaban siendo reparadas. ¿El capitán? Se reuniría con ellos tan pronto como pudiera abandonar el puente. Ahora debían tener paciencia y aguardar en sus camarotes hasta que la normalidad se hubiera restablecido por completo. No, no serían encerrados de nuevo; tenían acceso libre a todas las dependencias de la nave con excepción de la zona restringida, pero la iluminación normal y la gravedad uno tardarían aún unas horas en ser restablecidas de nuevo.

El resto fue sencillo. Una vez que todos los pasajeros más o menos a regañadientes hubieron acatado las órdenes, el sobrecargo procedió a llamar, uno por uno, a los seis científicos que junto con Víctor viajaban en la *Ras Algethi*. Era llamativo constatar el gran cuidado que mostraba Smith en evitar que el resto del pasaje conociera la convocatoria; resultaba evidente que había mentido, o al menos había ocultado parte de la verdad. Algo anormal ocurría, algo que el oficial se mostraba totalmente reacio a comunicarles reservando sin duda esta labor a su superior.

La reunión tuvo lugar unos minutos después en la sala de oficiales. Sentados en torno a la mesa aguardaban impacientes todos los miembros de la tripulación bajo cuya responsabilidad estaba el manejo de la *Ras Algethi*.

-Les ruego que me disculpen. -les dijo el capitán una vez que se hubieron acomodado en las sillas vacantes- Nos encontramos ante una situación que desborda por completo nuestra capacidad; por eso les hemos llamado. -concluyó.

-¿Qué es lo que desean de nosotros? -preguntó uno de los recién llegados.

-Precisamos de su ayuda para resolver la situación en la que nos encontramos. Ustedes son científicos, y su colaboración será imprescindible para lograrlo.

-El sobrecargo dijo...

-El oficial Smith tenía órdenes estrictas de no alarmar innecesariamente al resto del pasaje. -interrumpió el capitán- Por otro lado, lo que les comunicó era totalmente cierto. Actualmente navegamos en el espacio libre y los sistemas de propulsión funcionan correctamente.

-¿Cuál es pues el problema?

-Sencillamente, no sabemos dónde estamos. -respondió el navegante- Aparentemente todo es normal, pero han desaparecido absolutamente todos nuestros puntos de referencia. Nos encontramos en una región del espacio que nos resulta desconocida por completo.

-¿Tanto nos hemos desviado de nuestra ruta? -preguntó alarmado un pasajero que Víctor identificó como Arthur Parrish, biólogo especializado en vida extraterrestre.

-Estamos desconcertados. No sólo no hemos podido identificar ninguna estrella cercana, lo que ya es preocupante, sino que también han desaparecido la totalidad de las galaxias que utilizábamos como fondo de referencia. El ordenador de a bordo ha sido totalmente incapaz de calcular, aun someramente, nuestra situación a partir de las nuevas constelaciones que ahora nos rodean. -concluyó.

-Eso implica que nos hallamos muy lejos de nuestra ruta, quizá fuera de la Vía Láctea. -apuntó Víctor.

-Quizá, no. -puntualizó el capitán- Con toda seguridad. Estemos donde estemos, lo cierto es que nos hallamos a millones de años luz de nuestra galaxia.

Un profundo silencio acogió a estas palabras. Todos los allí reunidos callaban, intentando calibrar la magnitud de la situación en la que se hallaban inmersos.

-No alcanzo a comprender cómo una perturbación magnética, por potente que sea, pueda habernos lanzado fuera de la galaxia como si fuéramos una piedra. -comentó Parrish al fin rompiendo la larga pausa- Que sufriéramos una desviación más o menos importante en nuestra ruta es comprensible, pero nunca de la magnitud que ustedes han afirmado. La astronave no está preparada para viajar de esa manera, esto es un hecho.

-También es un hecho que la nebulosa de Andrómeda y las Nubes de Magallanes se han esfumado. -respondió irritado el navegante.

-Calma, caballeros. -moderó el capitán- Ambos tienen razón; nos hallamos ante una situación que cae completamente fuera de toda lógica. Ésta es la razón de que estemos aquí reunidos. En realidad, -matizó dirigiéndose a Víctor y a sus compañeros- la culpa es nuestra. Todavía no les hemos informado de las circunstancias del accidente. No sabemos con certeza lo que ocurrió puesto que todos los aparatos de control se volvieron locos poco antes de alcanzar la zona crítica, pero es innegable que nos vimos sometidos a la acción de unas fuerzas desconocidas fuera de toda escala frente a las cuales nuestros sistemas de propulsión nada pudieron hacer.

-¿Qué quiere decir con eso? -preguntó alguien.

-Intentaré explicárselo, pero no soy un científico. Sería más fácil si entre ustedes hubiera algún físico.

Nadie respondió a su muda pregunta. Dadas las características peculiares de la colonia de Tau Ceti a la que se dirigían, ninguno de los allí presentes era un científico teórico; en realidad, allí sólo hacían falta investigadores en disciplinas experimentales, biólogos y químicos en su mayor parte.

-Bien. -comentó resignado- Lo haré lo mejor que pueda. Conocerán, supongo, la existencia de los agujeros negros.

-¿Qué tiene que ver eso con nuestro problema? -preguntó un pasajero que hasta entonces había permanecido callado.

-No nos atrevemos a asegurarlo, pero es la única conclusión válida a la que hemos conseguido llegar. Creemos que la *Ras Algethi* cayó en un agujero negro.

La oportuna conexión del alumbrado tuvo la virtud de calmar momentáneamente los ánimos. Víctor comprobó entonces con sorpresa que la gravedad artificial había recuperado de una manera paulatina su valor habitual. Todo parecía, pues, funcionar con normalidad; y sin embargo los miembros de la tripulación insistían en que habían sido tragados por un agujero negro... Completamente absurdo, pensó.

-Un momento. -interrumpió el anterior interlocutor- Todos sabemos que un agujero negro es algo que atrae absolutamente todo, y que ni la luz puede escapar de él. Aceptemos que caímos en un agujero negro; mi pregunta es: ¿cómo conseguimos escapar de él?

Tanto el capitán como el resto de la tripulación guardaron un momentáneo silencio. Era patente que su actual situación se resistía a todo intento de análisis, y que todos se hallaban impotentes para resolverlo.

-Disculpen la interrupción, pero creo que están ustedes equivocados. Sí se puede escapar de un agujero negro.

Al igual que sus compañeros Víctor se volvió para identificar al nuevo orador. Era éste un hombre de mediana edad completamente desconocido para él.

-¿En qué se basa usted para afirmar eso?

-Permítanme que me presente. Me llamo Jacques Sanders y no soy físico sino químico, pero me he interesado bastante por el tema. Ante todo, desearía hacerles una pregunta: ¿Están ustedes seguros de que caímos en un agujero negro?

-No podemos afirmarlo con certeza, pero lo consideramos muy posible. -titubeó el navegante- Tenga usted en cuenta que aun hoy los agujeros negros son objetos hipotéticos. Se considera muy probable su existencia, pero hasta ahora no se ha descubierto ninguno.

-Tendrán algún motivo para suponerlo.

-En efecto. Nos apoyamos en la magnitud de la fuerza por la que nos vimos arrastrados. La *Ras Algethi* está preparada para eludir con facilidad el potente campo gravitatorio de una enana blanca, y sin embargo fue incapaz de neutralizar siquiera en parte a dicha fuerza. Si a esto añadimos el hecho de que nuestros detectores no registraron la menor emisión de luz o de cualquier otra radiación electromagnética por parte del foco que nos atraía, estimamos que la hipótesis del agujero negro es la única capaz de ajustarse a los hechos.

-Entonces constataron ustedes que el objeto productor de la perturbación no emitía ningún tipo de energía.

-Así fue. Si hubiera sido una enana blanca, o incluso un pulsar, habiéramos detectado emisión de energía ya fuera luz visible o radiación de cualquier otro tipo; pero los aparatos permanecieron mudos antes de que fallaran definitivamente. Por otra parte, -concluyó- una simple perturbación de las líneas magnéticas o gravitatorias nunca produciría mas que una ligera desviación del rumbo.

-Resulta evidente que su deducción es razonablemente válida. -respondió Sanders- Pero si la aceptamos, y no nos queda otro remedio que hacerlo así, incurrimos en una aparente contradicción; nosotros no deberíamos estar aquí.

-Pero el hecho es que estamos.

-Por supuesto. Pero hay que tener en cuenta el fenómeno que los físicos llaman efecto túnel, que viene a ser la puerta trasera de la mecánica cuántica. Este concepto no tiene ningún paralelo en la mecánica clásica, por lo que resulta difícil de comprender. Ahora bien, es totalmente inherente a los postulados de la mecánica cuántica, y ni aun los agujeros negros pueden librarse de esta ley fundamental. A pesar de que el agujero negro atrapa hasta a la propia luz, en virtud de este fenómeno se ve obligado a emitir parte de la energía capturada. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que devuelva todo lo que anteriormente entró en él; un agujero negro produce en su entorno una gran distorsión del espacio, por lo que no podemos predecir con exactitud su comportamiento. En esencia, podemos asegurar que se verá obligado a emitir cierta cantidad de materia o de energía, pero nunca sabremos cuando la emitirá o de que forma lo hará.

-Entonces estamos aquí gracias a una feliz casualidad. -comentó Parrish.

-En principio, cabe pensarlo así. Un agujero negro puede emitir cualquier cosa, desde un hacha de piedra hasta una astronave... Aunque lo más probable es que desprenda simplemente radiación. Existe cierta probabilidad finita de que emita un objeto determinado, pero es una posibilidad tan ínfima que no merece la pena tenerla en cuenta; hay que buscar otra razón.

-En el momento de ser atraídos, ¿funcionaban las fuerzas de repulsión de la nave? -preguntó súbitamente Víctor.

-Los motores estaban a pleno rendimiento. -respondió el hasta entonces silencioso piloto- Hay que tener en cuenta que intentábamos por todos los medios liberarnos de la trampa en la que habíamos caído.

-Mi idea es que quizá resultamos demasiado duros de digerir para el agujero negro, que por ello nos expulsó. Ya no dependería exclusivamente de la casualidad.

-¿Es verosímil? -quiso saber Parrish.

-No puedo asegurarlo, pero nada parece impedirlo. -respondió Sanders- Realmente se sabe muy poco de ellos, y todo lo que podemos hacer es conjeturar.

-Tenemos otro problema. -intervino Víctor- Aun viajando a la velocidad de la luz, un agujero negro jamás podría habernos lanzado a millones de parsecs de distancia; no se pueden violar de forma tan escandalosa las leyes fundamentales de la física.

-Un momento. -exclamó otro de los pasajeros, el fisiólogo Hans Lubdek- No sabemos como se ve afectado el tiempo por la distorsión creada, y tampoco conocemos apenas las

propiedades ondulatorias de los cuerpos macroscópicos. Pudimos permanecer miles de años en su interior.

-No lo creo; -apuntó el navegante- es más probable que hayamos atravesado un pliegue del universo. Todo campo gravitatorio produce una distorsión más o menos importante del espacio circundante, como antes dijo el doctor Sanders; en esto nos apoyamos para hacer más cortos los viajes interestelares. Una perturbación de esta magnitud podría explicar perfectamente lo que ha ocurrido.

-Se olvida usted del factor cuantitativo. -insistió Víctor- En nuestros trayectos atravesamos algunos años luz en el plazo de varios meses; aquí, por el contrario, hemos surcado una distancia millones de veces mayor en un lapso de tiempo presumiblemente muy corto.

-Tengo un amigo astrónomo que gusta denominar a los agujeros negros como la división por cero del universo. -comentó de nuevo Sanders- Según él, al igual que un cociente cuyo denominador es cero nos da un valor totalmente indeterminado, así el agujero negro alteraría de tal modo las leyes físicas que nunca podríamos obtener la menor deducción lógica de su comportamiento. Dicho de otra manera, jamás podríamos analizarlo, y mucho menos comprenderlo. De acuerdo con esto considero inútil seguir discutiendo sobre cómo hemos llegado hasta aquí; basta con aceptarlo y buscar la forma de volver a nuestro lugar de origen.

-¿Acaso conoce usted la manera de retornar a la ruta de Tau Ceti? -preguntó ansioso el capitán.

-Ojalá fuera así; me limito tan sólo a apuntar una posibilidad. Como dice el refrán, un clavo saca a otro clavo.

-¿Qué es lo que quiere decir usted con eso? -inquirió el intranquilo Lubdek.

-Está claro. -respondió Víctor- Si un agujero negro nos envió aquí, otro podría devolvernos al sitio de donde partimos. Es extraño que no se nos haya ocurrido antes.

-También podría mandarnos todavía más lejos; -replicó fúnebremente Parrish- o lo que es peor, podría convertirnos en radiación gamma.

-Eso es cierto. -contestó Sanders- Antes de adoptar cualquier decisión habría que sopesar detenidamente todas las posibilidades.

-Para mí no existe otra alternativa viable. Viajando por nuestros propios medios no cubriríamos más que una ínfima parte del trayecto antes de morir de viejos; pienso que merece la pena correr el riesgo. -concluyó Víctor.

-Aceptando que así lo hagamos, ¿podríamos encontrar un agujero negro con nuestros propios medios?

-En principio sí, ahora que sabemos con exactitud cual es la naturaleza de las distorsiones que produce en los campos gravitatorios y electromagnéticos. -respondió el piloto- La *Ras Algethi* está equipada con detectores de extrema sensibilidad. Bastaría con programar convenientemente al ordenador, y eso no supone ningún problema. La única limitación estribaría en el poder de resolución de los aparatos; dependeríamos, en definitiva, de tener la suerte de que alguno de estos objetos cayera dentro de nuestra zona de detección.

-No es una perspectiva halagüeña. -gruñó Parrish.

-No debemos estar demasiado lejos del agujero negro que nos tragó. -intervino de nuevo Lubdek- No sería difícil encontrarlo de nuevo.

-Lamento contradecirle, pero no existe el menor rastro de él en un volumen de varios parsecs cúbicos en torno a nuestra astronave. Si todavía está allí, se encuentra fuera por completo del radio de nuestros medios de detección.

-Pero tiene que estar. -insistió- No puede haberse evaporado.

-No necesariamente. -replicó Sanders- Lo más probable es que los agujeros negros provoquen contactos entre distintas zonas del universo de una manera intermitente y aleatoria. En este caso, sería inútil intentar localizarlo de nuevo; Tendríamos que buscar otro -hizo una pausa y prosiguió- siempre y cuando nadie proponga otra solución mejor.

Ninguno de los allí reunidos respondió a su abierta interrogante. Comenzaba, pues, la operación búsqueda.

* * *

No podía decirse que la vida a bordo de la *Ras Algethi* después del accidente se hubiera tornado agitada; muy al contrario, su incierto vagar por regiones desconocidas se había traducido en una insufrible monotonía que afectaba por igual a la totalidad de la expedición. Víctor Duarte tampoco escapaba a esta ley general mientras trataba de luchar por todos los medios a su alcance contra el tedio que poco a poco le invadía. Su antigua afición de escudriñar el universo se había tornado inútil a fuerza de observar una y otra vez las extrañas constelaciones que tachonaban el nuevo firmamento; reconocía con facilidad la totalidad de las caprichosas configuraciones estelares, pero la antigua y embriagadora sensación de contemplar un universo hasta entonces virgen se había disipado por completo.

Víctor intuía un sutil cambio en los nuevos astros, algo que los hacía parecer distintos de las familiares constelaciones visibles desde la Tierra. Las estrellas aparecían ahora más apagadas, con un brillo a la vez más duro y más mortecino. La belleza que hubieran podido poseer se difuminaba bruscamente, como si hubieran sido creadas para alumbrar a unos ojos no humanos, para dar cobijo a unas criaturas cuyas emociones fueran muy distintas de las de los hombres.

Quizá fuera tan sólo fruto de su imaginación, pensaba Víctor; podía deberse únicamente al temor innato que invade a todas las criaturas cuando se encuentran frente a unas sensaciones desconocidas. Quizá todo estribara en su deseo de retornar a lugares más familiares. Y sin embargo, no conseguía desprenderse de la sensación de hallarse inmerso en un lugar prohibido, en un universo concebido para no-humanos que se opusiera tenazmente a la entrada de criaturas ajenas a él.

Por otro lado, el pesimismo cundía entre los expedicionarios. El tiempo transcurría sin que los potentes detectores de la *Ras Algethi* lograran identificar un agujero negro; tan sólo el fondo inmutable de las lejanas estrellas servía de marco en el largo recorrido de la astronave. Esto en principio no constituía el menor problema dado que todas las modernas astronaves iban equipadas con regeneradores capaces de mantener indefinidamente un ciclo biológico cerrado; no se padecería, pues, una escasez de alimentos o de oxígeno por mucho que se prolongara el viaje. Los previsibles problemas eran de naturaleza muy distinta: tarde o temprano comenzarían a aparecer síntomas aislados de claustrofobia que podían degenerar con facilidad en un estado de histeria colectiva. La breve historia de la navegación espacial contaba ya con suficientes pruebas. Se había demostrado que en los largos viajes interestelares el principal enemigo del hombre era su propio subconsciente. Personas perfectamente preparadas y excepcionalmente equilibradas habían sido ciegamente arrastradas por sus instintos más atávicos sin que nada hubiera permitido preverlo ni por supuesto evitarlo.

Por el momento la situación de la *Ras Algethi* se hallaba aún muy lejos de poder ser considerada peligrosa. No obstante, los miembros de la tripulación no ocultaban su temor de que, de no alcanzar rápidamente una solución o al menos una variación substancial del entorno que permitiera aliviar la tensión reinante, el equilibrio mental de algunas personas podría llegar a verse seriamente dañado.

Aun cuando Víctor era en su calidad de científico nominalmente miembro del grupo de trabajo mixto que se había formado para gobernar la astronave, su posible labor como tal era muy reducida dados sus escasos conocimientos tanto de física como de astronáutica. A eso había conducido, pensaba con amargura, la brutal especialización impuesta por la sociedad de la que formaba parte; ya no eran posibles fenómenos como Leonardo Da Vinci, y si bien era cierto que el conjunto de la sociedad se beneficiaba del mayor

patrimonio cultural contenido en su seno, los individuos aislados se veían privados de la posesión de unos conocimientos diversificados y de una cultura menos profunda, pero más amplia.

Esto no quería decir que se mantuviera al margen de la situación por la que atravesaban; a falta de otros incentivos su relación con el resto de sus compañeros se había intensificado. Canalizada su innata curiosidad por las actuales circunstancias en que se encontraban, había conseguido adquirir un nada desdeñable caudal de conocimientos. Eran frecuentes sus largas conversaciones, hasta el punto de ser considerado por sus compañeros como un infatigable interlocutor.

Se encontró con Patrick O'Hara en la sala de oficiales. Al igual que el ingeniero de navegación, su intención era tomar un vaso de café (en realidad algo parecido al café), único estimulante permitido en la astronave. Había pasado bastante tiempo desde que se vieran por última vez, y Víctor pudo comprobar con asombro unas patentes marcas de crispación en su rostro.

-¿Malas noticias? -indagó mientras manipulaba el suministrador automático.

-No le podría contestar con certeza. Todo funciona perfectamente, pero hay algo que no encaja en su sitio. Los aparatos han de fallar forzosamente, a pesar de que todas las revisiones dan como resultado un perfecto funcionamiento. Hemos probado con los tres sistemas independientes con que cuenta la astronave, el principal y los dos de reserva. No ha servido para nada.

-¿En qué consiste el fallo? -preguntó Víctor entre sorbo y sorbo.

-Se trata de una pérdida de rendimiento. Como usted sabe, conseguimos energía a partir de reacciones termonucleares, es decir, de materia. Actualmente, y partiendo de una misma cantidad de masa, obtenemos tan sólo las nueve décimas partes de la energía que conseguíamos antes de ser capturados por el agujero negro. Si aceptamos como válidos los principios de conservación de las propiedades físicas, ese diez por ciento no puede haberse disipado. Tiene que estar en alguna parte, pero no hemos conseguido encontrarlo.

-¿Dice usted que ocurrió después del suceso del agujero negro?

-Más exactamente, habría que decir que no ocurrió con anterioridad. -puntualizó O'Hara- Acabábamos de efectuar la última revisión de rutina y todo estaba en orden.

-¿Qué utilizan como combustible?

-En principio sirve cualquier cosa. El convertidor transforma la materia en energía prácticamente en su totalidad sin que importe en absoluto su naturaleza. Ahora bien,

normalmente no utilizamos nada del interior de la nave, puesto que todo ello se recicla. Excepto en casos de emergencia, nos limitamos a recoger las partículas de polvo o gas que siempre existen en el espacio. La astronave crea un campo de fuerza que actúa como un embudo recogiendo todo aquello que se pone a su alcance. Esta aportación exterior suele ser suficiente para nuestras necesidades energéticas.

-¿Estamos utilizando ahora como fuente energética materia de esta región?

-Sí, claro. ¡Un momento! ¿Acaso quiere decir que...

-Celebro que me haya comprendido. -respondió Víctor- Nada perdemos con comprobarlo.

Poco después ambos se hallaban en los pisos inferiores de la *Ras Algethi*, auténtico corazón de la nave en la cual se hallaban concentrados prácticamente todos los sistemas que mantenían con vida al coloso. Su experimento no podía ser más trivial; se limitaba a sustituir en el convertidor de energía la materia exterior por un objeto procedente de la propia astronave.

-¡Es increíble! -exclamó O'Hara una vez llevada la prueba a la práctica.

-He aquí el diez por ciento que nos faltaba. -respondió satisfecho Víctor al tiempo que retiraba la mirada del cuadro indicador- Hemos sacrificado un refrigerante, pero creo que ha merecido la pena.

-Pero... ¿qué puede tener de diferente la materia de esta zona en relación con la de la nave? -preguntó el perplejo O'Hara.

-Éste es el siguiente paso; averiguar el porqué. Quizá me equivoque, pero creo que sería conveniente efectuar mediciones de algunas constantes físicas. ¿Puede hacerlo?

-Por supuesto. Pero no comprendo a dónde quiere usted llegar.

-Le confieso que es una simple corazonada. -sonrió Víctor- Pero estimo interesante poder comprobar las magnitudes de la constante de Planck o de la velocidad de la luz. Podríamos encontrarnos con algunas sorpresas.

* * *

Por vez primera desde su creación se había reunido la práctica totalidad del consejo rector de la astronave a instancias de O'Hara y de Víctor: el capitán, el piloto, el navegante y Boris Karamzin, el médico de a bordo, por parte de la tripulación; Parrish, Sanders, Lubdek, el bioquímico Pierre Ducat, el también químico Gustav Nielsen, el zoólogo Kurt

Kaulen y por último Alejandro Pereda como representante del resto de los pasajeros. Había expectación en todos los semblantes; por fin se vislumbraba una salida a la insufrible monotonía.

-¿Y bien? -preguntó Kaulen rompiendo el silencio.

Convertido junto con su compañero en el blanco de todas las miradas, Víctor apuró el contenido del vaso que tenía entre sus manos depositándolo sobre la mesa.

-Hemos descubierto la existencia de una anisotropía en el universo. -respondió.

-¿Cómo ha dicho? -exclamó alarmado Sanders.

-Se trata de dos constantes universales, concretamente la velocidad de la luz y la constante de Planck; sus valores han resultado ser distintos de los medidos en la Tierra. -respondió O'Hara.

-¿Están ustedes seguros de lo que dicen? -preguntó incrédulo Nielsen.

-Nos resistíamos a creerlo, pero hemos tenido que rendirnos a la evidencia. Realizamos varias veces la prueba, sin que quepa el menor margen de error.

-No acabo de comprender la utilidad del descubrimiento. -replicó Parrish.

-No se trata únicamente de una curiosidad científica. -atajó Víctor- Para empezar, ya contamos con una consecuencia pernicioso; hemos perdido cerca de un diez por ciento de rendimiento energético. Si bien no se trata de algo grave, al menos resulta ser preocupante.

-¿Y se dan cuenta ahora? -intervino Pereda- Llevamos semanas en esta situación.

-Pero tan sólo hace cien horas que se agotaron las reservas energéticas almacenadas en el convertidor. -respondió O'Hara- Sólo desde entonces utilizamos como combustible la materia exterior de este espacio. Justo desde entonces es cuando comenzamos a notar las pérdidas energéticas.

-¿Qué tienen que ver con esto las magnitudes físicas? Son constantes en cualquier lugar del universo. -comentó Lubdek.

-He aquí nuestro error. Ha variado su valor absoluto, y esto ha hecho necesario corregir todos nuestros cálculos.

-¡Pero eso no es posible! -exclamó Ducat.

-Lo es. Hay que rendirse a la evidencia. -atajó O'Hara- Tanto la velocidad de la luz como la constante de Planck han visto modificado su valor. Dado que ambas son las que rigen la magnitud del dualismo onda-partícula, es decir, la relación materia-energía, se ha visto modificado el equilibrio entre ambas. La conclusión es que ahora la materia que nos rodea es alrededor de un diez por ciento menos energética que antes.

-Hemos comprobado que los nuevos valores se ajustan al balance actual entre materia y energía. -prosiguió Víctor- Concretamente, la constante de Planck ha visto aumentado su valor mientras la velocidad de la luz ha disminuido en un porcentaje similar. Ambos efectos se han acumulado siendo los causantes conjuntos de la pérdida de rendimiento.

-Esto implica que las leyes físicas no son tales. -interrumpió Parrish.

-No necesariamente. -respondió Sanders- Creo haber comprendido el problema. Ustedes deducen que el universo debe ser anisotrópico, es decir, heterogéneo. Las leyes físicas se cumplirán en todas las partes del mismo, pero en unas magnitudes variables según las zonas. ¿Me equivoco?

-Esa es nuestra opinión. -apoyó Víctor- Nosotros creemos que tanto las ecuaciones de Einstein como las de Planck y de De Broglie siguen siendo válidas excepto en el hecho de que las constantes físicas han debido de ver modificados sus respectivos valores.

-¿Qué sugieren entonces que hagamos? -preguntó el capitán.

-Creemos que lo más sensato sería buscar, de la forma más breve posible, la manera de salir de aquí. Nada sabemos de este lugar salvo que es muy distinto de nuestro marco habitual.

-Pero podríamos explorar las estrellas circundantes. -apuntó Sanders sin mucho convencimiento.

-Lamento desilusionarlo. -respondió el navegante- A pesar de que carecemos de base para medir paralajes, estimamos que las estrellas más cercanas deben hallarse al menos a varios cientos de parsecs de distancia, mucho más allá de nuestro radio de acción.

-¿Acaso hemos caído fuera de una galaxia? -se extrañó Lubdek.

-Pensamos que no, puesto que estamos rodeados de estrellas. Ahora bien, éstas están agrupadas de una manera muy distinta a la de los cuerpos de la Vía Láctea. Las distancias interestelares son sensiblemente mayores que las de cualquier galaxia típica, y en todo caso están muy por encima de nuestras posibilidades de desplazamiento.

-Quisiera hacer una puntualización. -intervino de nuevo Pereda- Soy el representante de los viajeros que no son ni científicos, ni miembros de la tripulación, que no obstante tenemos también nuestros derechos.

-Nadie se los ha negado. -respondió Parrish- La prueba de ello es que está usted aquí.

-En la práctica estamos marginados. Se limitan a recomendarnos que permanezcamos encerrados en nuestros camarotes mientras ustedes se reúnen para decidir qué hacen con nosotros.

-¿Qué es lo que quiere? ¿Que dejemos el mando de la nave en sus manos? -preguntó irónicamente el navegante- Por mi parte no hay el menor inconveniente en ello.

No dejó de observar Víctor la rápida mirada con la que fulminó el capitán a su imprudente subordinado. Era evidente que Pereda estaba excitado, y nada se conseguiría irritándole aún más. Aunque Víctor lo ignorara entonces, la tripulación mantenía serios temores de que el clima social de la nave pudiera comenzar a deteriorarse partiendo del lado más débil; el nerviosismo de los pasajeros era ya patente, y nada bueno presagiaba.

-¡Tan sólo queremos que se nos tenga en cuenta! ¡Son nuestras vidas las que están en juego! -respondió Pereda visiblemente irritado.

-Por favor, caballero, serénesse. -apaciguó el capitán- ¿Qué es lo que desean ustedes exactamente?

-Ya se lo he dicho. No estamos dispuestos a permitir que se juegue con nosotros. En una reunión anterior fuimos marginados, y no podemos aceptar unas decisiones que fueron tomadas a espaldas nuestras.

-Créame si le digo que nadie les ha menospreciado. -respondió Sanders- En esa reunión no hubo decisión alguna, puesto que el azar nos había puesto frente a una única alternativa privándonos del menor margen de maniobra.

-¿Se trataba de dirigirnos directamente hacia otro agujero negro?

-Efectivamente. Es la única esperanza que tenemos de poder abandonar esta región.

-Ahora estamos vivos. Quizá no lo estemos después del próximo intento.

-Merece la pena correr el riesgo. -era Karamzin quien hablaba- La otra posibilidad es seguir como hasta ahora, vivos pero encerrados dentro del casco de la *Ras Algethi*. No moriremos de inanición ni de asfixia, pero acabaremos deseando morir una y mil veces antes de continuar en este estado.

-Quizá podamos llegar hasta alguna estrella con planetas habitables.

-Olvídelo. Nunca llegaríamos allí vivos, y eso tampoco solucionaría nuestro problema. Estas estrellas emiten radiaciones muy distintas a las solares y difícilmente podríamos vivir bajo sus rayos.

La reunión concluyó poco después sin que hubiera sido ni tan siquiera esbozado el plan a seguir y sin conseguir más que comprobar la existencia de una amenazante escisión en el seno de la pequeña comunidad, división que el tiempo se encargaría de ahondar aún más poniendo en peligro la simple existencia de la expedición como tal.

* * *

Era bien entrada la noche según el horario interno que regía en la *Ras Algethi*, cuando el estridente zumbido del comunicador despertó bruscamente a Víctor. Éste se incorporó del lecho extrañado; no era normal interrumpir los períodos de descanso de la nave.

Mientras conectaba el aparato miró de soslayo al reloj eléctrico. Eran las cuatro de la madrugada, hora interior de la nave. Si bien tal medida del tiempo perdía todo su significado en el exterior de la misma, ésta era respetada por la casi totalidad de los viajeros excepción hecha del turno de vigilancia instalado en la sala de mandos. Presionó por fin el interruptor, apareciendo en la pantalla el demacrado rostro de O'Hara.

-¿Es usted, Patrick? ¿Qué ocurre?

-Escuche, Víctor, le necesitamos en el puente de mando. Pero no abandone el camarote hasta que no vayan a recogerlo.

Acto seguido cortó la comunicación. Algo grave debía de suceder; resultaba extraña la recomendación de O'Hara cuando apenas veinte metros le separaban de él. Instantes después unos discretos golpes sonaban en la puerta. Víctor abrió, encontrándose frente a un sobrecargo Smith anormalmente pálido. No sin alarma, comprobó que el oficial iba armado.

-¿Qué ocurre? -preguntó por segunda vez.

-Lamento no poder darle explicaciones. -recibió por toda respuesta- El tiempo apremia, y ya le informarán en el puente de mando. Ahora le ruego que me acompañe.

Víctor obedeció, siguiendo a Smith por el desierto pasillo. Tras ellos marchaba un silencioso tripulante también armado. Cada vez más perplejo recordó que en la astronave existía un arsenal de armas, guardado hasta entonces bajo llave. Era necesaria una orden

expresa del capitán para poder portarlas, y ésta se produciría tan sólo en el caso de que ocurriera algo realmente importante.

En la puerta de acceso a la zona de navegación montaba guardia un segundo astronauta, también armado. Traspasada ésta, fue el propio capitán quien salió a recibirlos.

-Celebro que haya venido. -saludó éste- Le aseguro que soy el primero en lamentar lo ocurrido.

-¿Qué ha sucedido?

-Algo que puede llegar a resultar grave si la cordura no se impone. -respondió éste- Parte del pasaje se ha amotinado encerrándose en popa con varios rehenes. Hemos optado por reunir aquí al resto de los viajeros.

-¿Un motín? ¿Cómo es posible?

-Sencillamente, lo es. Compruébelo usted mismo.

En el interior de la sala se hallaban reunidos casi la totalidad de los compañeros de Víctor, excepción hecha de Gustav Nielsen y Parrish; con posterioridad sería informado de que ambos estaban retenidos por los rebeldes. En la pantalla del comunicador, que estaba conectada, aparecía el flemático rostro de Pereda, al parecer el cabecilla del grupo.

-No es nuestro deseo pelear con ustedes; -estaba diciendo éste- sería suicida para ambas partes. Sólo queremos que comprendan que nuestro periplo no tiene ya el menor sentido. Aceptemos los hechos tal como se presentan; no es cobardía, sino pragmatismo.

-Si esas son sus intenciones, ¿cuál es entonces la razón de su actitud? -replicó O'Hara- Liberen a los rehenes y entonces podremos discutir sobre nuestras respectivas posturas.

-¿Pretenden engañarnos de nuevo? Tengan por seguro que no aceptaremos ninguna de sus promesas. Ésta es nuestra única defensa, y la mantendremos por encima de todo. -concluyó cortando la comunicación.

-¿Qué es lo que hemos de hacer? -preguntó Sanders al resto de los presentes.

-Para mí está claro. -respondió O'Hara con rapidez- No podemos ceder ni un ápice en nuestra postura; somos nosotros quienes dirigimos la nave, no ellos.

-Nada conseguiríamos con enconarnos. -medió conciliador Kurt Kaulen- Sus reclamaciones no son disparatadas.

-¡Pero no podemos tolerar que se imponga su voluntad en la astronave! Demasiados problemas tenemos ya como para consentir que se nos multipliquen. Por otro lado, ¿quién nos garantiza que acatarán la disciplina una vez que hayamos accedido a sus deseos? No es conveniente crear un precedente ante unas personas incapaces de controlarse a si mismas.

-Disculpen mi intromisión, pero desearía conocer lo que reclaman. -interrumpió Víctor.

-¿Acaso no...? ¡Ah! Es cierto. Usted no estaba aquí. -rectificó O'Hara- Nos exigen que abandonemos la ruta abierta que ahora seguimos y nos dirijamos hacia una de las estrellas próximas que nos rodean.

-Pero allí no encontraremos ningún agujero negro.

-Precisamente. Se niegan a seguir adelante argumentando que con ello sólo conseguiríamos empeorar nuestra situación, confían en encontrar un planeta habitable en el que poder desembarcar.

Todo encajaba ahora, pensó Víctor. A decir verdad no faltaban motivos a los amotinados aun cuando esto no justificara en modo alguno su actitud. Dos fracasos seguidos eran suficientes para desalentar a cualquiera, y el mismo Víctor se veía obligado a luchar contra la desazón que le invadía al comprobar que a pesar de todos sus esfuerzos los viajeros de la *Ras Algethi* se veían arrastrados sin remisión cada vez más lejos de sus lares, en un viaje desafortunado comparable únicamente con la caída por un pozo sin fondo del cual eran incapaces de divisar el lejano final.

Tan sólo habían pasado cien horas desde que hubieran efectuado el segundo salto, sin que tan breve lapso de tiempo hubiera servido mas que para comprobar que el agujero negro que les engullera les había enviado no a su lugar de origen, sino a una región desconocida todavía más extraña e inhóspita que la que acababan de abandonar.

-¿Están muy lejos esas estrellas? -preguntó

-No demasiado, apenas unas décimas de parsec. ¿Pero no querrá que hagamos lo que piden?

-Todo es compatible si así se quiere. Hemos tenido la suerte de caer en el interior de una zona estelar densamente poblada, y creo sinceramente que tenemos en nuestras manos una oportunidad que no deberíamos desperdiciar. -respondió Sanders.

-Eso no responde a mi pregunta.

-Sencillamente, mi idea es que podemos convertir nuestra aparente derrota en una victoria. Por otro lado, nada impide a Pereda y a sus acólitos desembarcar en un planeta si así lo desean; posteriormente, nosotros podríamos continuar nuestro viaje.

Las negociaciones fueron arduas y difíciles debido en gran parte a la intransigencia de Pereda, el cual resultó estar dotado de un insospechado carisma entre sus compañeros. Más por agotamiento que por convicción, se logró llegar al fin a un compromiso después de que ambas partes hicieran frente a renunciaciones considerables: los rehenes serían liberados una vez que las armas quedaran guardadas bajo llave y ésta fuera entregada a una persona de confianza para unos y otros.

Tras este acuerdo la atmósfera de la nave, sin llegar en ningún momento a ser cordial, se tornó más distendida. Los cabecillas de los amotinados tuvieron libre acceso a la zona restringida, convertida ahora en refugio permanente de tripulantes y científicos; en tales condiciones hubiera sido absurdo pensar en un fraude, como hizo notar Smith.

El pacto era sencillo: La tripulación se comprometía a conducir a la *Ras Algethi* hasta el cúmulo estelar cercano. Una vez allí cada pasajero sería libre de abandonar la nave, en cuyo caso sería provisto de todo lo necesario para su supervivencia, o de continuar el viaje, viéndose obligado entonces a acatar la disciplina de la misma. Los tripulantes no comprendían el interés de Pereda y sus acólitos por dirigirse a un lugar que según todos los indicios contaba con ínfimas posibilidades de poder albergar cualquier tipo de vida compatible con la humana, actitud completamente distinta de la de los científicos, que tras los iniciales titubeos se habían mostrado unánimemente partidarios de aprovechar una ocasión única para estudiar una región del universo virgen y completamente inexplorada.

El cúmulo se encontraba relativamente próximo a la posición de la astronave, lo que permitió que el viaje hasta el mismo fuera breve. Ahora podían contemplar los viajeros de la *Ras Algethi* el magnífico espectáculo formado por la aglomeración casi irreal de miles de gigantescos globos estelares en un espacio increíblemente reducido; parecía como si una mano gigantesca hubiera agrupado de forma caprichosa y artificial toda la población estelar de una vasta región del universo. Pero eso era absurdo, pensaban todos; ¿quién podría jugar con tales colosos como si de simples guijarros se tratara? Por fuerza debía de tratarse de un capricho de la naturaleza, por excepcional que fuera la situación.

La distribución de las estrellas era singular y sin posible parangón con nada de lo anteriormente observado por unos ojos humanos. Los numerosos astros poseían en su totalidad el mismo brillo intrínseco, estando distribuidos de forma regular por una región esférica del espacio cuyo diámetro no alcanzaba a la décima parte de un parsec en marcado contraste con el resto del universo visible, totalmente desprovisto de cualquier tipo de materia.

La agrupación estelar hacia la que se dirigía la *Ras Algethi* era pues la única manifestación de materia en toda la vasta región del universo al alcance de los detectores de la nave, constituyéndose de esta manera en el único punto de referencia existente. Este hecho constituía un enigma para los científicos, firmemente aferrados a la idea de un universo isótropo en todas sus propiedades a pesar de las comprobadas evidencias de lo contrario, con todas las magnitudes físicas fundamentales modificadas en sus magnitudes. En vano se había rastreado el espacio con los potentes telescopios y radiotelescopios de la astronave; en todo el radio de acción de los mismos no existía ningún foco emisor de energía desde los rayos gamma a las ondas de radio, a excepción del enigmático cúmulo junto al cual ahora se hallaban. Los detectores gravitacionales, si bien su alcance máximo era sensiblemente inferior al de los detectores ópticos, tampoco hallaron el menor rastro de ningún cuerpo provisto de masa no radiativa. A juzgar por estos resultados, parecía como si toda la materia del universo se hallara concentrada en aquella pequeña región de apenas cinco diezmilésimas de parsec cúbico.

Por insólito que pudiera parecer la situación no dejaba por ello de ser real. La astronave se hallaba ya frente a las estrellas más externas del superpoblado cúmulo esperando su tripulación la orden de seguir adelante. A pesar de la perfección técnica de los instrumentos instalados en la misma esta operación no dejaba de ser sumamente delicada; la distancia media entre las distintas estrellas era de apenas unas pocas horas-luz, lo que hacía suponer que las fuerzas gravitatorias existentes en el interior del cúmulo debían de ser extraordinariamente intensas. Aunque los generadores de la astronave eran capaces de contrarrestar campos gravitatorios extremadamente intensos, estaban diseñados para hacerlo cuando éstos procedían de un único foco, por lo que la naturaleza multipolar del campo gravitatorio interno generado por el cúmulo hacía que fuera extremadamente difícil, aun contando con la ayuda del ordenador, internarse en el cúmulo; un mínimo error podía conducir a la nave al corazón mismo de alguno de los gigantescos globos sin la menor posibilidad de poderlo evitar.

La nave describía ahora amplios círculos en torno al cúmulo, mientras sus detectores estudiaban la intensidad del campo gravitatorio en los distintos puntos del espacio. La maniobra a realizar era realmente arriesgada, por lo que O'Hara quería estar relativamente seguro antes de introducir a la *Ras Algethi* en el interior de tan peligrosa zona. Durante el compás de espera impuesto por la operación había tenido lugar una inversión en el estado de ánimo de los viajeros: los tripulantes se habían visto invadidos por un inusitado interés mientras los pasajeros veían remitir en buena parte su inicial entusiasmo asustados, quizá, por su inicial audacia.

Los científicos, por último, mostraban una actitud más comedida aunque también más firme. El azar les había enfrentado a una situación irrepetible que en modo alguno deseaban ver malograda. Su actividad era, pues, frenética aprovechando al máximo la totalidad de los

sistemas de detección existentes en la astronave. Víctor, que no era ninguna excepción, había visto resurgir en él su antigua afición por la astronomía compaginando las visitas al observatorio con las frecuentes conversaciones con el resto de sus compañeros incluyendo a O'Hara, principal responsable en esos momentos de la *Ras Algethi*.

Fue en la biblioteca donde se encontraron ambos amigos. Víctor, que había sido el primero en llegar, se sorprendió al observar el grueso fajo de papeles repletos de ecuaciones matemáticas que portaba el ingeniero.

-¡Ah, es usted! -saludó jovialmente levantando la vista del libro- ¿marchan bien sus cálculos?

-Me gustaría responderle que sí; este maldito cúmulo acabará con mi paciencia.

-¿Acaso han tenido problemas?

-Lo hubiéramos preferido así; -replicó O'Hara- pero lo cierto es que hemos llegado a unas conclusiones completamente consistentes... Demasiado consistentes para desgracia nuestra.

-Sinceramente, no le comprendo. Ayer estaba usted muy optimista.

-Ayer todavía confiábamos en obtener unos datos coherentes.

-¿Y no ha sido así?

-En parte... -se interrumpió un momento, como meditando sobre lo que iba a decir- La verdad es que tenemos datos suficientes como para elaborar toda una teoría cosmológica. El problema estriba en que hemos llegado a unos resultados completamente distintos a los que esperábamos.

-¿Cuáles son?

-Bien, habíamos supuesto que en todos los cúmulos estelares las estrellas se distribuían al azar; esto ya lo habíamos comentado. No existe certeza absoluta de que esto sea así ya que hasta ahora nadie había podido acercarse lo suficiente a uno de ellos como para poder comprobarlo; no obstante, las distintas teorías matemáticas coinciden en señalar que cualquier distribución no aleatoria de estrellas evolucionaría rápidamente hacia una situación inestable sin otra opción que el colapso parcial o total del cúmulo por choques entre las estrellas vecinas. Nuestras ecuaciones iniciales arrancaban de esta hipótesis considerando una distribución al azar sin más restricciones que las introducidas por el campo gravitatorio multifocal. Pudimos despreciar fenómenos tales como las traslaciones estelares, pero el problema conducía a unos cálculos matemáticos demasiado laboriosos

como para poder abordarlos de una manera directa. Con el ordenador de a bordo hicimos uso de un método iterativo, obteniendo al fin las coordenadas espaciales de cada una de las estrellas integrantes del cúmulo. Este resultado era significativamente aceptable y una variación en el número de estrellas tan sólo exigía una corrección paramétrica, por lo que nuestro modelo debía ser razonablemente válido en todas las situaciones.

-¿Y qué ocurrió?

-Intentamos aplicar el modelo matemático al cúmulo real. Debido al método de cálculo utilizado existía cierta incertidumbre en las coordenadas de cada cuerpo, si bien estos errores estaban perfectamente acotados. Debía haber bastado, como mucho, con una ligera traslación o rotación del sistema de coordenadas para que ambos coincidieran.

-¿No fue así?

-La correlación era mínima, muy inferior a la calculada para el caso más desfavorable. Había dos posibilidades: O bien nuestro modelo estaba equivocado, o bien el cúmulo no estaba regido por las leyes físicas que habíamos supuesto. Descartamos a priori la primera; el método de cálculo utilizado era sumamente laborioso, pero físicamente muy simple. Era preciso buscar, pues, un modelo no aleatorio que nos describiera satisfactoriamente al sistema. Esto no era ni mucho menos una tarea fácil; teníamos que proceder por tanteo... Y tener algo de suerte, claro.

-¿Lo consiguieron?

-Optamos por proceder de la manera contraria. -prosiguió O'Hara sin responder directamente a la pregunta- Utilizamos como punto de partida las posiciones reales de las distintas estrellas e intentamos obtener a partir de ellas unas ecuaciones que reflejaran razonablemente esta distribución estelar. Sí, lo conseguimos; en realidad fue relativamente fácil, ya que resultó tratarse de una distribución muy peculiar.

-¿Era simétrica?

-No, no presentaba la menor simetría, pero cada estrella ocupaba un determinado lugar que venía determinado unívocamente por las posiciones del resto de sus compañeras; podríamos hablar de una disimetría muy especial. Esto en un principio nos desconcertó, pero la verdadera sorpresa se produjo al analizar los resultados. La forma aproximadamente esférica del cúmulo podía ser subdividida en una serie de capas concéntricas muy delgadas, con un espesor máximo de unos pocos diámetros estelares, cada una de las cuales presentaba una distribución uniforme de masa.

-¿Quiere decir que cada capa influía gravitatoriamente sobre las exteriores a ella pero no sobre las interiores? -preguntó incrédulo Víctor.

-Así es. Resulta trivial demostrar que una distribución cóncava de masa no produce ningún efecto gravitatorio en su interior al anularse a sí misma; claro está que no es lo mismo una distribución continua de masa que un conjunto de discreto de estrellas, pero la posición de las mismas en cada una de las capas parece producir el mismo efecto. Es posible que sea ésta la razón de la extraña estabilidad del cúmulo; por desgracia no tenemos ningún físico teórico a bordo para comprobarlo. Pero no es esto lo más extraño; el siguiente paso consistió en calcular todas las posibles rutas que permitieran atravesarlo sin riesgo de caer en el interior de una estrella, y fue aquí donde nos encontramos con el hecho más perturbador. Tan sólo eran posibles tres caminos; cualquier otro resultaba impracticable y conducía tarde o temprano a una ruta de colisión.

-¿Qué tiene esto de particular? Cabía esperar así; usted mismo ha reconocido que se trataba de un sistema sumamente peculiar.

-Y lo sigo reconociendo. Lo extraño no es el número tan reducido de vías de acceso al interior; era de esperar algo así, como bien ha apuntado usted. Lo que se sale fuera de toda lógica es el hecho de que estos túneles gravitatorios adopten una distribución geométrica estrictamente regular.

-¿Qué es lo que quiere decir con eso?

-Esas tres rutas, túneles en realidad, han resultado ser escrupulosamente rectas. Atravesan el cúmulo de parte a parte, y las tres son perpendiculares entre sí cortándose en un punto que coincide con el centro geométrico del cúmulo si a éste le suponemos esférico tal como ocurre en el modelo real. En lo que respecta a los extremos de las mismas, sus intersecciones con la superficie exterior del cúmulo forman los seis vértices de un octaedro regular. Estará usted de acuerdo conmigo en que este fenómeno desborda con mucho los límites del sentido común.

-Quizá estén ustedes equivocados. -apuntó tímidamente Víctor.

-Eso es lo que hubiéramos deseado. Revisamos los cálculos una y otra vez sin hallar en ellos el menor error. Y aun más: las medidas gravimétricas han confirmado plenamente nuestro modelo. Nuestra conclusión es que nos encontramos frente a un hecho insólito del cual lo único que sabemos es que existe. Esto ha echado por tierra todas nuestras estimaciones, incluidas aquéllas que habíamos desechado por revolucionarias.

-No hay que olvidar que la naturaleza se muestra a veces partidaria de la geometría; -comentó Víctor- basta con recordar el desconcierto que produjo el descubrimiento de que

los minerales adoptaban en sus cristales una estructura geométrica. Lo que es válido a escala atómica, bien puede serlo para el cosmos en su conjunto. Hemos de ser conscientes de que conocemos apenas una ínfima parte de los engranajes del universo, y de que aun eso lo conocemos de una manera fragmentaria e incompleta.

-No lo niego. -respondió O'Hara con aplomo- Pero insisto en que a pesar de todo esta situación se sale por completo de lo normal. Hemos podido comprobar que se trata de un sistema físico regido por un equilibrio sumamente delicado; bastaría una pequeña interacción con alguna fuerza exterior suficientemente intensa para que todo se viniera abajo, y estas fuerzas existen. Admito que hemos de aceptar una cierta flexibilidad en las leyes físicas, cosa que hasta ahora nadie había ni siquiera sospechado; pero cuando fallan todos los intentos de comprender, aun remotamente, aquello que se presenta ante nuestros ojos, cuando es imposible toda explicación racional, no nos queda otro remedio que confesar nuestra impotencia y aceptarlo como un hecho sobrenatural.

-Su actitud es derrotista.

-Llámelo como quiera. Para mí supone tan sólo un acto de humildad frente a la grandiosidad cósmica.

-Quizá no le falte razón. -admitió Víctor, deseoso de eludir una discusión filosófica- Pero tan sólo hay una manera de comprobar cual de los dos tiene razón... Si es que la tiene alguno.

-Por supuesto. Si hay algún lugar en el que sea posible desvelar el misterio, ese lugar es el centro del cúmulo. Hacia allí nos conducen todas las rutas; y allí encontraremos lo que buscamos. -concluyó proféticamente O'Hara.

* * *

La *Ras Algethi* había llegado al final de su largo camino. Frente a ella, en la encrucijada formada por los túneles gravitatorios en el centro del cúmulo, se alzaba orgulloso el misterioso Astro Negro. La unanimidad había sido total entre los viajeros a la hora de dar nombre al coloso: La lisa superficie, de un intenso color negro, no mostraba mas accidentes que aquellos seis extraños discos plateados, brillantes bajo el intenso fulgor de las estrellas circundantes, los cuales marcaban de una forma inequívoca las direcciones de todas las vías de acceso a aquel extraño mundo.

La astronave había dejado ya atrás a las estrellas mas internas del cúmulo, arribando a una región completamente desprovista de astros con excepción del enigmático planeta negro. Como bien decía el prudente O'Hara, la realidad había desbordado por completo a la más calenturienta de las imaginaciones. Todos eran conscientes de lo irracional de la

situación frente a la que se hallaban, al tiempo que veían anidar en su interior una extraña sensación de impotencia distinta por completo de cualquier otro fenómeno anteriormente experimentado por persona alguna. Se trataba, en definitiva, de un acto de humildad por parte de los miembros de la orgullosa raza que, pese a haber dominado el cosmos, no había conseguido desentrañar sus secretos. Los viajeros de la *Ras Algethi*, abrumados por el grandioso espectáculo que sus sentidos les permitían captar pero cuyas mentes se negaban a aceptar, respondieron al reto con una actitud en la que se fundía en extraña amalgama el atávico temor animal frente a lo desconocido con el innato afán de la estirpe humana por comprender todo aquello que el azar ponía delante suyo.

En consecuencia, reinaba en la astronave un prudente interés por desentrañar el enigma. No hacía sino cumplirse el comprobado axioma que afirmaba que un estímulo suficientemente intenso podía resultar, a la postre, ineficaz; porque el cúmulo estelar, con todos los misterios que encerraba en su seno, constituía un fenómeno demasiado extraño como para que pudiera inspirar temor.

Abandonando finalmente la órbita de circunvalación en torno al planeta que hasta entonces había mantenido, la *Ras Algethi* se encaminó con lentitud, pero también con seguridad, hacia la lisa superficie que limitaba al mismo. No había en el Astro Negro más puntos de referencia que los seis discos blancos distribuidos por toda su superficie de una manera tan regular como extraña: Dos en los polos y el resto repartido regularmente por el círculo ecuatorial, cada uno de ellos frente a uno de los caminos que conducían al centro del cúmulo reproduciendo en su conjunto la ya familiar forma octaédrica.

Resultaba lógico elegir uno cualquiera de ellos como el punto de aterrizaje más idóneo, y dado que todos parecían ser equivalentes se seleccionó para tal fin a uno de los ecuatoriales, justo el más cercano a la órbita de aproximación que ahora describía la astronave. Cada uno de estos círculos resultaba ser de un tamaño apreciable, habiéndose evaluado su diámetro en unos mil kilómetros; esto les hacía perfectamente visibles en la superficie del planeta, cuyo radio no excedía de los diez mil. El intenso contraste cromático existente entre los discos brillantemente iluminados y las oscuras regiones circundantes no hacía sino resaltar aún más su existencia.

Conforme la astronave iba aproximándose a su destino, las características del mismo se iban haciendo más patentes. Situado en lo que O'Hara había denominado un pozo de gravedad, el planeta se mantenía inmóvil sin que los sensores de la nave pudieran detectar en el mismo el menor movimiento de traslación. Si bien tal fenómeno había sido previsto por el ingeniero basándose en la peculiar distribución de las estrellas del cúmulo, resultaba totalmente inexplicable su carencia también de rotación, lo que hacía del Astro Negro un caso único en la mecánica celeste. La intensidad de la atracción gravitatoria del planeta, la única existente en tan peculiar región del espacio, tampoco concordaba con la estimada en

un principio partiendo de las dimensiones de éste suponiéndole una densidad media similar a la terrestre, ya que de acuerdo con las medidas experimentales el Astro Negro era apenas un veinte por ciento más denso que el agua, lo que entraba en franca contradicción con el aspecto pétreo de su superficie. Tan sólo una explicación había podido ser apuntada para tal fenómeno: Alguien había sugerido la posibilidad de que el planeta estuviera hueco. Esta afirmación, que tan sólo hubiera provocado hilaridad en los círculos científicos de la Tierra, cobraba ahora plena vigencia avalada por todos los fenómenos que habían acompañado a la expedición desde el primer momento. *¿Por qué no?* Había sido la respuesta de O'Hara. Hechos más inverosímiles habían tenido lugar, siendo conscientes de ello la totalidad de los viajeros.

La actividad en el seno de la *Ras Algethi* había ido aumentando paulatinamente hasta convertirse en febril. En la espaciosa sala de mandos, ahora perpetuamente ocupada, se vivía con toda intensidad la aproximación de la astronave a la lisa superficie del planeta. A manera de un ser vivo provisto de cien sentidos distintos, la *Ras Algethi* exploraba con toda la minuciosidad permitida por sus detectores la ya cercana corteza del Astro Negro, conscientes sus tripulantes de que el más mínimo error podría desembocar en una catástrofe de incalculables consecuencias.

Era costumbre de los científicos reunirse periódicamente con el fin de cotejar los resultados obtenidos en sus respectivas investigaciones. Este hábito, que había tenido su origen en la invitación que les hiciera el capitán una vez atrapados por el primer agujero negro, se había convertido en un fenómeno harto frecuente dada la intensa actividad que ahora desarrollaban todos ellos. Las reuniones se sucedían pues a un ritmo de varias por jornada, frecuencia a todas luces agotadora que impedía que pudieran asistir a ellas la totalidad de sus integrantes.

La que tenía lugar en aquellos instantes en la sala de oficiales, lugar de reunión habitual, había reunido tan sólo a cuatro personas; sentados en torno a la amplia mesa se hallaban el sobrecargo Smith, Jacques Sanders, el ingeniero Patrick O'Hara y el recién llegado Víctor, el cual estaba siendo sometido a un interrogatorio por parte de sus compañeros.

-¿Qué tal por el observatorio? -preguntaba O'Hara.

En su condición de geólogo, Víctor era el responsable de la investigación sobre la naturaleza química de la superficie del planeta. El método utilizado para tal fin era el espectroscópico en sus distintas variantes. Contaba Víctor con un sensible espectrofotómetro conectado al ordenador de la nave; era éste un sofisticado aparato que permitía estudiar a distancia la composición química de todos los cuerpos situados dentro

de su radio de acción, desde polvo cósmico a galaxias enteras aprovechando para ello la luz emitida por los mismos.

-Allí he estado hasta ahora. -confirmó Víctor- No puede decirse que el Astro Negro revele con facilidad sus secretos.

-¿Qué ocurre? ¿Ha fallado el aparato? -interrumpió Sanders.

-No es eso, el espectrofotómetro funciona perfectamente. He barrido toda la región de frecuencias desde el infrarrojo hasta el ultravioleta lejano, pero el problema estriba en que el ordenador es incapaz de analizar los resultados; no existe en su banco de datos ningún espectro, ni atómico ni molecular, que se pueda asimilar al obtenido por nosotros.

-Es extraño... -comentó de nuevo Sanders.

-Eso es lo que pienso yo, pero hay que rendirse ante la evidencia. A fuer de ser sincero he de confesar que esperaba este resultado en lo que respecta a los espectros atómicos; basta con observar la naturaleza de la superficie del planeta para comprobarlo. Sea lo que sea, la materia que forma la corteza del Astro Negro no contiene ni átomos ni iones monoatómicos libres. Lo malo es que he fracasado también en los espectros moleculares, que era donde yo había depositado mis esperanzas.

-¿Qué aspecto tiene el espectro del planeta?

-No hay uno, sino dos, uno para cada región. Aunque ambos son distintos, tienen en común su inequívoca naturaleza molecular; esto es evidente. Ahora bien, presentan una peculiaridad muy extraña. En el infrarrojo las bandas de absorción son muy anchas, apareciendo prácticamente un continuo. A grosso modo se puede afirmar que es el tamaño de las moléculas el que determina el número y la anchura de las bandas; si la molécula es grande y existen interacciones fuertes entre los distintos grupos atómicos de la misma, las bandas solapan entre sí apareciendo perfiles suaves y anchos. En nuestro caso nos encontramos con una situación límite, lo que hace pensar en alguna extraña clase de sustancia polimérica aunque lo cierto es que no conozco ningún material, ni natural ni artificial, que presente este comportamiento. Todos los polímeros presentan bandas de vibración anchas, pero siempre discretas; si no se tratara de algo completamente absurdo, diría que los átomos que forman la superficie están pegados unos a otros formando una especie de molécula única que recubriría la totalidad del planeta.

-¿Desconocemos entonces su composición química?

-Así es. La naturaleza de los espectros ópticos no permite obtener más información que la que les he comunicado, ya que los registros obtenidos no se parecen tampoco a nada

de lo que conocemos. La solución estaría quizá en el espectrógrafo de masas, pero para poderlo aplicar sería necesario poseer una muestra de esta sustancia. En lo que a mí respecta, nada más puedo hacer hasta que no aterricemos en el planeta. Por cierto, Patrick -se interrumpió- ¿Qué tal marchan sus trabajos?

-También mal. -respondió el ingeniero- Las medidas gravimétricas siguen sin dar resultados coherentes; este planeta no puede ser tan poco denso.

-¿Han tenido en cuenta la variación de las constantes físicas? -preguntó Sanders.

-Por supuesto. La constante de Newton tiene ahora un valor bastante inferior al normal, pero esta variación es insuficiente para justificar un valor tan bajo como el que hemos obtenido para la masa calculándolo a partir de la intensidad de la atracción gravitatoria. Dado el aspecto de la superficie externa, no hay otra explicación que la de suponer que el interior del planeta está compuesto por una materia mucho menos densa que la de la corteza, aunque esto sea justo lo contrario de lo que predicen las teorías de formación de los planetas.

-Por fortuna, pronto saldremos de dudas. -comentó Víctor- ¿Cuándo aterrizaremos?

-Aproximadamente dentro de una hora si no surge ningún inconveniente. -contestó O'Hara mirando maliciosamente al sobrecargo.

-Se refiere a Pereda, ¿no es cierto? -respondió el orondo oficial- La verdad es que últimamente están muy tranquilos; lo que ignoro es si se debe a la satisfacción o al miedo. Mi opinión personal es que...

El zumbido de la alarma invadió repentinamente la estancia dejando a la mitad la frase iniciada. Al conjuro del mismo los cuatro hombres se levantaron de sus asientos dirigiéndose con rapidez hacia la sala de mandos. Una vez allí, y en contra de lo esperado, comprobaron con alivio que reinaba una normalidad casi absoluta; tan sólo la rapidez de movimientos de los tripulantes allí reunidos traicionaba esta impresión presagiando la existencia de algo fuera de lo común.

-¿Qué ocurre? -preguntó O'Hara irrumpiendo en la sala.

-¡Ah, son ustedes! -exclamó el capitán volviéndose hacia los recién llegados- Acérquense. Quiero que vean esto.

Así lo hicieron el ingeniero y sus acompañantes, inclinándose todos ellos frente a la gran pantalla que recogía las imágenes de la totalidad de los objetos situados a proa de la astronave, en la cual aparecía reflejada una vista del cercano planeta situado entonces a una distancia de veinticinco mil kilómetros.

-¿Qué tiene de extraño? -preguntó Sanders- Yo lo encuentro todo normal.

-¡Los discos blancos! -exclamó Víctor- Han desaparecido.

Una observación más detallada les permitió comprobar que Víctor estaba en lo cierto; donde antes estuvieran los gigantescos círculos aparecían ahora unas simas sin fondo tan oscuras como la dura materia que las rodeaba. Tan sólo un débil resplandor, surgido al parecer de las profundidades del planeta, permitía constatar la nueva situación.

-Esto cambia por completo todos nuestros planes. -comentó quedamente O'Hara.

-Pero algo hay que hacer; -interrumpió Sanders- No podemos quedarnos cruzados de brazos.

-Eso es evidente; ¿pero dónde aterrizamos ahora? Había considerado que el sitio más idóneo para posar la astronave era precisamente alguno de los seis discos blancos, pero éstos han desaparecido y considero peligroso introducirnos en los pozos que ahora ocupan su lugar.

-Quizá lo más prudente sea intentar hacerlo en la superficie oscura. -apuntó Víctor- Ésta no parece haber variado de aspecto.

-No lo sé; -confesó el ingeniero- reconozco que esta situación me desborda por completo. Pero dadas las circunstancias, puede que sea lo más acertado.

-Pienso que lo más conveniente sería que los pasajeros se recluyeran en sus camarotes. -opinó el capitán dando por zanjada la discusión- Y eso también va por ustedes. -añadió dirigiéndose a Víctor y a Sanders.

Iba Víctor a protestar en nombre suyo y en el de su compañeros, cuando uno de los tripulantes interrumpió la conversación comunicando al capitán que los mandos de la astronave no respondían estando la *Ras Algethi* fuera de todo control en aquellos críticos momentos. La reacción en la cabina de mandos fue inmediata y mostró a Víctor el excelente adiestramiento de los tripulantes; con rapidez, pero también con una seguridad total, entró inmediatamente en acción el plan de emergencia previsto para tales casos. Mas tarde conocería Víctor la naturaleza del mismo, la cual consistía básicamente en la revisión de la totalidad de los circuitos que componían la intrincada red que hacía el oficio de sistema nervioso de la nave; una vez comprobada la existencia de algún fallo entraba en funcionamiento un circuito paralelo que suplía provisionalmente al defectuoso hasta que éste era reparado o sustituido. Todo este complejo mecanismo tenía lugar en el breve plazo de unos minutos, siendo esto posible gracias a la utilización del ordenador de a bordo.

En aquel momento Víctor y sus compañeros, ignorantes por completo de la actividad febril desarrollada en la cabina de mandos, se hallaban convertidos en unos mudos testigos a los que nadie prestaba la menor atención. Tan sólo las breves frases cruzadas entre los astronautas o las expresiones faciales de los mismos les permitían obtener una información más o menos fragmentaria sobre la situación en la que se encontraban. A pesar de tales limitaciones, al cabo de cierto tiempo pudieron constatar que el plan de emergencia había fallado, ya que los tripulantes habían ido perdiendo poco a poco su anterior frenesí cayendo uno tras otro en una apatía que tenía mucho de fatalismo; sus caras crispadas no hacían sino corroborar este hecho. Por fin, fue O'Hara quien acabó informándoles de lo ocurrido.

-Disculpen nuestra falta de atención hacia ustedes, pero la situación es realmente grave, en estos momentos navegamos a la deriva sin que podamos hacer absolutamente nada por evitarlo.

-¿Otro agujero negro? -preguntó Sanders sin demasiada convicción.

-No. -respondió categóricamente el ingeniero- En todos los que atravesamos nunca perdimos el control de los instrumentos; lo que ocurrió fue que la astronave no pudo contrarrestar la fuerza gravitatoria. Pero ahora es distinto por completo; la atracción es muy débil y nos movemos en una órbita estable, pero no podemos controlar los mandos.

-¿No han conseguido detectar los fallos?

-Veo que no lo han comprendido. No hay tales fallos ya que todo funciona perfectamente; esto es lo más desconcertante. Parece como si hubiéramos penetrado en el seno de un campo de fuerza desconocido pero lo suficientemente poderoso como para bloquear por completo nuestros aparatos.

-Entonces, ¿qué van a hacer?

-No se alarmen; en principio la situación no es peligrosa. La astronave no describe una ruta de colisión sino una órbita parabólica abierta. La inercia nos permitirá alejarnos del planeta, y una vez que recuperemos el control sobre los mandos volveremos a intentar el acercamiento.

-Entonces volverá a ocurrir lo mismo. -objetó Sanders.

-No necesariamente. El oficial Smith ha ido a buscar al resto de sus compañeros, y entre todos podremos resolver la situación.

-Sería muy lamentable que al final tuviéramos que marcharnos por donde hemos venido. -comentó Víctor- Sobre todo, después de haberlo tenido al alcance de la mano.

-Se olvida usted de algo. -respondió el capitán incorporándose a la conversación- Fuera de este cúmulo no existe ningún otro lugar a donde ir. ¡Ah, disculpen! -se interrumpió al constatar que uno de los tripulantes reclamaba su presencia- En estos momentos pasamos por la vertical de uno de esos pozos; también será éste el punto de máxima aproximación al planeta.

Movidos por la curiosidad, Víctor y sus compañeros se acercaron a la gran pantalla mural. En ella podía observarse con todo lujo de detalles un primer plano del Astro Negro, apreciándose en el centro de su superficie la existencia de una fosa sin fondo de contorno rigurosamente circular. El débil resplandor que ya anteriormente habían observado aparecía y desaparecía a intervalos regulares contribuyendo aún más a mantener el misterio. Todo parecía tranquilo cuando de una manera súbita el zumbido de la alarma vino a quebrar de nuevo la atmósfera de la sala de mandos, a la sazón repleta de gente.

-¿Qué ocurre? -fue el primero en preguntar, alarmado, el recién llegado Parrish.

-La astronave se ha detenido. -respondió lívido el capitán- Esto va en contra de todas las leyes de la mecánica celeste, pero ha ocurrido. En estos momentos estamos inmóviles sobre la vertical de uno de los pozos.

Un silencio sepulcral acogió a estas palabras. Los viajeros, inmóviles, se miraban unos a otros reflejando en sus rostros gestos que abarcaban desde la perplejidad hasta el pánico. Quizá todo fuera un sueño, pensaban algunos, ignorando acaso que la mente humana rechazaba por imaginario todo aquello que era incapaz de comprender, con lo que la realidad no dejaba de ser sino un criterio totalmente subjetivo elaborado por sus cerebros. Sumergidos en el seno de una situación que les desbordaba por completo, a los expedicionarios tan sólo les restaba esperar. Nada era ya capaz de impresionarlos, abrumados como estaban por una realidad que eran incapaces de captar; ni siquiera un hecho tan fuera de toda lógica como la clara y potente voz que se oyó repentinamente en toda la nave.

-Bienvenidos, Hijos de las Estrellas. Los Inmortales os saludan.

Las reacciones fueron diversas si bien todas ellas tuvieron en común la más absoluta de las sorpresas. Fue Parrish el primero en romper el hielo reflejando en sus palabras el sentir de todos los allí presentes.

-¿Qué broma es ésta? -preguntó irritado.

Bastaba con observar los rostros de sus compañeros para comprobar que ninguno de ellos hubiera sido capaz de hacerlo. Éstos se mostraban tan sorprendidos como él mismo, aguardando expectantes el devenir de los acontecimientos.

-No es ninguna broma, ilustres visitantes. El mensajero de los Inmortales os brinda su hospitalidad.

-¿Quién es usted? -preguntó aterrizado uno de los tripulantes- ¿Dónde se encuentra?

-Os equivocáis. -habló de nuevo la enigmática voz- Sois vosotros los que estáis en mi interior.

-¿Quiere decir en el Astro Negro? -preguntó escéptico O'Hara.

-No, si por tal os referís al elemento central de mi estructura; todo el universo visible forma parte de mí.

-¿Quién eres? -insistió Víctor.

-Soy lo que vosotros denominaríais una inteligencia artificial. -le respondió la voz- Debo mi existencia a los Inmortales, y a ellos represento en mi calidad de mensajero.

-¡Por el Creador del Universo! -exclamó Sanders- No puede ser posible.

-No hay nada imposible; la inteligencia no es sino una ordenación determinada de una serie de elementos finitos. Sean éstos electrones, neuronas o estrellas; ¿qué importa la escala? La textura de mi principal componente material, lo que vosotros habéis denominado cúmulo, no es inferior en complejidad a la que permite que vuestros ingenios electrónicos resulten operativos. Mis capacidades son grandes, seres de otro universo, y se extienden más allá de vuestras tres dimensiones.

-¿Cuál es, pues, el poder de tus creadores? -preguntó admirado O'Hara- ¿Dónde se encuentran?

-Nada hay que mis creadores no sean capaces de hacer. -respondió con orgullo el ser-universo- Han pasado infinitos eones desde que alcanzaran el final de su evolución; en ese momento, y por propia voluntad, se desplazaron al Punto Final, y allí seguirán hasta el fin de la eternidad puesto que son inmortales. Mi misión consiste en pregonar su grandeza sirviendo de umbral a todo aquél que desee compartir con ellos su feliz existencia. Yo os invito, hijos de las estrellas, a gozar de su felicidad; la puerta está abierta para vosotros.

-¡Un momento! -exclamó anonadado el capitán- Nosotros deseamos volver a nuestro lugar de origen. ¿Puedes ayudarnos?

-Tan sólo puedo enviaros con los Inmortales. Pero no os comprendo; ¿cabe acaso mayor dicha que la que os puede deparar vuestra unión con ellos?

-Si tus creadores son tan poderosos, compartirán sin duda nuestro afán. -intervino Víctor- A pesar de todo, tú pareces incapaz de alentar sentimientos.

-Te equivocas. Siento un infinito agradecimiento hacia mis creadores; con esto me basta. Pero ya es suficiente; espero vuestra decisión.

No cabía ninguna duda sobre el camino a seguir, y en ello estuvieron de acuerdo la totalidad de los viajeros. Minutos después, bajo el control absoluto de aquella inteligencia supraestelar, la *Ras Algethi* se sumergía en el seno del Astro Negro iniciando así la última etapa de su largo viaje al infinito.

* * *

Nadie en el interior de la *Ras Algethi* había sido capaz de captar el fugaz tránsito. Sin la menor solución de continuidad se habían encontrado en una región desconocida, distinta por completo de aquélla en la que estuvieran momentos antes. Perplejos, Víctor y sus compañeros observaban con ansiedad la pantalla visora, en la cual tan sólo se apreciaba una tenue y difusa luminosidad que parecía emanar simultáneamente de todos los puntos del espacio. Por lo demás, la astronave parecía funcionar correctamente una vez desaparecida por completo la perturbación causada por el Mensajero, del cual no se apreciaba ya el menor rastro.

Si lo que éste les había comunicado era cierto, y nada hacía pensar lo contrario, deberían encontrarse ahora en presencia de los Inmortales, tal como denominara el ordenador a sus ignotos creadores. Pero nada era visible en torno a la astronave a excepción de la omnipresente radiación luminosa la cual, contra toda lógica, no era producida por fuente material alguna, sino que parecía brotar del mismo universo transformándolo en un escenario fantasmagórico sin posible parangón con ningún hecho familiar para la especie humana. Y sin embargo había algo en el fondo de sus mentes, algo que pugnaba por abrirse paso hacia los niveles superiores de la consciencia proclamando con decisión la naturaleza familiar de tan perturbador fenómeno e inundando sus cerebros con una indescriptible pero en modo alguno desconocida sensación de congoja.

Nunca sabrían cuanto tiempo duró esa situación, y posteriormente recordarían esa etapa con la nebulosidad propia de los sueños casi olvidados en los que las imágenes parecen huir sin cesar. Muchas veces intentó Víctor reconstruir los hechos acontecidos en la que sin duda había sido la etapa mas transcendental de su existencia sin conseguir su propósito en ninguna ocasión; recordaba con vaguedad, eso sí, la impresión causada en los viajeros por la aparición de los Inmortales, la cual había tenido lugar por medio de un contacto directo tan sencillo como perturbador.

Una forma luminosa, sin duda prolongación de la existente en el exterior de la nave, había aparecido en el recinto de la cabina. La oleada de instintos atávicos levantada en el seno de todos los allí presentes se había visto neutralizada por la poderosa mente de tan extraño ser. El efecto tranquilizador había sido inmediato viéndose inundados los terrestres por una apacible sensación de bienestar espiritual. Ahora sabían que aquellos seres eran sus amigos y que tan sólo deseaban ayudarlos.

-¿Eres un Inmortal? -preguntó Sanders.

-Tan sólo soy una faceta de esta singularidad. -respondió la nube luminosa- No existe entre nosotros la individualidad tal como vosotros la conocéis; los Inmortales formamos una única identidad.

Más tarde constatarían con asombro que los Inmortales utilizaban el contacto directo mente a mente; no podía ser de otra manera dada la inexistencia en ellos de todo soporte material. No obstante en aquel momento lo aceptaban con total naturalidad, imbuidos temporalmente por un estado de consciencia superior.

-¿Quieres decir que vuestras mentes se han fundido en una sola? ¿Y vuestros cuerpos? -preguntó con asombro O'Hara. Aun cuando resultara innecesario, los expedicionarios seguían comunicándose oralmente con el Inmortal.

-Así es. Nuestra antigua civilización había alcanzado ya el punto final de la evolución; nada nos quedaba ya por hacer en nuestro antiguo estado, por lo que decidimos desprendernos de nuestros cuerpos materiales. Una vez libres de su prisión, nuestras mentes pudieron alcanzar un estado de mayor perfección.

-Según todos los indicios, lo conseguisteis plenamente. -comentó admirado Víctor.

-Resultó sencillo para nuestra tecnología. Tan sólo había que vencer un escollo; las leyes físicas de nuestro anterior universo, aquél que ahora alberga al Mensajero, no nos permitían la transformación, por lo que tuvimos que abandonarlo para trasladarnos a éste no sin antes agrupar toda la materia existente en el mismo para crear al Mensajero.

-Has hablado de universos. -intervino el hasta entonces silencioso Parrish- ¿Acaso existe más de uno? Dónde estamos ahora?

-La respuesta a tu pregunta es afirmativa, pero resulta difícil de resumirla en conceptos comprensibles para vosotros; pensad en que en un hiperespacio de cuatro dimensiones pueden existir infinitos universos tridimensionales. Ahora nos encontramos en uno de ellos.

-Esto explica todo. -exclamó Víctor sintiendo un escalofrío en la espina dorsal- La modificación de las leyes físicas fundamentales, que nosotros habíamos atribuido a una anisotropía local, ¿acaso se debe a tránsitos entre distintos universos?

-Estás en lo cierto. Cada universo se rige de acuerdo con unas leyes que le son propias. Puesto que hay infinitos universos, también existirán infinitas variantes. Cualquier situación, hasta la teóricamente más absurda, tiene su propia razón de ser; basta con encontrarle el marco adecuado.

-Queda aún una duda en pie. -interrumpió Sanders- De tus palabras deduzco que deben de existir puntos de contacto entre los distintos universos; nuestra presencia aquí es una prueba de ello.

-Es preciso matizar esta afirmación. Los distintos universos coexisten, pero no interaccionan entre sí; de no ocurrir así se produciría una variación en sus respectivas leyes físicas que sería fatal para ambos. No se puede atravesar el límite con medios convencionales, tan sólo es posible hacerlo merced a perturbaciones intensas pero muy localizadas.

-Como un agujero negro.

-En efecto. Un fenómeno de este tipo produce una gran distorsión en el espacio circundante, lo que puede provocar un contacto aleatorio y limitado entre dos universos distintos; aparece entonces un trasvase de energía e incluso de materia entre uno y otro.

-A esta conclusión ya habíamos llegado anteriormente. -comentó Sanders- Puede que fuera de una manera empírica, pero enfilamos deliberadamente la proa hacia un agujero negro. Que no lográramos nuestro objetivo de retornar a la Tierra es ya otro problema distinto.

-Pero por lo que sabemos ahora, las posibilidades de regresar son ínfimas, prácticamente inexistentes. -respondió con pesimismo Parrish.

-Nada perdemos con intentarlo de nuevo; quizá la próxima vez seamos más afortunados. -apuntó el capitán.

-Lamento tener que contradeciros. -interrumpió el Inmortal rompiendo su momentáneo mutismo- Por vuestros propios medios jamás conseguiríais alcanzar vuestro lugar de origen. Habéis de saber que existen unas leyes físicas propias del hiperespacio comunes para todos los universos que forman parte de él. Una de ellas puede ser definida como la ley de la entropía universal; su efecto se traduce en la posibilidad de efectuar un

tránsito de un universo a otro pero no a la inversa, ya que no está permitido hacerlo al contrario.

-Un momento. -intervino Víctor- En cada uno de los tres saltos que efectuamos pudimos comprobar una importante modificación de las propiedades físicas; pero éstas sucedieron siempre de una manera uniforme. ¿Acaso...?

-De eso se trata. Cada universo posee como característica propia una relación específica entre las dos manifestaciones cósmicas, la materia y la energía. Vosotros procedéis de un lugar en el que la proporción se decanta claramente a favor de la primera; aun cuando sea imaginable cualquier otra combinación, a causa de la entropía cósmica necesariamente erais arrastrados a universos más energéticos, es decir, con la materia más degradada. Ahora nos encontramos en la última de todas las posibles etapas; en este lugar no existe más materia que la perteneciente a vuestra astronave. Representa, pues, el triunfo de la energía pura.

-De tus palabras deduzco que jamás podremos regresar a nuestro universo.

-La vida nunca es más excluyente de lo que desea que lo sea cada uno, puesto que siempre se rige por leyes estadísticas. Si eres tú el que impone el límite entre lo posible y lo imposible, tan sólo a ti te corresponde establecer la viabilidad de un acontecimiento determinado.

-Luego existe una posibilidad.

-Nada es imposible; ni siquiera Dios.

-Extraña afirmación procediendo de quien procede. -apuntó vivamente O'Hara- ¿Acaso no sois dioses?

-Lo éramos, hasta que descubrimos que no ocupábamos la cúspide de la creación. Existe alguien por encima de nosotros, y esto nos basta para reconocer nuestro error.

-Desde mi punto de vista esto no cambia en absoluto la situación. -replicó Sanders- Vuestra superioridad es manifiesta, y nada necesitáis hacer para que así se os reconozca.

-Nunca lo comprenderíais. Hemos disfrutado de todo cuanto cualquier criatura podía ser capaz de desear, y por fin hemos comprendido que hasta la extinción puede llegar a ser no sólo necesaria, sino también deseable.

-Es aleccionador -musitó Sanders- que estemos asistiendo al fin de una civilización.

-No se debe a la casualidad; esta decisión fue adoptada hace ya mucho tiempo. Os esperábamos.

-¿A nosotros?

-A los miembros de una raza joven. Llegasteis vosotros; ¿qué importancia tienen ahora las circunstancias? No queremos que nuestro sacrificio sea estéril. Vosotros tenéis aún mucho camino por delante, y sabréis aprovechar la lección evitando cometer los errores que en nuestra soberbia cometimos nosotros.

-¿Podremos regresar a la Tierra? -preguntó cauteloso Parrish.

-Ya os dije que el cosmos no se rige por leyes absolutas. Existe una posibilidad, solamente una, de remontar la ruta del hiperespacio, aunque su coste es muy elevado; será necesaria toda la energía de un universo, de nuestro universo, para conseguirlo.

-¡No! -exclamó horrorizado O'Hara- No podemos consentirlo. Sería un sacrificio inútil que no nos merecemos.

-Está decidido. -habló por última vez el portavoz de los Inmortales- Tan sólo deseamos que guardéis nuestro recuerdo; no nos mueve a ello el orgullo, sino el deseo de que podáis evitar nuestros errores. Y ahora tenemos que despedirnos, ya que estamos ansiosos por llegar al final; no se trata de un adiós, sino de un hasta pronto.

Un torbellino pareció apoderarse de la inerte astronave una vez que el Inmortal enmudeciera definitivamente. Presa de una indefinible sensación de vértigo Víctor luchó con todas sus fuerzas por evitar que las brumas invadieran su cerebro, consiguiéndolo tan sólo temporalmente. Poco después perdería irremisiblemente la consciencia no sin que antes sus embotados sentidos le permitieran apreciar el trágico holocausto de luz desplegado ante sus ojos en forma de un inimaginable despliegue de matices en su mayor parte inescrutables. Se trataba del final libremente elegido por una civilización que había perdido su alma, pero no su conciencia.

* * *

La *Ras Algethi* navegaba de nuevo por un firmamento tachonado por las familiares constelaciones. Su proa enfilaba el rumbo que la conduciría hacia el cercano Sol, un brillante punto luminoso que galvanizaba los ánimos de todos sus ocupantes. De la experiencia vivida quedaba tan sólo un agridulce recuerdo que el tiempo se encargaría de tamizar; dentro de poco la rutina volvería a adueñarse de sus vidas y más de uno acabaría creyendo que se había tratado tan sólo de un extraño sueño. Pero a pesar de todo, Víctor

sabía que ya nada podría ser igual; hasta el final de su vida no dejaría de preguntarse si el sacrificio de los Inmortales había merecido realmente la pena.

EL VIGÍA

-Extraño planeta -comentó el visitante con admiración-. Extraño y subyugador.

-Así es Poseidonis -corroboró el anciano vigía con una mal disimulada satisfacción-. Fascinante y mortal a la vez, como el canto de las míticas sirenas... Pero es mi mundo, y lo será hasta el día de mi muerte.

Atisbando el infinito sus miradas se encontraron, a través del amplio ventanal de metal transparente, en un punto indefinido del vasto horizonte de Poseidonis, allá donde las agitadas aguas del océano se hermanaban con las torrenciales lluvias. Éste era Poseidonis: un mundo en el cual la omnipresente agua se revelaba como la gran triunfadora del proceso evolutivo.

-Evidentemente no se le podía haber bautizado de una manera más apropiada -comentó el visitante absorto en la contemplación del grandioso espectáculo-. El mismo dios del mar se sentiría orgulloso de haber hecho de este planeta su morada.

-En efecto -respondió el vigía henchido de orgullo por lo que él consideraba casi como una posesión personal-. Poseidonis representa el triunfo del mar, la apoteosis del medio acuático sobre el elemento sólido. Mire este mapa -exclamó señalando un gran planisferio situado a la derecha del ventanal-. Prácticamente el cien por cien de la superficie del planeta está cubierta por un único océano... Apenas unos cuantos islotes vienen a romper esta hegemonía; precisamente nos encontramos en uno de ellos, en el único lugar habitado del planeta.

-Y la atmósfera... -comentó el visitante-. ¿Siempre es así?

-¿Se refiere a las tormentas? ¡Oh, sí! Por supuesto. La atmósfera de Poseidonis es muy distinta de la terrestre; apenas si tiene oxígeno libre y el vapor de agua, que en nuestros planetas tan sólo supone una pequeña fracción de los gases atmosféricos, aquí representa más del noventa por ciento del total. Agua en la superficie, agua en el cielo... Ésta es la principal característica de Poseidonis, lo que le hace diferente del resto de los planetas conocidos por el hombre, lo que le proporciona, en suma su identidad.

-Verdaderamente es bello, como lo son todas las cosas salvajes... Pero no es un sitio apropiado para que en él prospere la vida humana.

-Por supuesto que no -respondió el vigía con un marcado tono de desprecio en la voz-. El hombre es una criatura frágil, un ser indefenso que necesita encerrarse en un cascarón para protegerse de los peligros que representa un mundo exterior que casi

siempre le es hostil. Nunca podría medrar en Poseidonis; es un reto demasiado grande para su limitada capacidad de adaptación.

-Sin embargo, fue creada esta estación.

-Sí, ¿pero por qué? -le interrumpió el vigía dando palpables muestras de irritación-. Poseidonis había sido rechazado como planeta colonizable. La inexistencia de continentes o aun de islas, la carencia de una atmósfera respirable, la inconmensurable potencia de las continuas tormentas... No, Poseidonis era un reto demasiado fuerte para el débil ser humano. Pero la Ruta de las Estrellas atravesaba la Nebulosa Negra, y Poseidonis era el único planeta desde el que se podía controlar la red de estaciones automáticas que hacen transitable este desierto estelar. Así nació esta estación, y así se creó el puesto de vigía.

-¿Siempre fue así?

-¿A qué se refiere?

-Según ha comentado antes, he deducido que su misión es perpetua, y que usted morirá aquí, en Poseidonis; pero creo recordar que no siempre ocurrió de esta manera.

-La vida del vigía no es fácil, y no todos resultaron ser capaces de soportarla -respondió el anciano moviendo apesadumbrado la cabeza-. No, este puesto no fue concebido como una ocupación perpetua sino como una responsabilidad temporal, única manera de convertirlo en tolerable. Los sucesivos vigías se vieron invadidos muy pronto por una irresistible claustrofobia que desbordaba todas las previsiones de los psiquiatras, y tenían que ser reemplazados por un nuevo sustituto. Éste era el precio que exigía Poseidonis, un precio que a muchos se les antojó demasiado elevado.

-Pero no a usted.

-No, esto es evidente. Yo era una persona socialmente atípica, un perfecto caso de inadaptado en mi mundo. Odiaba a la gente, odiaba a la sociedad... Mi único sueño era el de aislarme, el de encerrarme en mi caparazón huyendo de una sociedad que se me antojaba hostil y frente a la cual nada podía hacer por defenderme.

-Y se enroló en el Proyecto Poseidonis.

-Así fue. Los responsables del mismo buscaban personas que fueran visceralmente introvertidas como única manera de evitar el fracaso del programa; personas que como yo anhelaran el aislamiento, que hicieran de este mundo el suyo, el mundo del que nunca habían disfrutado en el seno de la sociedad que les había visto nacer. Así me convertí en el vigía, en el rey sin corona de Poseidonis, de toda la Nebulosa Negra.

-Pagó un alto precio por ello.

-¿Cuál? ¿El aislamiento? Esto era algo que había deseado durante toda mi vida. En cualquier planeta, incluso en los más remotos y apartados en los que la colonización era todavía reciente y no se habían convertido aún en las colmenas que son ahora la Tierra y las primeras colonias, la soledad en su sentido más riguroso, la Soledad con mayúsculas, no era posible. Y yo la ansiaba, la anhelaba con un fervor que jamás podrá nadie comprender puesto que nunca nadie había alcanzado el grado de introversión e individualismo que a mí me invadía.

-Pero aun así su adaptación no sería fácil -comentó con timidez el visitante mirando fijamente el ajado rostro del anciano.

-Se equivoca de nuevo -respondió éste sentándose con dificultad en una anacrónica silla que parecía sacada de un museo-. El éxito de una vida consiste tan sólo en una concordancia lo más perfecta posible entre los deseos y aptitudes de un individuo dado y la labor que le toca en suerte realizar a lo largo de su existencia; cuanto mayor sea la conjunción entre ambos factores, mayor será también el concepto de realización plena como ser consciente que embargará a esta hipotética criatura. Si bien en la mayor parte de los casos el resultado no pasará de ser mediocre convirtiendo al individuo en un ser frustrado, a los pocos privilegiados a los que el destino premia con la realización plena de sus inquietudes les está reservada la gloria eterna; eterna porque no depende de los efímeros criterios sociales sino del más severo de los críticos: nuestra propia conciencia, que perdura mientras existe el alma.

-Luego usted encontró la felicidad.

-¿Y qué entiende usted por ello? Hay quien es plenamente feliz vegetando y hay quien, por el contrario, dilapida su vida tras la búsqueda de un ideal imposible. Todo es relativo, y el resultado final tan sólo depende de la coincidencia o no entre lo que se busca y lo que se encuentra. Eso es todo. Yo he encontrado lo que quería y, si eso responde a su pregunta, he encontrado mi felicidad.

-A pesar de todos los años que lleva desempeñando el puesto de vigía.

-El tiempo puede ser nuestro aliado o puede ser nuestro enemigo. ¿Por qué, entonces, no ponerlo de nuestro lado? Conmigo se truncó el carácter temporal del puesto de vigía, conmigo se resolvió definitivamente el problema que traía de cabeza a los responsables del proyecto. Solicité, y obtuve, que se me concediera el puesto a perpetuidad. ¿Por qué forzar una situación que se revelaba satisfactoria para ambas partes?

-Sin embargo, su misión no es útil ya; el Imperio se desmorona, cada planeta se ve abandonado a sus propios medios -replicó el visitante, hastiado ya de la hiperbólica filosofía de su interlocutor, sacando a relucir los verdaderos motivos de su visita-. Los vuelos interestelares ya han disminuido y acabarán por desaparecer en poco tiempo, por lo que su labor aquí resulta innecesaria.

-¿Cómo dice? -preguntó alarmado el anciano incorporándose con grandes esfuerzos de su silla.

-Lamento que mis palabras sean tan crudas, pero desgraciadamente así es. Ha comenzado una nueva Edad Media, y no creo que sea necesario que le explique todo lo que esto significa. El gobierno provisional de Nueva Cólquida se ha visto obligado a asumir poderes soberanos en toda esta región del espacio, y ha decidido suprimir el puesto de control de la Nebulosa Negra; con otras palabras esto significa la clausura de la estación, y con esta misión he sido enviado aquí.

-¿Van a prescindir de mí? -la alarma había dado paso al temor en el rostro del vigía-. Ésta es la razón de mi vida, lo necesito, es imprescindible para mí.

-El gobierno de Nueva Cólquida es consciente de la gran labor realizada por usted a lo largo de todos estos años, y desea manifestarle el público reconocimiento a su trabajo. Estoy autorizado por él para comunicarle que le ha sido asignada una generosa renta vitalicia y que su nombre ha sido incluido en la galería de Hombres Ilustres.

-No lo necesito. Tan sólo deseo poder permanecer aquí.

-Lamentablemente, eso no es posible. El mantenimiento de esta estación supone un gran esfuerzo económico que Nueva Cólquida no puede, en las actuales circunstancias, soportar. La estación tiene que ser abandonada y usted deberá acompañarme a la capital, donde será recibido con todos los honores.

-¡No! -exclamó el vigía presa de una sobrenatural excitación-. No abandonaré este planeta pase lo que pase. Jamás me sacarán de aquí.

-Esperaba esta reacción -confesó el visitante con resignación-. Y le ruego que colabore; usted no podrá seguir aquí una vez que suprimamos el mantenimiento de la estación, puesto que ésta no es autosuficiente. Persistiendo en su actitud tan sólo habría conseguido un suicidio lento, lo que sería un triste colofón a su importante tarea.

-Cada cual es dueño de su destino, y yo lo soy del mío -la voz crispada, pero segura del anciano vigía era una muestra de su inflexible determinación-. ¡Váyase! -conminó al

visitante-. Váyase de aquí antes que su destino y el mío se vean irremisiblemente unidos. Váyase ahora que está aún a tiempo.

Comprendiendo que nada le quedaba por hacer allí, e incapaz de recurrir a la violencia, el visitante abandonó la estación a bordo de su pequeña astronave. No había acabado aún de atravesar la turbulenta y atormentada atmósfera de Poseidonis, cuando una deflagración empequeñecida por la distancia le advirtió que la estación, junto con su único habitante, habían dejado de existir. A través de los visores el visitante pudo observar, mientras se alejaba del ahora deshabitado planeta, cómo el agitado mar cubría piadosamente el vacío dejado por la última morada del extinto vigía.

Enfilando la proa a su lejano destino, el visitante rezó un último responso por más que fuera consciente de que éste era ya innecesario.

VIAJE A LA ETERNIDAD

Estrellas. Miríadas y miríadas de estrellas. La vieja, la eterna situación se repetía- Y entonces supo que habían fracasado de nuevo.

-Programen el ordenador para el próximo salto. -ordenó- Yo estaré en mi camarote.

-¡Pero capitán! -exclamó el navegante- Aún no sabemos si el salto ha sido positivo; el ordenador todavía está verificando los datos.

-Será inútil. -respondió al tiempo que abandonaba la cámara- Es completamente imposible adivinar la menor configuración estelar en medio de tamaño caos.

Minutos después, en la soledad de su camarote, se avergonzó de su anterior arrebato. Como capitán de la nave él era el único al que no le estaba permitido desfallecer; y sin embargo, cuan dura era la prueba a la que el destino le había sometido. De repente Andrés Ordóñez, capitán de la nave exploradora *Perséfone*, comenzó a llorar en silencio.

¿Cuánto tiempo había pasado? Nadie lo sabía, nadie lo quería saber. Tan sólo el ordenador llevaba la cuenta exacta, pero ninguno de ellos se había atrevido a preguntárselo. Ya no importaba. Sumidos en la inmensidad del cosmos, todo patrón humano resultaba inútil. Ellos morirían y sus cadáveres se convertirían en polvo mientras las estrellas continuarían inmutables hasta el fin de la eternidad. Y ellos lo sabían.

Recordaba. Fueron días de euforia, días de optimismo y de inmensa alegría. El Destino les había ofrecido la gloria de protagonizar el mayor acontecimiento científico desde el descubrimiento de América, y ellos aceptaron el reto con orgullo, con ese infinito orgullo que siempre había caracterizado a la audaz estirpe humana. De una forma súbita, de la manera inesperada en la que siempre tienen lugar los fenómenos más trascendentales de la historia de la humanidad, el síndrome de Einstein había sido por fin vencido. La vieja Tierra ya no estaba sola. Se había abatido la gran barrera y el cosmos se presentaba ante los ojos del siempre inquieto hombre como una fruta madura lista para ser cogida. La historia abría nuevas páginas celosamente guardadas hasta entonces, páginas vírgenes de toda escritura. Eran plenamente conscientes de que a ellos les correspondía escribir con letras de oro la mayor epopeya jamás soñada por mente alguna. Y el hombre, por vez primera, creyó.

Fueron días felices. Conscientes de su misión histórica unieron sus esfuerzos en aras de un logro común. Y la *Perséfone*, la astronave que abriría a la humanidad las puertas de las estrellas, fue al fin un hecho. Así de sencillo; tan simple que muchos se negaban a

creerlo. Pero la *Perséfone* era ya una tangible realidad y pronto sería lanzada al espacio en su primer viaje experimental, viaje que transportaría a los hombres hasta más allá de la eternidad.

-¡Qué cruel ironía! -se lamentó amargamente hundido en su patética soledad- Tantos desvelos, tantos esfuerzos... Para nada.

¿Para nada? No, en modo alguno; ni tan siquiera les había quedado el supremo recurso de la duda. Muy al contrario, el éxito de la misión había sido rotundo si se ceñían a la distancia recorrida por la astronave. Demasiado rotundo, para desgracia de sus desesperados tripulantes.

Ellos habían sido los elegidos, los privilegiado astronautas que se convertirían en los primeros seres humanos que hollaran los planetas vírgenes de las remotas estrellas. En sus manos estaría el triunfo de su inquieta especie, el logro más definitivo desde el descubrimiento del fuego. Y ellos aceptaron orgullosos su tremenda responsabilidad a sabiendas de que en sus manos estaba el futuro de varios miles de millones de personas.

Todas las operaciones preliminares se desarrollaron con la precisión prevista. Y por fin, el momento del despegue llegó. Éste fue normal, en nada diferente de los rutinarios vuelos que desde las bases terrestres partían hacia los más remotos lugares del sistema solar; pero el destino de la *Perséfone* era bien distinto. Abandonando el plano de la eclíptica apenas hubo dejado atrás la protectora atmósfera del planeta natal de la estirpe humana, la primera astronave interestelar de la historia terrestre se sumergió en las profundidades galácticas en busca de su remoto destino.

El viaje supondría, no obstante, un desplazamiento infinitesimal respecto de los parámetros galácticos, apenas cuatro parsecs... Necesariamente tenía que ser así, puesto que si bien no parecían existir limitaciones teóricas o técnicas a la velocidad supralumínica de la astronave, la prudencia más elemental recomendaba recorrer tan sólo una distancia limitada que permitiera calibrar el desplazamiento de la *Perséfone* merced a la variación de paralaje de las estrellas más próximas. Considerándose asimismo la conveniencia de que la meta del viaje estuviera marcada por la cercanía de una estrella de fácil identificación, fue elegida para tal fin la catalogada con la letra Tau de la constelación la Ballena, una estrella gemela del sol terrestre situada a una distancia del mismo lo suficientemente próxima como para hacer viable el programa previsto para el viaje.

Pero algo había fallado. ¿El qué? Quizá nunca la sabrían. La *Perséfone* utilizaba un método de propulsión que jamás había sido experimentado antes, método que se basaba en las revolucionarias teorías físicas sobre el Campo Unificado que habían dejado obsoleta a la antigua Teoría de la Relatividad explotando las consecuencias, aún no demasiado bien

comprendidas, de todo un nuevo campo de la Ciencia no sólo desconocido hasta entonces, sino ni tan siquiera intuido. Quizá alguna otra especie inteligente hubiera aguardado pacientemente hasta que el desarrollo de los nuevos conceptos científicos se hubiera visto culminado; pero el hombre era un ser audaz demasiado audaz para resistir incólume a la tentación cósmica que ante él se abría.

En su intemporal viaje habían tenido ocasión de contemplar por vez primera extraños fenómenos jamás sospechados por mente humana alguna, manifestaciones sublimes de universo a la vez infinito y mágico; un universo que era un profundo misterio que ellos, simples criaturas ansiosas por emular a los dioses, jamás alcanzarían a comprender. Y al igual que Faetón el mítico hijo del Sol fulminado por los Inmortales al haber osado intentar igualarse con ellos, así se habían visto ellos condenados a vagar por el infinito en un viaje que sabían sin final.

Había sido al término del viaje, o salto de acuerdo con la terminología empleada por los astronautas; sólo entonces pudieron calibrar la magnitud de la situación en que se encontraban una vez que, vuelta la *Perséfone* a velocidades sublumínicas, pudieron volver a contemplar las estrellas desaparecidos ya todos los efectos distorsionantes que las habían invalidado como sistema de referencia durante el transcurso del salto. De acuerdo con lo previsto, las familiares constelaciones deberían haberse materializado de nuevo con mínimas variaciones sobre sus configuraciones habituales, variaciones que hubieran permitido al potente ordenador de a bordo calcular casi al milímetro el trayecto recorrido por la astronave.

Pero la realidad se había mostrado bien distinta. El nuevo firmamento que ahora se mostraba ante ellos, tachonado de estrellas y de nebulosas hasta la lujuria, mostraba unas configuraciones estelares totalmente distintas a las contempladas jamás por ojo humano alguno.

Algo había ocurrido, algo que no estaba previsto en los programas de vuelo y ante lo cual los tripulantes de la *Perséfone* se encontraban total y absolutamente desarmados para comprenderlo y, lo que era más grave, para resolverlo. La *Perséfone* había realizado aparentemente un viaje no de cuatro parsecs como estaba previsto, sino de miles o incluso de decenas de miles. Poco importaba que las teorías de los más eminentes físicos se hubieran venido por los suelos; lo único cierto y palpable era que la astronave se encontraba en un lugar remoto y perdido de la galaxia sin la menor posibilidad de encontrar el camino de regreso a la Tierra.

Poco podía hacer el ordenador para calcular la ubicación de la astronave al carecer de datos acerca del lugar en el que se encontraban; su banco de datos no llegaba más allá de donde habían alcanzado los más potentes telescopios terrestres, y la *Perséfone* en su

desbocado viaje había rebasado con creces estos límites. Todos los sistemas de referencia cercanos tales como constelaciones, nebulosas y los demás objetos galácticos eran desconocidos por completo. Cefeidas y pulsares, comúnmente utilizados por los astrónomos a modo de faros cósmicos, tampoco podían rendir utilidad alguna dado que habían sido incapaces de identificar ninguno de los catalogados en las cartas estelares de que disponía la *Perséfone*. Tan sólo algunas galaxias cercanas tales como las Nubes de Magallanes o la gran nebulosa espiral de Andrómeda pudieron servirles de relativa ayuda en su orientación, aunque lo único que los tripulantes de la *Perséfone* pudieron llegar a conocer fue que se encontraban en algún lugar del halo galáctico al otro lado del compacto núcleo de la Vía Láctea, el cual aparentemente habían atravesado.

Sabían la dirección aproximada en la que se encontraba la Tierra, pero esto no era en modo alguno suficiente. Invisible el Sol desde aquella distancia, confundidos sus brillantes compañeros estelares entre las miríadas de puntos luminosos que tachonaban el firmamento, bastaría con una desviación infinitesimal de su ruta para que al término del salto se encontraran de nuevo a miles de años luz de su destino, amén de que incapaces de controlar la longitud del salto, bien podría ser que, acertando en la dirección, vieran rebasado ampliamente su escurridizo objetivo.

La situación era grave, y ellos no lo ignoraban. Pero tanto su preparación física como su entrenamiento mental habían estado orientados hacia situaciones similares si no peores, por lo que todos ellos fueron capaces de asumir el problema con extrema serenidad. Se imponía ante todo buscar una solución a tan delicado problema, y eran plenamente conscientes de que un estado de histeria colectiva resultaba ser justo lo contrario de lo indicado en aquellos momentos. Era cuestión, pues, de obrar con prudencia y tranquilidad, y una vez pasado el mínimo período de adaptación la *Perséfone* estuvo lista para efectuar un nuevo salto.

Se habían minimizado todo lo posible las distintas fuentes de incertidumbre existentes en el cálculo del nuevo rumbo, pero a pesar de ello el segundo salto resultó ser un nuevo y decepcionante fracaso. Al parecer las trayectorias hiperlumínicas se veían trastornadas por la masa del núcleo de la galaxia, lo que hacía que éstas se curvaran hasta un límite que quedaba fuera de toda posible estimación. El ordenador les informó que habían emergido en otra remota y desconocida región de la galaxia, esta vez en las proximidades del plano galáctico pero con una desviación de al menos cuarenta grados con respecto a su destino previsto.

A partir de aquel momento los ánimos comenzaron a desfallecer. La navegación interestelar había mostrado estar afectada por toda una serie de factores difícilmente cuantificables, por lo que las posibilidades de retorno se veían cada vez más mermadas conforme realizaban nuevos intentos.

El resto había sido ya pura rutina. Los tripulantes de la *Perséfone*, después de varias decenas de infructuosos saltos, habían recorrido ya media galaxia en su loca carrera sin fin. Los bancos de memoria del ordenador rebosaban de valiosa información sobre el enigmático núcleo galáctico, los lejanos cúmulos globulares, las nebulosas planetarias y tantos otros objetos desconocidos de la Vía Láctea. Habían contemplado su espiral desde las cercanías de la Pequeña Nube de Magallanes, y las fascinantes estrellas en formación del sector de Orión...

¿Pero de qué les servía ahora esto? Necesitarían mil vidas para desvelar todos los secretos de la galaxia, y no disponían ni siquiera de una sola para comunicar sus hallazgos al resto de la humanidad de la que de una manera tan dramática se habían visto separados.

Éste era el precio que habían tenido que pagar por su atrevimiento de semidioses: el destierro eterno en el marco infinito del Universo, el perpetuo vagar de un rincón a otro de la galaxia hasta que la energía de la astronave se agotaría y murieran todos sin haber podido alcanzar su anhelada meta. Un destino de titanes, habían dicho en la Tierra antes de partir refiriéndose a su epopeya, olvidando que los soberbios titanes habían caído víctimas de su arrogancia frente a los verdaderos y únicos dioses.

-Señor, la nave está preparada para el salto. -dijo una voz por el interfono- ¿Aceleramos ya?

-Aguarden un momento. -respondió el capitán volviendo a la cruda realidad tras haberse refugiado en sus tristes pensamientos durante unos instantes- Voy para allá.

Y el abatido capitán de la nave exploradora *Perséfone* se incorporó del lecho abandonando su camarote al tiempo que pensaba amargamente en la conveniencia de rebautizar a la astronave con el nombre de *Faetón*. Afuera, las estrellas continuaban brillando inmutables.

UNA CUESTIÓN DE SEMÁNTICA

No cabe la menor duda de que la profesión de periodista, amén de sus innegables ventajas, lleva también consigo toda una serie de inconvenientes, graves a veces, que la convierten en algo muy especial difícil de asumir para todo aquél que no esté predispuesto favorablemente hacia ella.

Desde muy temprano supe que éste era mi caso. Yo amaba el periodismo, a mi manera por supuesto, pero lo amaba. No me apasionaba en modo alguno un periodismo violento al estilo de los corresponsales de guerra, ya que siempre he odiado la violencia; ni tampoco el de sucesos, puesto que me repugna la morbosidad; si a esto unimos que la política me aburre y la economía me deja frío e indiferente a partir del séptimo cero, se comprenderá fácilmente cómo a priori no parecían quedarme muchas posibilidades... Pero a pesar de todo el arte de la información me atraía de una manera inexorable, por lo que no cejé hasta que pude encontrar una parcela del periodismo que encajara dentro de mis aptitudes.

La encontré al cabo de no demasiado tiempo, convirtiéndome en el experto en temas científicos de un diario nacional... Lo que no era demasiado desde que la mayor parte de Europa pasara a ser realmente una unidad política, económica y cultural, pero sí lo suficiente como para tener algunos centenares de miles de lectores desperdigados por toda la Península Ibérica... Y eso para mí bastaba.

Mi labor, consolidada a lo largo de más de diez (¿o eran ya once?) años de ejercicio activo de mi profesión, me había convertido en un sólido y seguro profesional. Mi formación científica, bastante superior a la media a pesar de no estar respaldada por ningún título universitario, me había permitido acceder con relativa facilidad a los distintos estamentos científicos que podían resultar interesantes para mis lectores, lo que había provocado con el transcurso de los años que mis relaciones con doctores y profesores de distintas disciplinas científicas hubieran rebasado en bastantes ocasiones los estrechos límites de la relación meramente profesional para acabar convirtiéndose en una amistad personal.

Uno de estos casos, sin duda el más evidente era la sólida amistad que desde hacía varios años me unía con Víctor Aranda, ingeniero astronáutico responsable de la sección de mantenimiento de la flota mercante que, propiedad de la *Compañía Minera Europea del Sistema Solar*, tenía por misión el transporte de los vitales minerales metálicos extraídos por todo el disperso cinturón de asteroides; minerales que, agotados ya buena parte de los yacimientos terrestres, constituían una fuente de materias primas imprescindible para la superindustrializada y superpoblada Europa.

Recuerdo aún hoy perfectamente el origen de nuestra relación, la cual se remontaba a seis años atrás: El director de mi periódico me había encomendado un reportaje sobre la minería de los metales pesados, lo que resultaba ser prácticamente lo mismo que enviarme de cabeza a las oficinas españolas de la *Compañía Minera*, monopolizadora en la práctica de todos los yacimientos europeos situados más allá de la atmósfera... Y no olvido aquel complejo de pelota de tenis que me invadió una vez que me vi remitido de una oficina a otra, implorando cual ánima en pena siquiera una pequeña explicación...

Pero la burocracia es la burocracia, por lo que yo, inocente víctima, rodé al menos por seis o siete despachos antes de caer casi por casualidad en el de Víctor. Teóricamente él no era ni mucho menos la persona más adecuada para los fines que yo buscaba ya que Víctor era responsable no de la extracción del mineral ni tampoco de su procesamiento, sino tan sólo de su transporte y eso únicamente cuando el destino de los cargueros fuera uno de los diversos cosmódromos existentes en España o en Portugal... Pero Víctor, al contrario de todos sus hoscos compañeros, accedió amablemente a atenderme, y esto fue entonces suficiente para mí.

Víctor no era lógicamente un experto en el tema minero, pero poseía una amplia base científica que le permitió disertar airosamente sobre el mismo; además, y esto era lo más importante, resultó ser un gran divulgador. Por él mis lectores conocieron, de una manera tan amena como instructiva, la gran escasez de metales pesados existente en nuestro planeta, así como la necesidad imperiosa de obtenerlos fuese donde fuese... Es decir, fuera de nuestra esquilhada Tierra.

Afortunadamente hacía ya tiempo que la astronáutica estaba lo suficientemente madura como para poner al alcance del siempre inquieto hombre la totalidad del sistema solar, por lo que muy pronto los iniciales viajes de exploración, de gran resonancia histórica y política pero de nula utilidad práctica, dejaron paso a las misiones científicas encargadas de prospeccionar geológicamente todos los astros mayores y buena parte de los menores de nuestro sistema planetario.

Las conclusiones obtenidas respecto a la posibilidad de explotar económicamente nuestro sistema solar resultaron ser relativamente rápidas: la Luna y Marte, astros fundamentalmente rocosos, fueron prontamente desechados al carecer ambos de yacimientos metálicos en cantidades apreciables. Mercurio y Venus habían ofrecido a priori mejores perspectivas, pero las extremadas temperaturas producto de la cercanía al Sol del primero, y la endiablada atmósfera del segundo, hubieran dificultado de tal manera el trabajo que, al igual que los anteriores, también tuvieron que ser descartados. Con los planetas gigantes, tan sólo unas enormes bolas de gases, era evidente que no se podía contar, y en lo referente a sus numerosos satélites y al lejano Plutón, pronto se descubrió que en su mayor parte eran unos meros témpanos de hielo.

La situación, pues, hubiera resultado de muy difícil solución de no contarse con la existencia de los miles de guijarros cósmicos conocidos con el nombre de asteroides. Evidentemente no todos ellos servían para los fines de los ávidos terrestres, pero entre tan elevado número pudieron descubrirse con facilidad numerosos planetillos que resultaron ser unos excelentes yacimientos metálicos. Rápidamente fueron organizadas las labores de extracción de minerales las cuales, facilitadas por el pequeño tamaño (y por consiguiente la prácticamente nula gravedad) de los asteroides, pronto pudieron surtir a la Tierra de todas o casi todas las materias primas que en ella se necesitaban.

El mineral en bruto, había continuado mi amigo, apenas era arrancado de las entrañas de estos pequeños cuerpos celestes era transportado a las bases centrales de las distintas compañías con concesiones mineras en el cinturón, que en el caso de la europea era el asteroide Flora, y tras sufrir allí un primer procesado era conducido a la Tierra por las diferentes flotas mercantes. Allí era donde comenzaba la responsabilidad de Víctor, puesto que era él el máximo responsable de las astronaves que, cargadas de mineral, hacían el largo trayecto existente entre el asteroide Flora y los cosmódromos situados en la Península Ibérica. Por fin los valiosos cargamentos de mineral eran trasladados a las distintas plantas de procesamiento, de donde salían convertidos en lingotes de metales tan preciados para la industria como el platino, el iridio, el titanio, el circonio, el wolframio o el rodio.

Huyendo de todo atisbo de falsa modestia no tengo por menos que reconocer que mi reportaje, encuadrado dentro de un monográfico especial dedicado al Sistema Solar, resultó ser todo un éxito, éxito al que contribuyó sin el menor género de dudas mi desde entonces amigo Víctor. A partir de entonces todo fue ya sencillo: Nuestra relación se fue afianzando poco a poco favorecida por una notable afinidad de caracteres y una no menos firme coincidencia en nuestros gustos y aficiones, incluyendo claro está nuestras recalcitrantes solterías. A partir de entonces habían sido numerosas las ocasiones en que Víctor y yo habíamos dialogado sobre diferentes temas científicos de interés común, en ocasiones con motivo de la redacción por parte mía de un artículo para el periódico, y en otras como producto de una simple satisfacción personal.

Aquel lluvioso día de finales de marzo lo único que yo pretendía era invitarlo a cenar. Ambos éramos austeros y nuestra vida social no era, precisamente, lo que se puede llamar intensa; antes bien deberíamos ser calificados como unos ermitaños convencidos. Pero a pesar de todo teníamos nuestros pequeños ritos, y uno de ellos era la cena anual con la que solíamos celebrar todos los años el equinoccio de primavera.

Sin embargo, aquel año se verían trastrocados todos nuestros minuciosos planes. Extrañado por no haber recibido noticias tuyas a pesar de encontrarnos ya en vísperas del día de la cena opté finalmente por llamarle a su casa; lo tardío de la hora (eran casi las diez de la noche) era una buena garantía en favor de su presencia allí; pero en contra de lo que

yo esperaba, el contestador automático me informó que mi amigo continuaba aún en su oficina.

Nunca ha resultado nada fácil establecer contacto telefónico (y no digamos ya personal) con ninguno de los despachos de la *Compañía Minera*, pero yo conocía el número *caliente* de mi amigo, lo que me permitía entrar en contacto con él siempre que lo deseara sin necesidad de tener que pasar por el exasperante vía crucis que en forma de interminables filtros establecían las siempre celosas e impertinentes secretarías de la compañía.

Llamé pues a su despacho extrañado por su inhabitual aislamiento, y allí me encontré con un Víctor Aranda de aspecto fatigado y abatido, alguien completamente distinto a la persona jovial y activa con la que yo estaba acostumbrado a tratar. Su imagen, fielmente transmitida por la pantalla visora, era una patente muestra de la preocupación más intensa.

Algo grave está pasando. -me dijo mi intuición periodística; e inicié la conversación dirigiéndole un convencional saludo.

-¡Ah, Fernando, eres tú! -me respondió apagadamente- Me alegro de verte. Por cierto... Me temo que tendremos que aplazar nuestra cena; tenemos problemas aquí.

-¿Qué problemas? -pregunté.

-Pues... -se interrumpió, mirándome con desconfianza a través de la pantalla- ¿Estoy hablando con el amigo o con el periodista?

-Eso te corresponde decidirlo a ti; -respondí divertido- sabes de sobra que nunca he publicado nada en contra de tu voluntad.

-Está bien. -suspiró- Pero ten bien presente que ahora eres mi amigo Fernando.

-Seré una tumba. -reí- Y ahora, desembucha.

-Se nos ha perdido una nave. -respondió bruscamente mi amigo- Llevamos cerca de tres días buscándola sin el menor resultado... Parece como si se la hubiera tragado el espacio.

-Escucha... -empecé a decir.

-Tengo una idea. -me interrumpió- ¿Por qué no vienes aquí? Esto me servirá para poder descargar mi tensión nerviosa. Te confieso que me encuentro a punto de estallar.

-Como quieras; -contesté sorprendido- por mi parte no existe el más mínimo inconveniente... Pero mucho me temo que no me va a resultar nada fácil entrar allí si hay montado el revuelo que sospecho.

-No te falta razón; esto parece un manicomio. Pero te extenderé un pase especial; no tendrás problemas.

No los tuve, si exceptuamos a una secretaria histérica que se empeñó en no dejarme pasar por muchos pases especiales que llevara; hasta que se enteró Víctor, claro está. Supongo que esta secretaria no volverá a impedir la entrada a nadie. Solventado el incidente pude llegar, ya sin el menor obstáculo, al despacho de mi amigo, donde conocí por su boca todos los detalles de tan extraña desaparición.

-Se trata de la *Melpómene*, uno de los más modernos cargueros de nuestra compañía. -comenzó a explicarme Víctor- Hace dos semanas partió de nuestra base de Flora, cargada con óxido de wolframio, con destino al cosmódromo de Los Monegros.

-Lo que hace que este vuelo caiga bajo tu responsabilidad.

-En efecto. -confirmó inclinando la cabeza hacia el suelo en un claro gesto de abatimiento- Durante todo el trayecto el viaje transcurrió con total normalidad; tal como está establecido la nave conectó por radio en todos los puntos reglamentados comunicándonos en todas las ocasiones que todo iba bien. Así hasta que alcanzaron la órbita de la Luna, y entonces...

-Perdisteis el contacto con ellos. -aventuré.

-No fue exactamente así. -puntualizó al tiempo que me miraba fijamente a los ojos- Al llegar al medio millón de kilómetros de distancia, es decir, bastante más allá de la órbita lunar, emitieron su último parte... Si todo transcurre con normalidad los cargueros no vuelven a conectar por radio con la base hasta después de haber penetrado en la atmósfera; es un problema de la red de satélites de comunicaciones, que dejan una zona en blanco, y por otro lado el trayecto entre la Luna y la Tierra suele ser considerado tan seguro que no existen medidas especiales de control.

-Entonces, ¿cuál es el problema? -me extrañé.

-Si todo hubiera transcurrido con normalidad la *Melpómene* no debería haber emitido ningún mensaje; -al llegar aquí mi amigo se interrumpió como si le faltara aire para respirar, continuando tras una breve pausa- pero poco después de haber establecido el último contacto de rutina, justo cuando debía de encontrarse a mitad de camino entre ambos astros, emitió un mensaje de socorro va a hacer ahora tres días.

-¿Qué decía? -el tema comenzaba a interesarme.

-En realidad muy poco, ya que las condiciones de recepción fueron muy desfavorables y el mensaje llegó hasta nosotros de una forma fragmentaria; pero pudimos saber que habían tenido una avería en los mandos que les había privado del control de la nave. Navegaban con el piloto automático sin posibilidad de cambiar el rumbo pero, afortunadamente, con los motores intactos.

-¿Qué ocurre en estos casos? -evidentemente yo ignoraba todo acerca de los detalles técnicos de la navegación interplanetaria.

-Con una nave más antigua sus posibilidades de salvación hubieran sido prácticamente nulas. -masculló mi interlocutor con tono sombrío- Pero por fortuna tripulaban una nave de la serie *Erídano*.

-Que según tú son las más modernas.

-En efecto. Estos cargueros están equipados con una serie de mecanismos de seguridad que hacen prácticamente imposible que un accidente de estas características pueda tener consecuencias funestas.

-Pero sin controles... -objeté.

-El piloto automático es capaz de posar la nave, mejor o peor, en el lugar más escarpado de forma más segura que los pilotos humanos.

-Entonces, ¿cuál es el problema? -pregunté extrañado- Se habrán dirigido hacia algún cosmódromo.

-¡Ojalá fuera tan fácil! -suspiró mi amigo al tiempo que me ofrecía un cigarrillo- Normalmente no se suele conectar el piloto automático hasta que no se ha penetrado en la atmósfera... Siempre puedes encontrarte de frente con un cohete estratosférico despistado.

-¿No estaba conectado el piloto automático en el momento del accidente? -le interrumpí al tiempo que negaba con la cabeza; Víctor sabía de sobra que yo no fumaba.

-¡Oh! Perdona, ya no me acordaba. -se disculpó al tiempo que se retrepaba en su asiento encendiendo su cigarrillo- No, no estaba conectado todavía, pero se puso en marcha automáticamente en el momento en que fallaron los mandos principales... Lo que quiere decir que les habrá conducido hasta algún punto de acuerdo con la posición y el rumbo que la *Melpómene* llevaba en ese momento; punto que resulta poco menos que imposible de calcular con los escasos datos de que disponemos.

-¿No informaron los tripulantes del rumbo que llevaban después del accidente? -
indagué al tiempo que luchaba con la nube de humo que tenazmente se interponía entre Víctor y yo- Supongo que ellos sí podrían calcularlo.

-Sí, claro... Suponiendo que no quedaran también inutilizados los ordenadores de a bordo, cosa poco probable a juzgar por lo que hemos podido reconstruir del mensaje. -
respondió mi amigo al tiempo que aplastaba nerviosamente contra un cenicero el cigarrillo apenas empezado.

-Entonces hay algo que no acabo de comprender. -me sentía aliviado al comprobar que Víctor había dejado de fumar; nunca he podido soportar el humo.

-Tú dirás... -concedió éste al tiempo que me obsequiaba con una beatífica sonrisa en la que se podía entrever no poco de conmiseración.

-Tú mismo acabas de decir que emitieron una llamada de socorro.

-Sí.

-Entonces es de suponer que dijeran hacia dónde se dirigían; ¿cómo si no se podría organizar una expedición de rescate?

-Y lo intentaron. -suspiró mi amigo al tiempo que se revolvía con inquietud en su asiento- Pero ya te he dicho que recibimos el mensaje de una manera fragmentaria, probablemente porque su emisora de radio también debió de quedar dañada. Sus palabras textuales en lo que respecta a su destino fueron las siguientes: "*Aterrizaremos en Gal...*" Y aquí se cortó la comunicación de una manera definitiva sin que pudiéramos restablecer de nuevo el contacto.

-Gal... -comenté yo- Es una pista.

-Así lo creímos nosotros. -concedió Víctor- Por eso, y una vez que calculamos que ya deberían haber aterrizado, comenzamos a buscar en Galicia. Era una suposición bastante lógica puesto que la distancia existente entre Aragón y Galicia es relativamente pequeña.

-¿Me equivoco si supongo que no habéis encontrado la nave en Galicia? -aventuré.

-Lo sabes de sobra. -gruñó- Desde entonces hemos estado rastreando por toda Galicia sin el menor resultado; ahora bien, tú sabes que se trata de un terreno sumamente accidentado, lo que dificulta bastante nuestra labor. De todas formas comienzan a ser muy escasas las posibilidades de que la nave aterrizara realmente allí. -concluyó.

-Bien, puede que cayera al mar... O que se desviara de la ruta prevista.

-Ya lo hemos tenido en cuenta. De haber caído al mar flotaría sin el menor problema y no habría tardado mucho en ser descubierta, puesto que también se rastreó toda la costa. Y en lo que respecta a la segunda posibilidad, ni siquiera la hemos tenido en cuenta.

-¿Por qué? -pregunté extrañado y, por qué no confesarlo, también algo picado- A mí no me parece tan descabellado, y a juzgar por el fracaso del rastreo...

-Mi querido amigo, tú no sabes prácticamente nada acerca del funcionamiento de las aeronaves modernas. -respondió Víctor de una manera afable rozando casi la impertinencia- Una vez que el piloto automático ha tomado un rumbo, y no nos cabe la menor duda de que lo tomó, las posibilidades de una desviación son ínfimas; tan poco probables de hecho que no merece la pena que sean tenidas en cuenta.

-Pudo haber chocado con algo... -aduje con perseverancia- Tú mismo citaste a los cohetes estratosféricos.

-Sí, eso hubiera podido ocurrir de haber invadido las vías reservadas para éstos. -concedió con desgana- ¿Pero crees tú que de haber chocado la *Melpómene* con un cohete o con un satélite no nos hubiéramos enterado?

El argumento, huelga decirlo, me desarmó por completo. Pero yo siempre he tenido fama de ser bastante tozudo y nunca me ha gustado dar mi brazo a torcer antes de tiempo.

-Un meteorito...

-Puede... estadísticamente. Existe más o menos la misma probabilidad de que ocurra esto de que a ti te persiga por la calle un rinoceronte furioso.

-En resumen: que la nave o sus pedazos deben de estar en esa Gal... ¡Oye! -exclamé de repente, inspirado por una nueva idea- ¿No habrá otros lugares distintos de Galicia cuyos nombres comiencen también por la misma sílaba?

-Olvidalo. -suspiró mi interlocutor al tiempo que negaba con la cabeza- Ya hemos pensado en ello; hay no menos de sesenta o setenta topónimos que empiezan así.

-¿Y habéis buscado en todos?

-¡Oh, no! No merecía la pena. La inmensa mayoría son tan poco conocidos que dudo mucho que puedan ser identificados por alguien más que por los naturales de allí.

-Pero algunos sí son importantes. -objeté impertérrito- Por ejemplo, Gales.

-Sí, hay varios que merecieron ser tenidos en cuenta... País de Gales, como bien has dicho, y además la Galitzia polaca, la Galilea israelí y la Gallipoli turca.

-¿Lo habéis comprobado?

-Bien... -mi amigo vaciló un momento mientras se apoyaba con los codos en la mesa sujetándose la barbilla con las manos- Los astronautas no suelen ser unos expertos en geografía; además, tanto el capitán de la *Melpómene* como la mayor parte de la tripulación eran españoles. Por eso creímos que la palabra que quisieron decir era Galicia; no era fácil que de haber sido uno de los otros lugares hubieran precisado tanto; seguramente se habrían limitado a decir el nombre del país.

-Entonces no habéis comprobado ninguna de las demás posibilidades. -insistí.

-¡Oh, no! -se indignó Víctor- Al principio nos limitamos a buscar en Galicia, eso es cierto, pero al ver que no aparecían comenzamos a rastrear en los lugares que te he citado. No hemos tenido tiempo todavía de hacer un barrido tan exhaustivo como en el caso español, pero sí hemos buscado en todos estos lugares aunque sin resultado hasta ahora.

-Eso nos deja en el mismo lugar del que partimos. -comenté con sorna.

-Sí, no te equivocas. -Víctor se había levantado de su butaca y recorría con grandes zancadas el estrecho recinto de su despacho- Estamos en un callejón sin salida y lo peor de todo es que no sabemos cómo salir de él.

-¿No podéis reconstruir la trayectoria de la nave? -insistí, redundando sobre un tema que ya habíamos dejado aparentemente zanjado.

-No. -me espetó Víctor, esta vez sentado nerviosamente en el borde de la mesa- Ya te lo he dicho antes; si la llamada de socorro hubiera sido emitida en las frecuencias normales, no habría supuesto el menor problema. Pero su radio estaba averiada y no tuvieron otra posibilidad que la de emitir el mensaje en una de las frecuencias auxiliares que casi nadie escucha. La señal, muy débil y fuertemente interferida, tan sólo fue captada por un satélite de comunicaciones chino que la remitió a Shangai, llegándonos en unas condiciones en las que resultó imposible cualquier intento de triangulación. Lo único que sabemos con seguridad es que la nave debía encontrarse entonces en algún lugar situado entre la Tierra y la Luna.

Tras tan desalentadoras palabras un ominoso silencio se extendió como una losa por la habitación. Ninguno de los dos teníamos el menor deseo de reiniciar una conversación que parecía haber agotado todas las posibilidades de ser continuada... Pero al cabo de un tiempo

que soy por completo incapaz de cuantificar, volví a romper el hielo insistiendo una vez más en el tema para desesperación de mi viejo amigo.

-Entre la Tierra y la Luna... -musité- ¡Oye! ¿Y por qué no en la Luna?

-Imposible. -me espetó con una brusquedad que me sorprendió.

-¿Por qué? -le pregunté, herido en mi amor propio- Si en la Tierra no están...

-¿Y quién ha dicho que no estén? -aulló- Además esto no puede ser. -insistió- Dijeron claramente que aterrizaran.

-¿Y...?

-¿Pues qué va a ser? -explotó definitivamente al tiempo que volvía a dar sus paseos en torno al despacho- Dijeron que *aterrizaban*, -recalcó esta última palabra- lo que quiere decir que descendieron en la Tierra; de haberlo hecho en la Luna habrían utilizado la palabra *alunizar*.

-No estoy de acuerdo. -me defendí con tesón- Este argumento no es en modo alguno válido.

-Dame una buena razón. -Víctor había pasado súbitamente de la excitación a la placidez y se hallaba hundido en su sillón con los ojos perdidos en el infinito.

-Es muy sencillo. -sonreí al tiempo que me sentaba; hasta entonces no me había percatado de que estaba de pie- los españoles solemos confundirnos con esta palabra a contrario de lo que ocurre en otros idiomas.

-No me dirás que...

-Te lo digo. -sentencié con todo el aplomo del que fui capaz- Nosotros usamos una misma palabra, *tierra*, para definir dos cosas bien distintas, el planeta y el suelo.

-Un tanto sutil la distinción, ¿no te parece? Pero no creo que ignores que todo el mundo utiliza de hecho la palabra *alunizar*.

-En España. -puntualicé- Pero no por ello deja de ser un vicio, por muy extendido que esté.

-Si tú lo dices... -ironizó Víctor al tiempo que, para desesperación mía, encendía un nuevo cigarrillo.

-Te pongas como te pongas, aterrizar significa simplemente tomar tierra y no descender a la Tierra; y tanto se toma tierra en la Tierra como en la Luna o en cualquier otro astro... Suponiendo que tenga superficie sólida, claro está. -la nueva nube de humo que se alzaba frente a mí no había contribuido precisamente a calmar mis ánimos- Y si aún no te lo crees, observa cómo se habla de amerizar y no de aterrizar... A pesar de que todos los mares forman parte evidente de la Tierra.

-Pero el capitán era español y el mensaje fue emitido en nuestro propio idioma. -Víctor se resistía a darme la razón pero cada vez luchaba con menos ímpetu- Según tu razonamiento tendría que haber utilizado la palabra alunizar, pero tú mismo acabas de reconocer que los españoles solemos equivocarnos al utilizar este verbo.

-No lo creas; aunque fuera español es lógico suponer que estuviera acostumbrado a utilizar otros idiomas en los que tal error no existe... El inglés, por ejemplo, en el que se distingue perfectamente entre *Earth* y *land*. No es de extrañar que fuera plenamente consciente de esta anomalía que suele pasar desapercibida en otros ambientes pero no en el suyo. ¿Te convences?

-A mí me convencería cualquier cosa que fuera capaz de hacer aparecer a la *Melpómene*. -musitó mi amigo repentinamente vuelto a la realidad- Cualquier cosa.

-A pesar de lo que opinas, no es una idea descabellada la de buscar el carguero en la Luna. -yo había puesto toda la carne que me quedaba en el asador- ¿sabes si hay allí algún lugar que empiece por *Gal*?

-No tengo ni idea. -respondió encogiéndose de hombros- Pero si quieres salir de dudas, ahí tienes un atlas.

Satisfecho por poder huir, siquiera un momento, de la gran nube de humo que se cernía de nuevo en torno a mi amigo, me dirigí hacia la estantería que éste me había señalado, situada en la parte opuesta de la habitación.

-¿Qué, encuentras algo? -me preguntó con una entonación en la que se mezclaban en extraño maridaje la burla, el escepticismo y el miedo.

-Pues sí. Hay un circo llamado Galileo, un cráter dedicado a Galvani y un segundo cráter denominado Galle... Tienes incluso donde elegir.

-¿Y si no tuvieras razón? -el miedo de mi amigo resultaba ya patente.

-Es sólo una hipótesis... Que puede estar equivocada, pero que puede resultar cierta. -me sentía ya cerca del triunfo aunque el esfuerzo me había dejado agotado- Ahora bien, no es más disparatada que la de buscar la nave en Galicia o en el País de Gales. Yo que tú

haría una llamada a alguna de nuestras bases lunares; poco hay que perder, y quizá sea mucho lo que podamos ganar.

Víctor no respondió, pero su cara era un perfecto muestrario de sus encontradas emociones; la responsabilidad le había tronchado literalmente. Durante un largo y eterno minuto permaneció indeciso, inmóvil en su cómica y a la vez patética postura, para por fin decidirse y coger el teléfono, mudo testigo de su intenso drama.

-Teresa, póngame con Base Copérnico. ¿Cómo que dónde está? ¿Dónde va a estar? En la Luna. Sí, ha oído bien: La L-U-N-A. No, no puedo darle explicaciones ahora. Sí, por supuesto que es de máxima prioridad; yo soy quien corre con toda la responsabilidad. ¡Pero dese prisa! Las vidas de diez hombres pueden estar pendientes de un hilo. -aulló con verdadera desesperación.

El resto de la historia es conocido por todos. Cinco horas más tarde una patrullera perteneciente a la Base Copérnico descubría a la *Melpómene* y a todos sus tripulantes, maltrechos pero sanos y salvos, en el interior del circo de Galileo. La operación de salvamento se había saldado con el más rotundo de los éxitos, lo que sirvió para que mi buen amigo Víctor Aranda se convirtiera de la noche a la mañana en uno de los más importantes personajes de la astronáutica comercial europea; con todo merecimiento, por supuesto. En lo que a mi respeta, aunque procuré no eclipsar el éxito de mi amigo, también me vería beneficiado en mi prestigio como periodista; lo cual no se puede decir que me desagrade en absoluto.

Por cierto: Si alguna vez se encuentran cara a cara con mi amigo, no se les ocurra citar delante de él la palabra *alunizar*; suele ponerse muy furioso.

CONDENADOS A VIVIR

A lo largo de mi dilatada vida profesional he tenido ocasión de visitar muchos más planetas habitados que la mayor parte de la humanidad; podría, pues, con toda facilidad relatar mis experiencias como viajero por toda la variopinta extensión del universo colonizado por el inquieto hombre. Pero yo no soy escritor sino tan sólo un sencillo comerciante, y lo mío no es narrar mis aventuras sino comprar y vender cualquier tipo de mercancía que me pueda permitir ganarme honradamente la vida; por ello, les aseguro que este relato que tienen ahora en sus manos será la única excepción a mi tradicional regla de ver y oír mucho pero hablar poco.

Y es que, a pesar de estar más que habituado a recalar en mundos de lo más exótico, y a pesar también de que estoy acostumbrado a encontrarme ante situaciones que asombrarían a la mayoría por lo extraño de las mismas, no hubo por menos que sorprenderme lo que tuve ocasión de conocer en Alteya, un remoto mundo perdido en los difusos límites del Orbe. Como fronterizo que es, Alteya prometía presentar las peculiaridades típicas de estas sociedades en todos los sentidos lejanos; pero la singularidad de sus estructuras sociales, insólitas en un planeta de sus características, hace de Alteya un caso único en todo el conjunto no ya de la Federación, sino inclusive de la totalidad del universo habitado.

Para empezar, Alteya no es un mundo nuevo sino muy antiguo, ya que fue colonizado durante la primera Gran Emigración que precedió a la expansión del desaparecido Imperio. Como en tantos otros mundos explorados y habitados en aquella lejana época, sus pioneros provenían básicamente de los grupos disidentes que huyeron de la férrea dictadura implantada entonces en la Tierra partiendo en busca de unos nuevos horizontes y, fundamentalmente, de una libertad que aquí les era negada. Sin embargo, y al contrario de lo que hiciera la mayor parte de los emigrantes de esa época, todos los cuales acabaron recalando en planetas cercanos, los primeros colonos de Alteya prefirieron internarse en las desconocidas profundidades del cosmos viajando incansablemente hasta donde sus destartaladas astronaves les permitieron para, finalmente, rendir viaje en este Finisterre galáctico más allá del cual sólo se abría lo desconocido.

¿Por qué obraron así? Nadie en Alteya conocía la respuesta, pero es muy probable que todo obedeciera a un inconsciente deseo de alejarse lo más posible del planeta del que habían huido para siempre. Lo cierto fue que, premeditadamente o no, estuvieron acertados en su decisión, ya que poco después de su huida el recién fundado Imperio Terrestre comenzaba una política de expansión que acabaría engullendo todas aquellas colonias que habían tenido su origen precisamente en un rechazo a su soberanía. Alteya, gracias

precisamente a su lejanía, fue la única que se vio libre durante siglos de la ambición expansionista del ya rebautizado como Imperio Galáctico, lo cual le permitió desarrollar sin cortapisas su propio proyecto de sociedad. Por ello, cuando los omnipresentes cruceros imperiales llegaron al fin a su sistema estelar, la inevitable anexión al vasto estado terrestre no pasó de ser una mera formalidad legal.

Sí, Alteya era teóricamente una provincia más del Imperio, pero su lejanía y su escaso valor estratégico y comercial motivaron que tal dependencia política fuera, en la práctica, mínima: Un gobernador imperial más interesado en salir de ese rincón del universo que en imponer la autoridad del emperador, una reducida y aburrida guarnición sin nada que defender, y un planeta por último con una población lo suficientemente evolucionada y madura como para ser tanto impermeable a las influencias terrestres, como lo suficientemente inteligente como para no dar a sus nuevos amos la menor excusa para romper el para ellos tan cómodo *status quo*. De esta forma todos quedaban satisfechos y el planeta continuaba siendo, de hecho, el dueño de sus propios destinos.

Por esta razón, cuando el imperio colapsó en Alteya las cosas cambiaron muy poco. Los escasos retazos imperiales presentes en su suelo se apresuraron a marcharse de allí sin que nadie los echara, con lo que el planeta se vio de nuevo formalmente independiente. Gracias a su secular aislamiento, el hundimiento político y cultural que trajo como consecuencia la larga y oscura Edad Media no afectó prácticamente nada a un planeta que, acostumbrado desde siempre a valerse por sí mismo, fue uno de los pocos rincones del Orbe que no experimentaron entonces un retroceso en su cultura.

Cuando pasados varios siglos la humanidad logró salir del marasmo en el que había estado sumida, los lazos rotos por el gran interregno comenzaron a ser anudados de nuevo, si bien lo fueron de una manera completamente distinta a la anterior; no en vano había escarmentado con los errores de antaño. No hubo, pues, un Segundo Imperio que muy pocos planetas habrían aceptado, sino una flexible confederación que, con el nombre de Nuevo Orden, se impuso como premisa fundamental el respeto de los derechos y las peculiaridades de cada mundo por separado. La fórmula se reveló afortunada de modo que, tras un período de tiempo relativamente breve, prácticamente todo el vasto territorio que el antiguo Imperio había conquistado a sangre y fuego se vio de nuevo pacíficamente reunificado por el Nuevo Orden, esta vez por propia voluntad de sus integrantes. Alteya no fue ninguna excepción y ahora era un miembro más del Gran Consejo Estelar, con los mismos derechos y deberes que el resto de sus integrantes pero, y esto era lo fundamental para sus habitantes, conservando intactas su autonomía y su idiosincrasia.

Una de las huellas más indelebles de los Siglos Oscuros fue la evolución aislada de todas y cada una de las diversas regiones habitadas del universo, lo cual quebró la antigua uniformidad imperial trocándola en una variopinta diversidad que hacía de cada planeta

algo singular y diferente del resto. Alteya, obviamente, no sólo no fue ninguna excepción sino que, poseedora de una marcada identidad y de una sociedad completamente madura ya con anterioridad al hundimiento de la antigua civilización, experimentó durante esa época de aislamiento total, que no de colapso cultural en su caso, una notabilísima evolución que sirvió para acrecentar su ya notable singularidad hasta hacer de ella un caso único en todo el universo.

Y aunque ahora su exotismo era aceptado y respetado, su notable divergencia con las pautas más comunes en los planetas del Orbe seguía marcando su relativo aislamiento con respecto al resto de la confederación; a pesar de que no existían trabas de ningún tipo que lo impidieran, ni los ciudadanos de otros planetas se encontraban demasiado cómodos en Alteya, ni los alteyanos mostraban el menor interés en abandonar su planeta natal. De hecho, tan sólo los diplomáticos de ambas partes y algunos escasos comerciantes apátridas como yo, ninguno de los cuales era nativo de Alteya, rompíamos en la práctica esta barrera. Y no es que la sociedad alteyana fuera hostil con los visitantes; muy al contrario, los alteyanos eran exquisitamente amables y educados con todos nosotros, dando todos ellos sin excepción una gran importancia a las reglas de la hospitalidad... Pero ocurría que eran demasiado diferentes como para que nadie procedente de otra cultura, incluso si se trataba de alguien tan desarraigado y cosmopolita como un comerciante, pudiera encontrarse cómodo entre ellos.

Por esta razón los contactos entre ambas culturas eran mínimos, aunque en modo alguno fríos; de hecho, yo tenía varios buenos amigos en el planeta incluyendo a mi propio agente comercial, y no puede decirse que lo pasara nada mal en mis poco frecuentes viajes al mismo... siempre y cuando éstos no se alargaran demasiado. Aun siendo unos excelentes anfitriones, los alteyanos eran lo suficientemente extraños como para sentir una inexplicable sensación de ahogo cuando te zambullías lo suficiente en su mundo.

A pesar de todo, yo los admiraba. Pocos lugares había en todo el universo habitado en los que una sociedad hubiera alcanzado mayores cotas de madurez y de prosperidad... los alteyanos eran felices en su mundo, y no había la menor razón para exigirles que renunciaran a ello.

Pero me estoy extendiendo demasiado al tiempo que me desvío de mi propósito original, por lo que renunciaré a continuar describiendo las múltiples peculiaridades de este planeta, por otro lado suficientemente divulgadas ya, para centrarme exclusivamente en el punto que tanto me llamara la atención. Ya he comentado anteriormente el gran desarrollo social del planeta, pero lo que todavía no he dicho es que éste llevó siempre pareja una activa investigación científica y técnica que ha hecho de Alteya uno de los lugares más prósperos de todo el Orbe. Cuando el Nuevo Orden restableció las largamente interrumpidas relaciones entre los distintos planetas los alteyanos, que jamás fueron

egoístas, compartieron generosamente sus tesoros científicos con todos los que lo necesitaron, lo que contribuyó no poco al apuntalamiento de la todavía frágil recuperación económica. Sin embargo, hubo algunas tecnologías que se negaron rotundamente a revelar alegando, y no sin razón, que la humanidad todavía no estaba preparada para recibirlas.

Una de ellas, sin duda la más trascendental de todas, fue la de la inmortalidad o, por hablar con mayor propiedad, la de la prolongación indefinida de la vida humana. Entiéndase bien: los alteyanos compartieron desde el primer día todos sus conocimientos acerca de la prevención de la vejez y la supresión de las enfermedades relacionadas con la misma, gracias en buena parte a los cuales los humanos vivimos hoy muchos más años, libres además de las desagradables secuelas de las que hasta entonces estuvieran aquejados los ancianos. Pero, añaden ellos, el hombre es un ser mortal y en su condición de tal debe morir, ya que de no ser así nuestras mentes jamás asimilarían el hecho de vivir eternamente sin sufrir trastornos irreversibles.

De hecho, tampoco ellos aplican de forma generalizada esta práctica a su población la cual, de esta manera, no tiene en promedio una longevidad mayor que la de cualquier otro humano nacido fuera de Alteya. Tal práctica está reservada exclusivamente para algunos casos excepcionales, concretamente para aquellas personas tales como artistas, científicos o gobernantes de singular valía cuya muerte natural hubiera causado un grave perjuicio a la sociedad de su planeta; sólo en estas circunstancias les es permitida una prolongación artificial de su existencia, la cual nunca es indefinida sino limitada hasta que el propio interesado estima que ya ha cumplido de forma completa con su misión. Es entonces cuando les es retirado el tratamiento falleciendo éstos dulcemente, lo que es interpretado por todos y por los propios afectados como un premio a la par que como un merecido descanso.

Una única excepción hay esta regla, la cual tuve ocasión de conocer por pura casualidad durante mi último viaje a Alteya; porque si bien no es secreta para los extranjeros, -ningún secreto hay, de hecho, en el planeta- sí que es llevada a cabo con una discreción absoluta; pero para poder explicarla, he de realizar antes un pequeño inciso. En Alteya la delincuencia, esa plaga que azota a tantos planetas incluyendo a la vieja y despreocupada Tierra, es en contraste algo casi desconocido. Esto no quiere decir que no existan delincuentes, sino que éstos son tan escasos en número que, reuniendo a todos ellos, sería imposible llenar una sola prisión de nuestro mundo... Si existieran sus equivalentes en Alteya, circunstancia que no ocurre.

¿Qué hacen entonces los alteyanos con los que allí comenten un crimen? Bien, los detienen y son juzgados, con una severidad únicamente comparable a lo antisocial de su comportamiento en un lugar tan pacífico y respetuoso con sus ciudadanos como es este planeta. Acto seguido son condenados a la única pena existente en sus leyes, la de vida.

Sí, la de vida; porque, por sorprendente que pueda parecer a cualquiera que no sea alteyano, los criminales no son allí condenados a morir sino precisamente a lo contrario: A no morir durante un largo período de tiempo que siempre es proporcional a la magnitud del delito cometido. Por lo demás, los convictos quedan completamente libres para seguir viviendo exactamente igual que lo hicieran antes.

En contra de lo que pudiera parecer esta condena a no morir, lejos de ser una liberación es en Alteya un gravísimo castigo, porque la filosofía imperante en el planeta, de la cual están imbuidos sin excepción todos sus pobladores, considera vacía y despreciable toda prolongación artificial de la vida que no esté justificada por una buena causa. Por eso los alteyanos reciben siempre con calma y satisfacción a la muerte cuando estiman que su trayectoria vital está ya culminada, y por eso no puede haber mayor castigo para ellos que el verla prolongada sin que exista una razón tal como ocurre con los prohombres.

Nada hay más patético que ver a un antiguo criminal arrastrando tristemente su condena; porque si bien éstos no son ni discriminados ni rechazados por sus compatriotas, y aunque el castigo es aplicado con tal discreción que nadie salvo sus más íntimos conoce su desgracia, los condenados sienten tal sensación de vacío, tal necesidad imperiosa de morir, que para ellos es una auténtica liberación la llegada del fin de su pena, la cual puede alcanzar en ocasiones una duración de varios siglos.

Podrían suicidarse, por supuesto, y sin duda todos nosotros lo haríamos de encontrarnos en su situación; pero el alteyano es un pueblo que tiene tan arraigado el sentido de la moral y de la justicia, que jamás a ningún condenado se le ocurriría hacerlo aun habiendo llegado a su máximo grado de desesperación. Los penados son tan plenamente conscientes de su culpa y de su obligación de cumplir con la totalidad del castigo que les ha sido impuesto, que jamás se ha dado el menor caso de nadie que no la haya cumplido escrupulosamente hasta el final.

¿Sorprendente, verdad? Y, por supuesto, aleccionador. Lo único que me inquieta desde que lo supe es lo siguiente: ¿Por qué no podríamos ser todos nosotros como los alteyanos?

PLUS ULTRA

La *Plus Ultra* no era una astronave cualquiera. Tampoco era un simple prototipo. Era más, mucho más. Era el cénit de la civilización humana, el exponente máximo de su tecnología y de su orgullo como raza. Era el broche de oro que culminaba miles de años de ininterrumpida evolución. Era la llave de la Última Frontera.

El hombre, ser inquieto y curioso por naturaleza desde el mismo instante en el que había prendido en él la chispa de la inteligencia, había amado siempre los retos buscando con afán la manera de vencerlos. Por esta razón el espíritu de la frontera, fuertemente arraigado en su alma, le había empujado durante milenios en busca del Más Allá. Un Más Allá cada vez más lejano, cada vez más tentador, cada vez más esquivo.

Primero fueron las Columnas de Hércules, el *Finis Terrae* de la Antigüedad. Posteriormente lo fue el océano Atlántico, el *Mar Tenebroso* que alimentara tantas leyendas medievales. A lo largo de varios siglos las fronteras se establecieron en los continentes americano y africano, en las vastedades asiáticas, en la pléyade de islas que constelaban el océano Pacífico, en los dos polos, en las selvas vírgenes, en las cordilleras inaccesibles, en las profundidades abisales... Y cuando toda la inmensa extensión del globo terrestre había sido hollada por la inquieta estirpe de Adán, cuando los mapas no mostraban ya ninguna región en blanco, surgió el gran reto del espacio.

El hombre pisó la Luna, envió sondas a los principales astros que giraban en torno al Sol y, finalmente, exploró todos ellos. Durante algún tiempo, largo frente a una vida, pero inmensamente breve en comparación con la historia de la humanidad, alentó de nuevo la vieja y perdida ilusión de explorar nuevos lugares y descubrir tierras vírgenes, no por inhóspitas menos cautivadores. Y la poesía anidó de nuevo en su espíritu.

Pero al igual que ocurriera con la vieja y entrañable Tierra, también el Sistema Solar se acabó quedando pequeño. Y entonces el hombre buscó nuevas metas en las que poder volcar su afán. Sin embargo, la barrera era esta vez infinitamente mayor. El salto a las estrellas, aun a las más próximas, se mostraba imposible a causa de lo desmesurado de las distancias que las separaban de nuestro planeta, y lo seguiría siendo aún durante mucho tiempo.

Pese a las dificultades, la humanidad no cejó un solo momento en su empeño, pero hubieron de pasar siglos antes de que pudiera estar en condiciones de dar el gran salto que le permitiera franquear la última y definitiva frontera.

Y el gran momento había llegado. Fueron precisos los esfuerzos ininterrumpidos de varias generaciones de científicos y técnicos, y se habían consumido ingentes cantidades de recursos de todo tipo en aras del ansiado fin que ya era una tangible realidad: La *Plus Ultra*, la astronave destinada a alcanzar las estrellas por vez primera en la historia de la humanidad.

El espíritu de los exploradores, por largo tiempo adormecido, volvió a brotar con fuerza en el alma de quienes sólo por los libros de historia conocían a personajes tales como Nearco, Marco Polo, Vasco de Gama, Cristóbal Colón, Magallanes, Cook, Livingstone, Admunsen y tantos otros que a lo largo de los siglos habían logrado que la curiosidad triunfara sobre todas las dificultades interpuestas en el camino por la siempre arrogante Naturaleza. Y así, una nueva estirpe de aventureros intrépidos y arrogantes floreció en el viejo tronco de la varias veces milenaria civilización.

No faltarían voluntarios para la gran expedición, a pesar de la incertidumbre que se cernía no ya sobre su desarrollo, sino incluso sobre las propias vidas de los participantes en la misma. Científicos de acrisolada valía, astronautas curtidos por largos años de navegación a lo ancho de todo el Sistema Solar, militares aguerridos pese a la ausencia total de conflictos bélicos desde varias generaciones atrás... Así pues, bien podría afirmarse sin riesgo a incurrir en error, que la *Plus Ultra* contaba con la mejor tripulación posible.

El viaje sería largo, la astronave era de gran tamaño y los experimentos a realizar muy numerosos y complejos, a lo cual había que sumar la presencia en la *Plus Ultra* de un pequeño pelotón de soldados cuya misión era defenderla de posibles ataques de algún ignorado enemigo. Por ello su dotación era numerosa, casi quinientas personas entre tripulantes, científicos y soldados, cada uno de los cuales tuvo que competir con millones de rivales para lograr el ansiado puesto. Después de la selección vino un no menos duro entrenamiento que sólo los más capaces -y ellos lo eran- habrían sido capaces de superar, lo que no impidió que se produjeran un elevado número de bajas rápidamente cubiertas por los aspirantes que habían sido rechazados en la primera selección. Y finalmente... La gran aventura estaba a punto de tener lugar.

La *Plus Ultra* había invertido varios meses en recorrer todo el Sistema Solar, e incluso había realizado algunas incursiones en el espacio profundo hasta más allá de la Nube de Oort, límite teórico del Sistema Solar. Había llegado, pues, mucho más lejos que cualquier otro objeto, tripulado o no, construido por la tecnología terrestre, pese a lo cual todos estos vuelos de prueba suponían tan sólo una porción infinitesimal del recorrido que habría de efectuar en su viaje definitivo con destino a la estrella Tau Ceti, elegida, a pesar de no ser la más cercana al Sol, por su similitud con la estrella central de nuestro sistema planetario, lo que permitía esperar la existencia de planetas similares a la Tierra girando en torno suyo.

Durante toda esta etapa la *Plus Ultra* se había comportado con total satisfacción, rebasando con creces las previsiones más optimistas aunque sin rebasar en ningún momento la velocidad de la luz. El ensayo del propulsor hiperlumínico, auténtica razón de ser de la astronave, tendría lugar con el viaje definitivo; el gran tamaño, y la no menor complejidad de este sistema propulsor, habían impedido estudiar su funcionamiento en sondas automáticas, mientras la especial naturaleza del vuelo imposibilitaba asimismo hacerlo con la propia *Plus Ultra* gobernada por control remoto, al no ser posible mantener el contacto con ella una vez rebasada la velocidad de la luz.

Esta misma limitación impediría asimismo la comunicación por radio entre los controles de tierra y la tripulación de la *Plus Ultra* una vez iniciado el histórico viaje; dado que la astronave se desplazaría, durante la mayor parte de su recorrido, a velocidades hiperlumínicas, las ondas de radio jamás la podrían alcanzar al ser más veloz que ellas mientras que, al llegar a su destino, se encontraría a varios años luz de distancia o, lo que es lo mismo, con varios años de demora frente a una hipotética conversación con la Tierra. Por esta razón, serían los propios tripulantes los que traerían las noticias de su viaje a su retorno a la Tierra, en una curiosa y paradójica similitud con lo ocurrido durante la época de las grandes exploraciones oceánicas.

Se calculaba que la *Plus Ultra* tardaría entre tres y cuatro meses en llegar a su destino, por lo que la duración total del viaje se podía estimar en al menos un año teniendo en cuenta también tanto el viaje de retorno, como un tiempo mínimo necesario para una exploración de los hipotéticos planetas del sistema de Tau Ceti, período de tiempo que en realidad sería mayor al ser necesario prever cualquier posible retraso. No se trataba de un tiempo excesivo comparándolo con el invertido habitualmente por centenares de astronaves en sus recorridos a través del Sistema Solar, pero lo que sí suponía una novedad y un notable inconveniente, era la circunstancia de que durante todos estos meses en la Tierra no se tendría noticia alguna de la expedición. Si todo salía bien no habría más problemas que un molesto retraso en el conocimiento de los resultados de la misión, pero si sucedía algún percance, la única respuesta sería el silencio. Pero como nada se podía hacer por evitarlo, tan sólo cabía confiar en la suerte.

Así pues no habría vuelo experimental alguno, y la propulsión hiperlumínica sería probada por vez primera durante su histórico viaje a Tau Ceti. Éste era un riesgo que resultaba preciso asumir, y así lo hicieron la totalidad de los integrantes de su dotación.

Respecto a los efectos que el viaje hiperlumínico pudiera provocar en el organismo humano, tan sólo cabía especular. Los estudios teóricos predecían unas distorsiones espaciales muy importantes prácticamente imposibles de cuantificar, razón por la cual el interior de la *Plus Ultra* estaría protegido por un campo de fuerza -o de éxtasis, conforme a la terminología de sus constructores- que, al menos sobre el papel, debería contrarrestar los

perniciosos efectos de este fenómeno. A diferencia de lo postulado por tantos y tantos escritores de literatura de anticipación, no tendría lugar la famosa dilatación temporal presuntamente predicha por la Teoría de la Relatividad, al menos de forma apreciable, debido a una serie de fenómenos imposibles de demostrar sin recurrir a las complicadas teorías que permitían justificar la posibilidad real de que un móvil pudiera viajar a mayor velocidad que la luz.

El día fijado para la partida de la *Plus Ultra* rumbo a su lejano e incierto futuro fue celebrado por toda la humanidad como no se había hecho desde muchas generaciones atrás... Y ciertamente, la ocasión lo merecía. Anclada a la estación orbital L4, situada en uno de los puntos de Lagrange de la órbita lunar, la *Plus Ultra* se encontraba respetuosamente rodeada por miles de astronaves ansiosas de presenciar en directo el inicio de su histórico viaje. Claro está que su verdadera partida, entendiendo como tal la propulsión de los impulsores hiperlumínicos con su consiguiente desaparición de la vista de sus espectadores, tendría aún que esperar.

Inicialmente era preciso realizar una compleja maniobra que la sacara del plano de la eclíptica, ya que la constelación de la Ballena a la que pertenecía Tau Ceti no se encontraba en el zodiaco. Una vez establecido su rumbo, la *Plus Ultra* debería viajar a velocidades sublumínicas hasta rebasar la nube de Oort, por ser ésta la única forma posible de evitar el riesgo de colisión -peligro remoto, pero real y de nefastas consecuencias para los viajeros si llegaba a ocurrir- con alguno de los numerosos desechos que salpicaban esta desolada región del espacio. Esta precaución resultaría inútil a su llegada a Tau Ceti dado que se ignoraba la distribución de su hipotético sistema planetario, razón por la cual se había optado por abandonar la velocidad hiperlumínica a una distancia prudencial a esta estrella, similar al radio de la nube de Oort solar más un margen razonable de seguridad.

Comenzar el viaje hiperlumínico a una distancia tan grande del Sol tenía asimismo una segunda ventaja, la de minimizar los efectos de su campo gravitatorio sobre la trayectoria de la astronave, más desviada de su objetivo cuanto mayor fuera la atracción sobre la misma. Teniendo en cuenta que se trataba de realizar a ciegas un salto de casi doce años luz, y que la posible existencia de obstáculos en su destino resultaba completamente desconocida, toda precaución sería poca.

Y finalmente llegó el momento. La *Plus Ultra* desatracó de la estación orbital, se alejó majestuosamente de ella unos miles de metros y, tras enfilear la proa, conectó los motores convencionales que habrían de llevarla hasta los confines del Sistema Solar, seguida por varios centenares de astronaves que la acompañarían hasta Júpiter, primera escala de su largo periplo. Para abandonar el plano de la eclíptica estaba prevista una complicada carambola cósmica que precisaba del efecto conjunto de las atracciones gravitatorias de Júpiter y el Sol, la cual no estaba al alcance de las pequeñas astronaves que viajaban con

ella. Una vez estuviera fuera de la eclíptica, la *Plus Ultra* sería escoltada por dos cruceros de la Armada que, a su vez, se volverían sobre sus pasos en la nube de Oort, dejando a los expedicionarios a merced de su propio destino.

Esta etapa duraría varios días, pasados los cuales comenzaría realmente el reto. Hasta entonces todo resultaría familiar, puesto que los viajes por el Sistema Solar hacía mucho tiempo que se habían convertido en rutinarios. En el momento previsto la *Plus Ultra* llegó al lugar marcado como origen de su viaje interestelar, con las tripulaciones de los dos cruceros como únicos testigos privilegiados de la hazaña. Los cruceros tenían previsto retransmitir en directo el momento en el que la *Plus Ultra* conectara los motores hiperlumínicos penetrando en el enigmático hiperespacio, pero las señales de vídeo no llegarían a la Tierra sino hasta muchas horas después a causa de su lejanía.

El programa se desarrolló conforme a lo previsto. Para los miles de millones de espectadores repartidos por todo el Sistema Solar, la *Plus Ultra*, que había apagado previamente los motores convencionales y navegaba por inercia, comenzó a rodearse de una tenue luminosidad que, poco a poco, fue acrecentándose hasta difuminar la silueta de la astronave que se vislumbraba en su interior. Finalmente, tras un súbito destello, nave y aureola desaparecieron quedando en su lugar tan sólo el vacío, el mismo vacío desierto que estuviera en ese lugar desde los albores del universo. La Gran Aventura había comenzado.

La brusca desaparición de la *Plus Ultra* ante los ojos de los observadores había sido predicha por los científicos responsables del proyecto, razón por la cual nada de inquietante se encontró en ello; claro está que, de existir algún tipo de percance, tampoco habría habido manera alguna de saberlo. Tendrían que pasar bastantes meses, quizá un año o más, para que el retorno de los expedicionarios sirviera para dar a conocer los resultados del viaje. Y, si el tiempo transcurría y los viajeros no volvían... Bien, entonces éstos habrían pasado a engrosar la larga relación de desaparecidos en el transcurso de todos los viajes de exploración realizados por la especie humana desde el origen de los tiempos.

Justo un año después de la partida de la *Plus Ultra* comenzaron los preparativos para recibirla en su regreso. Evidentemente no se podía conocer el momento exacto de su llegada, razón por la cual se destacó a un crucero a la zona del espacio en la que se presumía que aparecería. La misión de esta astronave era la de hacer de vigía y mensajero de la buena nueva, así como también la de auxiliar, si fuera necesario, a los expedicionarios.

Transcurrido un mes desde el apostamiento, el crucero fue relevado por otra unidad similar. Nada de inquietante tenía este retraso; antes bien, podía ser indicativo de una fructífera misión que hubiera requerido un tiempo superior al inicialmente previsto para ser llevada a cabo.

Pasó otro mes más, y un tercer crucero ocupó el lugar del segundo. Y un cuarto... Y un quinto. Al cumplirse el año y medio sin tener noticias de la *Plus Ultra*, los responsables del programa comenzaron a inquietarse. No obstante, la autonomía prevista para la expedición, contando exclusivamente con sus propios medios, rebasaba holgadamente los dos años, razón por la que todavía resultaba prematuro preocuparse.

Finalmente llegaron los dos años sin tener noticias de la *Plus Ultra*. Treinta meses después de su partida, se ordenó al crucero destacado en la nube de Oort su regreso a la Tierra. A los tres años se dio por perdida a la expedición. Un año después, se declaraba oficialmente muertos a sus tripulantes, todos los cuales fueron nombrados héroes de la humanidad y homenajeados póstumamente.

El proyecto *Plus Ultra* había recibido un golpe mortal con el fracaso de la expedición, pero ello no supuso el final de la ambición humana por hollar los confines del universo. Se ordenó una investigación exhaustiva que abarcaba la totalidad de las facetas del mismo, y se instó a los científicos a una revisión completa de la teoría hiperlumínica. Realizado esto, serían los técnicos los encargados de escudriñar la existencia de posibles fallos en la construcción del prototipo. Y finalmente se construiría una nueva nave mucho más segura y fiable que su antecesora, la cual intentaría de nuevo el gran reto. Este proceso llevaría años, muchos años, y posiblemente ninguno de los contemporáneos del vuelo de la *Plus Ultra* viviría lo suficiente para verlo; pero la vida de una persona era apenas un soplo en el devenir de la humanidad, y ésta sí vería cómo era conquistado definitivamente el espacio. Tan sólo se trataba de una cuestión de tiempo.

* * *

-Bien, asunto zanjado.

-¿Estás seguro de ello?

El primero de los dos seres -resultaría imposible describirlos de manera más precisa- mostró su extrañeza a su compañero.

-Por supuesto que lo estoy. Desaparecida su astronave, y cuestionada la viabilidad de los viajes interestelares, lo lógico sería que renunciaran a intentarlo de nuevo, resignándose a vivir dentro de los límites de su sistema. Si son mínimamente razonables, no volverán a repetirlo.

-Yo no estaría tan seguro de ello... Podrían comportarse ilógicamente y construir una segunda nave.

-Que asimismo interceptaríamos, con lo cual volverían a estar en la misma situación. Por muy irracionales que sean, tarde o temprano acabarían convenciéndose de la inutilidad de su intento... Al menos, hasta que maduraran lo suficiente para integrarse en la comunidad galáctica.

-Nunca lo harán. Los informes sociológicos son concluyentes: Se trata de una especie paranoica, incapaz de madurar socialmente.

-Pero sus avances tecnológicos son espectaculares; apenas necesitaron unas cuantas generaciones, y eso que además son efímeros, para expandirse por todo su sistema estelar desarrollando incluso los principios del vuelo intergaláctico... Algo que hasta a nosotros nos llevó muchísimo más tiempo.

-Ahí es donde radica precisamente su gran peligrosidad. Especies inmaduras hay a miles en el cosmos, pero que a esta inmadurez se suma tan increíble creatividad es algo realmente inaudito; por ello, no tenemos otra solución que la de bloquearlos impidiéndoles abandonar su sistema. ¿Imaginas lo que podría ocurrir si llegaran a expandirse por nuestro territorio?

-Sería el caos... Supongo.

-Peor aún. Si la galaxia es estable desde épocas remotas, se debe a que su equilibrio se apoya en un respeto absoluto a las normas de convivencia por parte de todas las culturas que la integran. No existe ningún mecanismo de control que permita neutralizar posibles interferencias perniciosas, porque ello jamás ha sido necesario. Así pues, si apareciera esta perturbación... Estaríamos completamente inermes.

-Por fortuna, bastaba con aislarlos para acabar con el problema; y esto es justo lo que hemos hecho.

-El peligro está es que no cejen en su empeño...

-Les daría lo mismo, ya que capturaremos todas sus astronaves. Nunca podrán salir de sus planetas.

-¿Y qué haríamos con los tripulantes?

-Pues exactamente lo mismo que hemos hecho con los de su primera nave; recluirlos en realidades virtuales especialmente diseñadas. Ellos creerán haber llegado a su destino, y pensarán que no pueden regresar a su planeta por haberse averiado su vehículo. Así pues, vivirán razonablemente felices creyendo que colonizan un mundo virgen. Es una verdadera lástima que su vida sea tan efímera; he solicitado que se permita su reproducción de forma

controlada, al menos durante varias generaciones, ya que de no ser así me resultaría sumamente difícil estudiarlos con detenimiento... Pero ya sabes cómo son los burócratas.

-Comprendo tu postura, pero a mí personalmente no es esto lo que más me preocupa respecto a estos seres. Por supuesto que no propongo exterminarlos, ya que esto está prohibido por las leyes de protección de los espacios naturales, pero ¿no habría sido preferible habernos dado a conocer comunicándoles la prohibición de abandonar su sistema? Tengo mis dudas de que mantenerlos engañados, creyendo que no pueden dominar los vuelos interestelares, pueda ser la mejor táctica.

-¡Bah! Piensa con lógica. Cualquier ser mínimamente racional comprendería la necesidad de renunciar a sus intentos una vez sufridos varios fracasos consecutivos. ¿Cómo crees que han evolucionado todas las especies pensantes de la galaxia? ¿Repitiendo una y otra vez los mismos errores? Sería algo completamente absurdo.

-Yo no estaría tan seguro... Aunque en el fondo, supongo que debes estar en lo cierto.

* * *

Mientras duró la conversación entre los dos seres, en la Tierra habían transcurrido varios años, los suficientes para que fuera construida la *Plus Ultra II*. Mucho más potente que su antecesora, contaba asimismo con una importante novedad: Un sistema de comunicación hiperlumínica que le permitiría estar en contacto continuo con la Tierra durante la totalidad del viaje. Como había dicho el presidente federal en su discurso de despedida, la humanidad estaba destinada a conquistar las estrellas por encima de todas las dificultades que pudieran atravesarse en su camino.

NO HAY MAL QUE POR BIEN...

Antes de nada, permítanme que me presente. Me llamo... bueno, eso en realidad no importa. Lo verdaderamente relevante para este relato es que yo era amigo de Joe *Roeasteroides* y, como él, comerciante independiente, enhoramala mal llamados contrabandistas... pero les puedo asegurar que nuestro trabajo es honrado, sólo que en ocasiones no nos molestamos en cubrir ciertos engorrosos trámites burocráticos que no hacen sino entorpecer nuestra actividad comercial. ¿Que también nos olvidamos de pagar las tasas aduaneras? Bien, supongo que ustedes estarán de acuerdo conmigo en que la todopoderosa Federación no necesita nuestra humilde aportación para que le cuadren sus presupuestos, mientras que a nosotros, por el contrario, nos resulta imprescindible para vivir.

Sí, ya sé que está también el tema de los Mundos Prohibidos, con los que está vedado cualquier tipo de contacto y, todavía con más razón, todo cuanto tenga que ver con el comercio; pero, ¿podría explicarme alguien por qué razón la Federación tiene condenada a esta gente al ostracismo y, en la inmensa mayoría de los casos, a la miseria? Dicen que es para proteger a las culturas autóctonas -vaya palabreja, ¿no podían hablar en cristiano?- de la contaminación de la nuestra, pero me gustaría que vieran ustedes sus condiciones de vida y luego pensarán si les gustaría vivir así... a mí no, desde luego.

¿Qué mal hacemos intentando llevarles un poco de la prosperidad que a nosotros nos sobra? Ellos consiguen algo que la Federación les niega, nosotros obtenemos a cambio unas materias primas que a los nativos no les sirven para nada pero que nos permiten ir tirando, y todos contentos... excepto los malditos patrulleros y esos estirados tipejos universitarios que parecen disfrutar comprobando que nuestros clientes siguen yendo en taparrabos. Y oigan, a los primeros todavía los entiendo, al fin y al cabo es su trabajo y sólo son unos mandados, pero a los otros... si en vez de calentar con sus gordos culos las delicadas sillas de sus despachos tuvieran que andar dando tumbos de pedrusco en pedrusco como nosotros, a bordo no de confortables paquebotes sino de cafeteras volantes como las nuestras, a lo mejor ya no pensaban lo mismo.

Pero me temo que me estoy yendo por las ramas... en realidad, lo que yo quería era contar lo que le pasó a mi pobre amigo *Roeasteroides* en un pedrusco perdido más allá del Límite. En realidad a él, al igual que a mí, no le gustaba comerciar con los Mundos Prohibidos, prefiriendo moverse por los más civilizados -dentro de lo que cabe- planetas del Borde. Allí las patrulleras federales suelen brillar casi siempre por su ausencia, y a los aduaneros de los gobiernos locales es relativamente fácil esquivarlos o, en su caso, contentarles con bastante menos de lo que nos habrían supuesto los aranceles.

Los Mundos Prohibidos son algo completamente distinto. A diferencia de la relajada vigilancia del Borde, los federales los custodian con un celo digno de perros de presa, y resulta realmente difícil burlarlos... difícil y peligroso, puesto que aquí no suelen hacer la vista gorda y los castigos por violar las leyes de aislamiento acostumbra a ser ejemplares. Por esta razón, y porque además nunca sabes con lo que te puedes encontrar en unos mundos tan primitivos, los comerciantes independientes solemos evitarlos a no ser que alguien sea lo suficientemente insensato, o esté lo suficientemente desesperado, como para intentarlo.

Los insensatos no son demasiado dignos de consideración dentro de nuestro gremio, pero todos nosotros hemos pasado alguna vez por una mala racha; y cuando te acechan los matones de alguno de los prestamistas del Borde, puedes acabar echando todos tus miedos por la borda y, haciendo de tripas corazón, arriesgarte a transportar un flete a alguno de esos agujeros cósmicos. Como dijo un antiguo filósofo de mi tierra, *más cornás da el hambre*.

Eso es precisamente lo que le ocurrió a mi pobre amigo. Su vicio por el juego, y mira que yo se lo había advertido veces, le hizo caer en las garras del *Sanguijuela*, uno de los más rapaces usureros de todo el Borde... y también uno de los más expeditivos a la hora de cobrar las deudas pendientes. El bueno de Joe necesitaba dinero con urgencia, y sólo tenía una manera lo suficientemente rápida de conseguirlo. Así pues, y en contra de mi opinión -claro está que esto no le solucionaba su problema-, decidió visitar a los *Hienas*, que es como llamamos a los traficantes con los Mundos Prohibidos.

Éstos, que están tan sólo un punto por encima, y quizá ni tan siquiera eso, del filibusterismo puro y duro, siempre han recibido con las mandíbulas, digo, con los brazos abiertos a todos los comerciantes independientes que se les acercaban, algo lógico teniendo en cuenta que dependen de nosotros, y sólo de nosotros, para sus trapicheos. No es de extrañar, pues, que siempre tengan disponible un flete pagado a un precio razonable dadas las circunstancias... lo malo es que, para cobrarlo, hay que volver sano y salvo y con el importe de la venta en efectivo -obviamente los bancos de la Federación no cuentan con sucursales allí- lo cual, dadas las circunstancias, no se puede decir que sea algo precisamente sencillo. La verdad es que acudir a su cubil, algo por lo que todos nosotros sentimos un supersticioso terror, es lo más parecido a entrar en capilla, pero a veces no queda más remedio que hacerlo... y a *Roeasteroides* le había tocado la china.

Bueno, pese a todo no tenía por qué ser necesariamente malo; algunos de mis compañeros, aunque no demasiados, han conseguido volver de los Mundos Prohibidos sin ningún percance y con unos buenos ahorros en los bolsillos, pero lo normal es que no vuelvan a tentar a la suerte. Pese a ello, a los *Hienas* no les suelen faltar porteadores.

Resumiendo, que estoy volviendo a divagar. Joe llamó a la puerta de los *Hienas* y éstos, tan hipócritamente amables como de costumbre, le entregaron un flete. El planeta de destino era uno de tantos del Cinturón Exterior que, como suele ser habitual en todos ellos, tras el colapso del Imperio y su posterior aislamiento durante siglos había acabado cayendo en la barbarie más absoluta. En realidad estos mundos fronterizos nunca llegaron a ser gran cosa ni tan siquiera durante los años de la Gran Expansión, así que no es de extrañar que ahora rozaran el salvajismo, sobre todo teniendo en cuenta que ni tan siquiera los civilizados planetas del Núcleo lograron librarse del todo del duro trance de los Años Oscuros.

En realidad entre los distintos Mundos Prohibidos hay bastantes diferencias de nivel cultural aunque, eso sí, todos ellos suelen tener en común su condición de sociedades preindustriales atrasadas, ya que ni tan siquiera en el más avanzado de ellos han conseguido redescubrir algo tan elemental como la electricidad o el motor de explosión. Claro está que, pese a todo, existen sensibles diferencias entre una organizada sociedad feudal y una horda de salvajes caníbales.

Aparentemente a Joe le había tocado un buen planeta. Sus habitantes eran, según le dijeron, unos pacíficos agricultores y ganaderos gobernados por reyezuelos lo suficientemente inteligentes como para no liarse a mamporros entre ellos y, lo más importante de todo, estaban relativamente acostumbrados a comerciar con nosotros. Aunque la mercancía más habitual solían ser los alijos de bebidas alcohólicas o, por hablar con mayor propiedad, los brebajes que pretendían pasar por ellas, en esta ocasión su naturaleza era muy distinta: juguetes.

Bueno, hay que matizarlo; juguetes para nosotros, y artilugios mágicos para ellos. Durante los interrogatorios a los que me sometió la Policía Interplanetaria -ojo, como testigo, no como inculpado- uno de ellos, un tío listo supongo, mencionó no sé qué de abalorios e indios. Como maldito sea lo que entendí de ello le pedí que me lo explicase, y el hombre me contó una historia acerca de unas viejas leyendas de la Tierra según las cuales exploradores con pocos escrúpulos engañaban a los pueblos primitivos que visitaban -¡en la misma Tierra!- ofreciéndoles objetos sin ningún valor, pero de aspecto atractivo, a cambio de bienes valiosos.

A saber si esta historia era cierta; a mí personalmente me resultaba muy difícil de creer que en la antigua capital imperial hubiera llegado a haber alguna vez, aunque fuera hace miles de años, pueblos primitivos como los de los Mundos Prohibidos; eso sí, no lo niego, la comparación era bastante buena. Los juguetes en cuestión no eran nada del otro mundo, unas simples consolas de holojuegos de esas que cualquier niño tiene desde que alza dos palmos del suelo. Nada tenían de particular ya que ni tan siquiera eran modelos recientes, y por si fuera poco les habían sustituido el receptor energético por unas micropilas de fusión

alimentadas por agua dado que en el planeta de destino, como cabe suponer, no existía nada ni remotamente parecido a las emisoras de electricidad, imagínense ustedes su atraso.

Pero estas fruslerías, en manos de sus destinatarios, serían consideradas poco menos que unas mágicas maravillas. Huelga decir que iban destinadas a una reducida élite: reyezuelos, alta nobleza y, en general, todos aquéllos lo suficientemente ricos como para pagarse un capricho regio al alcance tan sólo de unos pocos privilegiados. En realidad el verdadero negocio estribaba no tanto en los aparatos como en la venta posterior a sus propietarios de los chips de los juegos, por supuesto con cuentagotas y a precios realmente abusivos una vez conseguido un mercado cautivo, ya que allí, por extraño que parezca, tampoco existe ningún tipo de red informática global. No recuerdo si he olvidado decir que las consolas ya habían sido introducidas tiempo atrás, y que el cargamento de mi amigo estaba compuesto exclusivamente por chips.

Esto era sin duda mucho más limpio y cómodo que transportar en la bodega whisky o armas, por no hablar ya del engorro de los animales transgénicos, por muy hibernados que fueran, o de los mercenarios varios que se ganaban la vida dando tumbos de planeta en planeta, con el riesgo añadido de que te volaran la cabeza al menor atisbo de discusión con ellos. No obstante, la naturaleza del alijo no le libraría del celo persecutor de los federales, ya que los chips de marras eran considerados vete a saber por qué productos de alta tecnología (!) y, como tales, estaba fuertemente castigado su tráfico fuera de los límites de la Federación.

A mí me gustaría que alguien me dijera qué mal podían hacer unos juguetes inofensivos en manos de unos salvajes incultos que lo más que podrían hacer era estropearlos; ni tan siquiera en el caso, totalmente improbable dicho sea de paso, de que el alijo fuera capturado por los piratas de la Nebulosa Negra, como si no tuvieran otra cosa que hacer que cruzar media galaxia, éste podría servirles de mucho... pero a quienes hacen las leyes suele importarles muy poco si luego éstas son aplicadas de manera lógica o no. Y así estábamos.

El día de su partida Joe *Roeasteroides* se mostraba razonablemente confiado. Aunque no resultara fácil, era posible burlar a las patrulleras federales, y todos nosotros sabíamos cómo hacerlo... al menos, en teoría. Y aunque nuestros patronos se encargaban previamente de *convencer* a la bofia para que mirara hacia otro lado justo en el momento en el que nosotros teníamos que pasar por delante de sus narices, esto no siempre funcionaba como es debido... pero de otras más difíciles había salido y, aunque estaba lejos de ser un temerario, era plenamente consciente de sus bazas.

Quiso el azar que coincidiéramos casualmente en el astropuerto de Uhlán, un astroso pedrusco situado, valga la redundancia, en el mismo borde del Borde. Yo acababa de

aterrizar con un cargamento de semillas especialmente adaptadas para su duro clima -Uhlán estaba siendo terraformado, aunque que me lleve el diablo si merecía la pena el esfuerzo- y allí me lo encontré, por supuesto en la cantina. Tomamos unas copas, hablamos de nuestras cosas, nos deseamos buena suerte y nos separamos con un abrazo fraternal... al menos, eso fue lo único que pudo ver el espía oficial de los federatas, toda una institución al que sólo le faltaba ir disfrazado de siriopiteco para llamar todavía más la atención. Pero había que andar con cuidado; aunque ni Uhlán ni Irmine, el planeta del que dependía administrativamente, pertenecían a la Federación, los chivatos de los federatas pululaban por todos los lados. Además de nuestro amigo podía haber otros espías más discretos, realmente dábamos por hecho que los había; pero los comerciantes independientes siempre hemos sabido hablar sin correr el peligro de ser escuchados por oídos indiscretos. Ya en el interior de mi nave, y con el distorsionador antiescuchas -un último modelo, en esto no escatimábamos gastos- activado, pudimos hablar con tranquilidad sobre el motivo de su visita.

Para burlar la vigilancia de los federales Joe había fingido descargar en Uhlán y partir de allí de vacío, algo que a nadie podía extrañar dado que en tan mísero lugar lo único exportable eran las garrapatas del desierto, gordas como perros y voraces como lobos. De hecho, yo también tenía previsto marchar sin cargamento alguno. Durante el viaje de vuelta su nave sería abordada por un carguero de los *Hienas* y, ya sin testigos molestos, el alijo sería transbordado en pleno vuelo. El resto era ya cosa suya.

Tomamos juntos la última copa, nos deseamos mutuamente suerte y cada mochuelo se fue a su olivo; los comerciantes independientes no podemos permitirnos el lujo del sentimentalismo. A la madrugada siguiente abandoné Uhlán, tan sólo unos minutos después de que lo hiciera mi amigo.

Durante algún tiempo anduve de aquí para allá por toda la zona exterior del Borde. Aunque por fortuna los fletes no me faltaron, ninguno de ellos fue lo suficientemente sustancioso como para permitirme pasar una temporada en lugares más civilizados. Habría pasado cerca de un mes desde nuestro último encuentro, cuando volví a tener noticias de Joe. Pese a que en principio no entraba en mis planes cruzar en ningún momento la frontera que separaba el Borde de los Mundos Prohibidos, me corría bastante prisa hacer entrega de un cargamento, puesto que la puntualidad estaba premiada con una prima. A veces el trazado de la frontera resulta ser bastante caprichoso, con entrantes y salientes que dificultan el rumbo forzando a dar largos rodeos para evitar atravesarla; y éste era precisamente mi caso. De no haber mediado la dichosa prima no lo hubiera intentado, pero tenía bastante prisa... además, la incursión sería corta y no me acercaría demasiado a ningún planeta. Así pues, me arriesgué.

Poco después, ya en el exterior del Borde, los detectores de la nave recogieron la señal de alarma de una radiobaliza. Según su código, correspondía a la nave de Joe. El goniómetro indicó que la señal procedía de un sistema planetario relativamente cercano, apenas a dos o tres parsecs de distancia, y una rápida comprobación de las cartas de navegación confirmó mis sospechas. Se trataba del planeta al cual había viajado con su cargamento de chips.

El azar volvía a cruzar nuestros destinos, pero en esta ocasión todo parecía indicar que tenía lugar bajo condiciones mucho más dramáticas. Durante unos instantes dudé sin saber que hacer, si dirigirme directamente en busca de mi amigo o, si como dictaba la prudencia, dar aviso a la Comandancia Federal o a la patrullera más cercana. Por fortuna en esta ocasión estaba limpio y mi cargamento era totalmente legal -bueno, casi-, y traspasar ligeramente la frontera para atajar tal como yo había hecho, máxime habiendo por medio una llamada de socorro, tan sólo me supondría una tibia reprimenda. Pese a todo, los federatas no eran tan mala gente.

Llamé, pues, por hiperradio a la comandancia de Amarante informando de lo sucedido. Me respondieron que mandarían una patrullera tan pronto como pudieran, pero por desgracia en esos momentos no se encontraba ninguna lo suficientemente cerca de allí; tenía gracia que, para una vez que se les necesitaba, tuvieran que brillar por su ausencia. Me ofrecí entonces a adelantarme a ellos, lo cual aceptaron a regañadientes; era evidente que no les entusiasmaba mi iniciativa, pero eran plenamente conscientes de los fuertes lazos de solidaridad que existían entre nosotros, y de sobra sabían que un comerciante independiente jamás dejaba en la estacada a un compañero. Eso sí, me bombardearon con advertencias de todo tipo que, tanto ellos como yo, teníamos la certeza de que me iba a saltar a la torera.

El caso es que me salí con la mía y, con el consentimiento más o menos tácito de los federatas -más adelante tendría que darles explicaciones por mi presencia allí, pero eso era algo que por el momento no me preocupaba- partí en auxilio de mi amigo.

La señal, aunque débil, me permitió localizar el foco emisor con relativa facilidad. Pero no se trataba de la nave tal como había esperado, sino de una radiobaliza situada en órbita geosincrónica. Esto complicaba las cosas; todos los buques cuentan con un sistema de alarma automático que se activa en caso de emergencia, y eso quería decir que mi amigo se encontraba en dificultades. Todavía no sabía que el pobre *Roeasteroides* era ya un fiambre, pero comencé a temer que le hubiera ocurrido algo.

Sabía que la radiobaliza debía de estar situada sobre la vertical de la astronave, posada con toda seguridad en la superficie del planeta; así pues, teniéndola localizada, inicié las

maniobras de aterrizaje adoptando, eso sí, toda una serie de precauciones que a buen seguro mi confiado amigo no había tenido en cuenta.

Con el alma en vilo desgrané la escasa media hora que me llevó atravesar la atmósfera lanzando continuas llamadas por la radio, ninguna de las cuales recibió respuesta. Este silencio no tenía por qué ser forzosamente malo, podía tratarse de una avería que hubiera afectado a la emisora de Joe; pero algo en mi interior intuía que era algo realmente grave, como efectivamente lo fue.

La nave de Joe se encontraba posada en mitad de un desolado páramo, desierto de todo tipo de vida animal y, casi, también de vegetal. Aparentemente se encontraba en buen estado y sin signo alguno de haber sufrido daños, pero cuando me posé apenas a cincuenta metros de ella descubrí algo que me heló la sangre: la escotilla estaba abierta de par en par, algo que en esas circunstancias jamás haría nadie en su sano juicio.

Con toda la rapidez que me permitía mi estado de ánimo concluí las maniobras de aterrizaje, eché mano de la pistola que todos llevábamos con nosotros pese a estarnos taxativamente prohibido, abrí la escotilla y, tras atisbar a uno y otro lado, eché pie a tierra con cautela. La tranquilidad era absoluta y no se oían más ruidos que el suave roce del viento al pasar a través de los raquíuticos arbustos que salpicaban el terreno, pero no me fiaba del aspecto inofensivo del entorno; algo le había pasado a Joe y, hasta que no lo descubriera, convenía ser precavido. Cerré la escotilla de mi nave y recorrí a la carrera la distancia que me separaba de mi destino, aunque no sin dejar de mirar constantemente hacia atrás.

La nave de Joe, como la mayor parte de las nuestras, tenía una cámara de descompresión que se abría a un corto pasillo en cuyo extremo, hacia proa, se encontraba la cabina, distribuyéndose a lo largo del mismo el resto de las dependencias del habitáculo. El portón de acceso a la bodega de carga se situaba en la popa, pero en esta ocasión el escaso volumen que ocupaba la mercancía transportada podía haber motivado que Joe no se hubiera molestado en abrirlo, prefiriendo utilizar la más cómoda escotilla. Esto no explicaba que la mantuviera abierta, salvo que en ese mismo momento hubiera recibido la visita de los nativos; pero entonces, ¿por qué razón había lanzado la radiobaliza de emergencia?

Decididamente las cosas no marchaban como deberían ir. Haciendo de tripas corazón - al fin y al cabo la violencia no es lo mío-, llegué hasta la escotilla, miré en su interior con precaución y, tras comprobar que allí no había nadie, me encaminé a la cabina, ya que la puerta interior de la cámara de descompresión se encontraba asimismo abierta. En la cabina tampoco había nadie... vivo. Su único ocupante era el cadáver de *Roasteroides*, brutalmente asesinado a juzgar por el lamentable aspecto de sus despojos.

Tras superar el golpe inicial registré la totalidad de la nave, bodega incluida, sin encontrar a nadie más en su interior, ni vivo ni muerto. Todo parecía indicar que mi amigo había sido víctima de un ataque de los nativos, los cuales se habían dedicado acto seguido a saquear concienzudamente el vehículo llevándose cuanto encontraron y destrozando el resto. El aspecto del mismo era, como cabe suponer, desolador.

¿Qué había podido ocurrir? No fue sino hasta más tarde, de vuelta ya a la civilización, cuando tuve ocasión de saberlo; todo se había debido a una absurda y trágica equivocación. Siempre que se procede a cartografiar un planeta, antes de todo es preciso definir cual de sus dos polos corresponde al norte, y cual al sur; en principio caben dos posibles opciones, ambas igualmente válidas. El criterio seguido, consiste en elegir aquélla en la que los sentidos de la rotación y la traslación coinciden con los de la Tierra. Pero el planeta al que viajó Joe, del cual ni tan siquiera llegó a conocer su nombre, no estaba cartografiado, y dio la maldita casualidad de que, con respecto al plano de la trayectoria de su nave, la eclíptica presentara un ángulo cercano a los 180 grados. Vamos, que todo estaba boca abajo. Joe no se debió de dar cuenta de que el planeta giraba al revés, al fin y al cabo él no era astrónomo, y como carecía de mapas de su superficie y sólo contaba con unas coordenadas geográficas, sucedió lo inevitable: se equivocó de hemisferio, aterrizando en el continente situado justo en las antípodas de su verdadero destino.

Esto no hubiera tenido mayor importancia -habría bastado con despegar y aterrizar en el lugar adecuado- de no mediar un hecho insólito, la existencia de grandes diferencias culturales entre las distintas regiones del planeta. Por sorprendente que pueda parecer, tal como he comentado anteriormente al hacer alusión a los legendarios e inverosímiles indios de la Tierra preimperial, en un lugar tan pequeño como era ese planeta coexistían varias culturas con distintos grados de civilización. Y por si fuera poco, los ya de por sí atrasados clientes de mi amigo resultaron ser el colmo de la sofisticación en comparación con los salvajes que habitaban en el lugar al que para desgracia suya fueron a dar sus huesos.

El resto resultaba fácil de adivinar. Confiado en ser recibido amistosamente, Joe debió de abandonar la astronave sin adoptar ningún tipo de precauciones, siendo asaltado y muerto por la horda bárbara con la que tropezó. Es de suponer que al ser atacado intentaría volver a la nave, donde fue cazado por sus perseguidores y asesinado de forma despiadada.

Y ahí estaba yo, encerrado en una ratonera y sin más compañía que un cadáver destrozado. En realidad nada se me había perdido allí y ni tan siquiera podía hacer lo más mínimo por ayudar a mi infortunado compañero, pero me dolía dejarlo tirado como un perro; al menos, se merecía un entierro decente.

Lo primero que hice fue cerrar la escotilla en previsión de nuevos asaltos. Por suerte los mandos de las astronaves solían estar contruidos con una gran robustez a prueba de

accidentes, de forma que, a pesar del desolador aspecto que presentaba la cabina, éstos respondieron con docilidad aislándome de cualquier peligro procedente del exterior. El siguiente paso consistió en programar al asistente de vuelo en modo de control remoto; mi intención era sacar a la astronave de allí, pilotándola desde la mía, y ponerla en órbita, donde podría ser recogida por los patrulleros.

Una vez hecho esto, tan sólo me quedaba volver a mi propia nave. Parecía sencillo, pero sentía miedo ante la perspectiva de tener que recorrer el espacio que separaba a los dos vehículos expuesto a una posible agresión de los asesinos de Joe. Ciertamente tenía una pistola y estaba sobre aviso, pero ¿qué podría hacer yo solo frente al ataque simultáneo de varios enemigos? Claro está que allí no me podía quedar.

Armándome de valor me dirigí hacia la escotilla. Mientras recorría el pasillo caí en la cuenta de que el cargamento de chips había desaparecido, probablemente robado por los nativos. Pese a lo dramático de la situación, este descubrimiento me hizo sonreír. ¿Para qué querían esos salvajes unos artefactos de alta tecnología cuya utilidad no podían ni tan siquiera sospechar? Resultaba irónico pensar que el pobre Joe había perdido la vida por culpa de algo que sus asesinos no sabían ni siquiera lo que era.

Recordé entonces algo que habíamos comentado en la conversación, que me parecía ya tan lejana, que mantuvimos en el astropuerto de Uhlán. Yo argumentaba que, sin compartir los criterios aislacionistas de la Federación respecto a los Mundos Prohibidos, sí pensaba que debía de haber ciertos límites en la venta de mercancías a estos planetas, ya que no sólo no tenía sentido, sino que además podría resultar contraproducente, poner en manos de gente tan atrasada objetos a los cuales no estaban acostumbrados y que podrían llegar incluso a ser peligrosos para ellos.

Joe se había burlado de mis temores afirmando que cada cual era muy dueño de hacer lo que más le apeteciera, y que si alguien prefería usar un libro para calzar una mesa coja en lugar de leerlo, estaba en su perfecto derecho de hacerlo. Y, aunque pudiera parecer incongruente vender a una sociedad medieval unos aparatos tan sofisticados como los holojuegos, eso no era problema nuestro, independientemente de para qué los utilizaran.

He de reconocer que no le faltaba razón; pero teniendo en cuenta el barbarismo de aquéllos en cuyas manos habían acabado cayendo los chips, el sarcasmo no dejaba de ser tremendo. Al fin y al cabo, los habitantes del hemisferio opuesto eran medianamente civilizados y disponían de aparatos reproductores, independientemente de que luego sus santones los pudieran utilizar como oráculos presuntamente divinos; pero ¿para qué les servirían los chips a unos salvajes que, según todos los indicios, estaban tan sólo un punto por encima de los animales?

Encogiéndome filosóficamente de hombros, decidí desentenderme del tema. Ahora mis preocupaciones eran otras mucho más urgentes, tenía que volver a mi nave con el pellejo a salvo. Entreabrí la escotilla lo justo para asomar cautelosamente la cabeza y, tras comprobar que nada perturbaba en apariencia la tranquilidad reinante, terminé de abrirla saltando al suelo.

Nada extraño se apreciaba en el espacio que mediaba entre las dos astronaves y, hasta donde me alcanzaba la vista, el terreno se mostraba desierto. Respirando profundamente el fino aire del planeta, cerré la escotilla de la nave de Joe, amartillé la pistola y eché a correr como alma que lleva el diablo.

Me faltarían cosa de dos o tres metros para llegar a mi nave, cuando esgrimí el mando a distancia que controlaba la apertura de la escotilla, con tal mala suerte que, por culpa de las prisas, se me escapó de las manos. Al intentar recogerlo sin detenerme trastabillé, y acabé dando con mis huesos en el suelo; este tropiezo me salvó la vida. Un fuerte golpe en el casco de la nave, justo al final de la trayectoria que había ocupado instantes antes mi cabeza, retumbó como un cañonazo en el silencio que me rodeaba. Perplejo descubrí que se trataba de un hacha, no por tosca menos efectiva a la hora de abrirte la sesera como si de un melón se tratara.

Me revolví en el suelo como buenamente pude, descubriendo que un gigantesco individuo se abalanzaba sobre mí con ánimo de clavarme una enorme lanza. Sin duda había estado al acecho aguardando a mi salida, y detrás de él pude vislumbrar de forma difusa la presencia de varios nativos más, quizá hasta media docena.

No lo dudé un solo instante, y gracias a mis reflejos evité quedar ensartado como una aceituna. Sin apuntar siquiera alcé la pistola y disparé a bocajarro, descerrajándole un tiro en mitad del pecho instantes antes de que me alcanzara con la afilada hoja. Mi pistola era un anticuado modelo de pólvora, nada de esas modernidades láseres que hacen ahora, lo cual fue una suerte dado que el ruido del disparo sirvió para espantar a los compañeros del muerto, que huyeron despavoridos. De no haber sido así, dudo mucho que hubiera podido defenderme de todos ellos.

Era evidente que la pistola les resultaba algo completamente desconocido que les aterrorizaba, lo que indicaba que al pobre Joe le habían cazado como a un conejo antes de que hubiera podido defenderse. Pero yo no estaba para deducciones lógicas ni sentía la menor curiosidad hacia las peculiaridades culturales de los salvajes, de eso ya se encargarán, si querían, los federales; tan sólo quería salir de allí lo más rápidamente posible. Pero en el transcurso de la refriega había perdido el mando que abría la escotilla.

Lo busqué desesperadamente mientras con el rabillo del ojo vigilaba un posible retorno de los atacantes, sin el menor resultado. Todo parecía indicar que debía de haber quedado debajo del cadáver que, tendido de bruces, yacía despatarrado en el suelo. Bien, no quedaba otro remedio, así que, haciendo de tripas corazón, me tragué mis escrúpulos y, tras asir al muerto por uno de los brazos -lo que me obligó a soltar la pistola para poder usar las dos manos-, intenté darle la vuelta.

El fiambre, un hombretón de dos metros de altura y envergadura a juego, apestaba a sudor rancio y a otros *perfumes* de origen inidentificable, pero no menos nauseabundos. Estaba desnudo a excepción de un tosco taparrabos, pero buena parte de su piel, curtida por el sol y la intemperie, se encontraba recubierta de complicados tatuajes. El pelo, largo y enmarañado, presentaba un aspecto sucio y grasiento que a buen seguro haría las delicias de la fauna residente en tan intrincada selva.

Me costó bastante trabajo ponerlo boca arriba; el fulano debía de pesar al menos sus buenos cien kilos, y no precisamente de grasa sino de puro músculo. Comprobé entonces que mi disparo no había podido ser más afortunado, ya que la bala, de un respetable calibre, había abierto un enorme agujero justo a la altura del esternón. Dadas las circunstancias, podía decirse que acababa de nacer de nuevo.

Pero no era eso lo que me preocupaba en ese momento, sino el dichoso mando a distancia. Y allí estaba, al lado de la mancha de sangre producida por la herida. Lo recogí con precipitación, eché mano también a la pistola y, tras comprobar que no había moros en la costa, ya más tranquilo procedí a abrir la escotilla, que en esos momentos se me mostraba como si fueran las mismísimas puertas del Paraíso.

Nada me quedaba ya por hacer, salvo entrar en mi nave y largarme de allí con viento fresco, pero mi instinto de cazador afloró repentinamente tentándome con el capricho de un trofeo. Al fin y al cabo, me dije, una vez pasado el peligro ¿por qué no llevarme un recuerdo de la refriega con el que poder presumir en las cantinas de los astropuertos?

Dicho y hecho. Aunque el posible botín no podía ser más mísero, fijé mi atención en las armas de mi víctima, el hacha y la lanza con las que había estado a punto mismo de mandarme al otro barrio. Recogí primero el hacha, que yacía junto al casco contra el cual había chocado, y me volví a continuación a por la lanza, que había quedado tendida al lado del cadáver. Esto hizo que por vez primera viera su rostro, en el cual la brutalidad de sus rasgos hacía difícil sospechar que alguna vez sus mucho más civilizados antepasados hubieran podido atravesar el universo, a bordo de astronaves, hasta llegar a ese piojoso rincón de la galaxia.

Pero lo que más me llamó la atención, fueron unos curiosos pendientes que colgaban de sus orejas, los cuales parecían ser de un diseño demasiado refinado como para poder ser un producto de la tosca industria local. Tras asegurarme una vez más de la inexistencia de enemigos, y picado por la curiosidad, me incliné sobre la cabeza del muerto para poderlos observar con mayor detenimiento; y los identifiqué al instante, vaya si los identifiqué... se trataba de los chips robados a mi amigo Joe que, perforados y ensartados en un burdo cordón, ahora ejercían de paradójicas joyas de ese café.

No eran éstos los únicos adornos de este tipo que exhibía el salvaje, ya que varios más habían sido cosidos de forma caprichosa al taparrabos y otros dos oficiaban de sendos *piercings* en las tetillas del muerto. Al parecer los asesinos de Joe habían dado un gran valor al puñado de cristalitos negros robados de su nave, encontrando para los mismos un insólito uso ornamental que ni tan siquiera habían sospechado ni sus fabricantes ni sus legítimos destinatarios... pero no por ello menos funcional, al menos conforme a sus exóticos criterios.

El atisbo de una sombra fugaz escabulléndose en la lejanía me recordó que seguía estando en peligro. Puede que fuera tan sólo un animal inofensivo, o quizá un simple juego de luces, pero preferí no correr riesgos innecesarios. Así pues, sin encomendarme ni a Dios ni al diablo eché mano a la lanza, que no era cuestión de quedarme sin el recuerdo, y me zambullí en el acogedor refugio de la nave, cerrando precipitadamente la escotilla desde dentro. Una vez a salvo, y apenas hube recuperado el resuello, me precipité al cuarto de baño para echar hasta la primera papilla. El susto había sido de campeonato, y ahora me tocaba pagar la factura.

Tras darle un buen tiento a la botella de bourbon que guardaba para las ocasiones en las que necesitaba tranquilizarme rápidamente, y relajarme con una ducha que me supo a gloria, abandoné el maldito planeta llevando tras de mí, como si se tratara de un obediente perrito faldero, el improvisado ataúd en el que se había convertido la nave de mi compañero. Me puse en órbita justo en el lugar marcado por la radiobaliza, mandé un mensaje a los patrulleros que, como cabía esperar, seguían brillando por su ausencia, y me senté a esperar no sin antes poner a buen recaudo mis trofeos, no fuera a ser que me los requisaran después de haberme jugado el pellejo.

Dadas las circunstancias los federatas fueron bastante considerados conmigo, pero no conseguí librarme de su amable *invitación* de acompañarlos hasta Amarante. Allí fui sometido a un minucioso interrogatorio, siempre en condición de testigo y, tras agradecerme la ayuda prestada -habría andado listo si llego a esperarlos antes de aterrizar en el planeta- me dieron permiso para largarme, así que no dejé que me lo dijeran dos veces. Aunque estaba completamente limpio y me trataron con todo respeto, no dejaba de encontrarme incómodo en su compañía, supongo que sería por la falta de costumbre. En

cuanto a Joe, me dijeron que ellos se harían cargo de todo, así que me desentendí del asunto. Más adelante le honraríamos convenientemente en las tabernas del Borde, ya que los comerciantes independientes solemos ser poco amigos de funerales y zarandajas por el estilo. Eso sí, me consta que, de haber podido dar su opinión, el viejo *Roeasteroides* habría estado de acuerdo con nosotros.

De momento eso fue todo. Puesto que Joe, al igual que la mayor parte de nosotros, carecía de familia que pudiera reclamar sus bienes, los federales procedieron a subastar la astronave entregando su importe, una vez descontado los gastos del sepelio, al Montepío de Comerciantes, el cual se encargó a su vez de repartirlos entre sus asociados. Por haber sido yo quien la rescatara me correspondió un buen pellizco, lo que me permitió ir tirando durante una temporada sin necesidad de complicarme demasiado la vida por esos andurriales. Todavía estaba muy lejos de sospechar que me la acabaría complicando, y de qué manera.

Todo empezó cuando un buen día decidí enseñar a mis amigos los *recuerdos* que me había traído del planeta, esto es, el hacha y la lanza que arrebaté al nativo muerto. Me encontraba en Tangalia y habíamos decidido dar una pequeña fiesta en honor a Joe, así que la ocasión no podía venir mejor pintada. La verdad es que, después de esconder precipitadamente las armas para evitar que éstas fueran descubiertas por los federales, me había olvidado de ellas. Así pues las busqué y, dado que estaban completamente cubiertas por una gruesa capa de mugre cuya naturaleza era mejor no intentar de averiguar, me puse a limpiarlas concienzudamente con objeto de poder presumir de ellas.

Pese a mi impresión inicial, precipitada a causa de las circunstancias, las hojas resultaron no ser de piedra tal como había creído en un principio, sino metálicas y además bastante pesadas. Yo supuse que debería de tratarse de algún tipo de bronce, pero cuando después de bastantes esfuerzos conseguí dejarlas limpias, descubrí con asombro que brillaban con un hermoso tono dorado.

No podía ser, tenía que estar equivocado; tanto el hacha como la lanza parecían ser de oro... pero tenían que ser de otra cosa, quizá latón o algo similar, ya que era inconcebible que esos salvajes pudieran tener en su poder semejante tesoro.

Puesto que mis conocimientos de joyería no podían ser más limitados, limé cuidadosamente una de las piezas y, recogiendo las limaduras en una bolsita, se las llevé a un joyero -bueno, en realidad estaba más cerca de ser perista- de confianza, el cual confirmó al cien por cien mis sospechas: se trataba de oro puro de 24 kilates, ni tan siquiera llevaba la mezcla de cobre que suelen añadirle los joyeros para hacerlo más resistente al desgaste. Como mucho había algunos pequeños rastros de plata, que él atribuyó a las propias impurezas de la mena.

Tras soltarle al perista una excusa improvisada, me marché precipitadamente de su tugurio. En mi nave guardaba una pequeña fortuna sin haberlo sospechado siquiera, y desde luego era mi intención sacarle el mayor partido posible... pero no allí, por supuesto, ya que en un sitio tan pequeño todo se acababa sabiendo y no me convenía compartir mi secreto con nadie. Bien, no les voy a aburrir con detalles poco importantes. Celebramos la fiesta, por supuesto, pero me cuidé mucho de enseñar a nadie mis tesoros. Me marché de Tangalia en cuanto pude sin correr el riesgo de levantar sospechas por mi precipitación, y conseguí colocar la mercancía a buen precio en el mercado libre de Tarsis. Con el dinero obtenido le di un buen remozado al cascajo con el que me ganaba la vida, que buena falta le hacía... y entonces me tentó la codicia.

Todo parecía indicar que el continente en el que habitaban los salvajes debía de ser extremadamente rico en oro, ya que sólo así se explicaba que éstos lo utilizaran para utensilios tan comunes como sus propias armas. Y puesto que nadie, ni tan siquiera los propios federales, podía sospechar la fortuna que se escondía en ese desecho de la galaxia, mi secreto estaba aparentemente bien guardado. Hice mis cálculos y deduje que, con un único viaje que me resultara fructífero, podría obtener tal ganancia que me permitiría retirarme para siempre, que los años ya comienzan a pesar y cada vez se me pone más cuesta arriba ir de planeta en planeta. Por suerte soy ahorrador, así que, con lo que ganara y con el importe de la venta de la astronave tendría probablemente suficiente para vivir tranquilamente de las rentas durante el resto de mi vida. Y si pese a todo no era suficiente, siempre podría hacer un segundo viaje...

Así pues, puse manos a la obra. Adquirir un cargamento de chatarra informática me resultó sencillo, además de barato; total, si los salvajes iban a usar los chips de adorno, tanto daba que éstos fueran del último modelo o de desecho; total, no se iban a enterar. Viajar hasta el Borde y burlar a los federales tampoco tendría que ser demasiado difícil, ya que había tenido ocasión de comprobar que no debían de aparecer mucho por allí.

Y así estoy ahora, camino de ese planeta sin nombre -en los mapas estelares figura con un simple código alfanumérico- al que yo me he permitido bautizar pomposamente como Eldorado. Todavía queda otro escollo pendiente, sin duda el más peliagudo de todos, entrar en contacto con los salvajes sin que me rebanen el cuello y convencerlos para que acepten mis bonitas *joyas* a cambio de sus *vulgares* cacharros. ¿Lo conseguiré? Espero que sí, pero soy consciente de que corro el riesgo de que mis huesos acaben blanqueándose bajo el implacable sol de Eldorado. Por esta razón, y por si así ocurriera, dejo escrito este relato en el cuaderno de bitácora, pidiendo a quien lo encontrara que tenga la piedad de enterrar mis despojos.

Salud.

FIAT LUX

Probablemente, ya desde el instante mismo en que el primer mono alzó sus ojos al firmamento, preguntándose qué podrían ser esas enigmáticas luces que brillaban allá en lo alto, la humanidad se planteó como uno de sus principales retos descubrir el misterio que se ocultaba *allá arriba*.

En un principio, y a falta de información fidedigna, recurrió a su fértil imaginación poblándolo de ángeles y diablos, o dioses y antidioses de todo tipo, hasta tejer en torno suyo las más bellas leyendas surgidas jamás de una mente humana. Más tarde vendrían épocas racionalistas, en las cuales la ciencia se encargó de liquidar, casi diríase que con sañuda crueldad, todo este acervo romántico varias meces milenario. La Vía Láctea ya no eran las salpicaduras de la leche de Amaltea, nodriza del divino Zeus, sino una prosaica - aunque bella- agrupación de miles de millones de estrellas que rotaban en torno a un eje común. Hércules, Andrómeda, Casiopea, Pegaso, y tantos otros poéticos nombres, dejaron de emular a sus homónimos mitológicos para quedar reducidas a simples configuraciones de estrellas, completamente arbitrarias además y, por supuesto, incapaces de influir en modo alguno en el devenir de los mortales. Júpiter, Saturno, Marte, Venus... se convirtieron en simples planetas, desprovistos ya de su primitiva aura divina. Incluso la Luna y el Sol, tan venerados en el pasado por multitud de civilizaciones, se vieron privados de sus seculares identificaciones con Selene y Helios, limitados a su condición astronómicas de compañeros siderales de la Tierra a lo largo de su milenaria travesía cósmica.

Pero no todo estaba perdido. Los astrónomos, en un principio con sus toscos telescopios, y más tarde con artefactos cada vez más sofisticados, auxiliados asimismo por sondas espaciales capaces de llegar hasta donde no podía hacerlo el inquieto hijo de Adán, pronto empezaron a desvelar maravillas ni tan siquiera sospechadas por los ancestros de estas nuevas y tecnificadas generaciones.

Cierto, en el universo no habitaban dioses de ningún tipo, ni tampoco se encontraron rastros de ángeles o diablos, pero en su seno existían maravillas tales como los anillos de Saturno, los sorprendentemente variados satélites de los planetas gigantes, el intrincado y a la vez sutil mecanismo que regulaba la compleja danza cósmica de las decenas de miles de astros de todos los tamaños que conformaban el cada vez más complejo Sistema Solar...

Fuera de nuestro Sistema Solar, los regalos florecían asimismo por doquier. Galaxias majestuosas, convulsas nebulosas de insospechadas configuraciones y sorprendentes colores, brillantes estrellas oficiando a modo de faros cósmicos, apocalípticas supernovas cuya muerte alentaba el nacimiento de nuevos astros, abigarrados cúmulos estelares en los

que las estrellas se arracimaban hasta casi tocarse... Y otras muchas maravillas que los toscos y limitados sentidos del Hombre, aun auxiliados por las prótesis de sus potentes instrumentos, a duras penas eran capaces de discernir, fenómenos en definitiva que se escapaban por completo a la reducida capacidad de aprehensión humana pero que, pese a todo, podían ser de una u otra manera intuitivos.

“No puede ser que toda esta riqueza no llegue nunca a ser disfrutada”. - dijeron unos.

“Dios, en su omnipotencia, ha debido crear el universo para goce de todas sus criaturas”. -apostillaban los creyentes, añadiendo:

“Si en algún lugar, o en algún tiempo, existe o ha existido el Edén, éste ha de ser buscado en el infinito e inabarcable universo”.

Y el Hombre se dispuso a reclamar su herencia... o la de otros, porque cada vez comenzó a calar con mayor fuerza en su subconsciente colectivo la idea de que no podía encontrarse solo; sería una crueldad no poder compartir tanta riqueza con sus anhelados hermanos cósmicos.

Y los buscó, cada vez con mayor ahínco. En un principio, cuando todavía estaba constreñido a los estrechos límites de su mundo natal, se dedicó a hacerlo de la única manera que le era posible, con su imaginación. Más tarde, cuando sus toscos vehículos espaciales comenzaron a abandonar la Tierra arañando apenas la piel de su firmamento más cercano, probó suerte en los pocos astros que se encontraban a su alcance, aunque sin el menor resultado; El Sistema Solar jamás había alentado otra vida que aquella que surgiera, probablemente de forma accidental, en los cálidos mares de una recién nacida Tierra, y el Hombre descubrió, o mejor dicho, confirmó, lo que ya temiera: carecía de congéneres que pudieran compartir con él los rayos benéficos de un mismo Sol.

Este fracaso no le arredró. Más allá de los helados confines del Sistema Solar había miles, millones de estrellas, y muchas de ellas eran similares a aquella que los alentaba. ¿Por qué no podían girar en torno suyo planetas que fueran el hogar de humanidades hermanas? Tanto la lógica, como las leyes de la probabilidad, determinaban que debería ser así.

Por desgracia, las estrellas estaban demasiado lejos de su alcance. Ni aun con el esfuerzo conjuntado de varias generaciones sucesivas, la humanidad lograría llegar siquiera a las más cercanas... y presumiblemente, lo mismo les ocurriría a los hipotéticos habitantes de las mismas.

“El Hombre -decían los científicos- es muy probable que no esté solo en el universo, pero de lo que no cabe duda, es de que está aislado por la vastedad de las distancias interestelares, y casi con toda seguridad lo seguirá estando hasta el final de sus días”.

La Historia demuestra, no obstante, que el Hombre suele acabar burlándose de cuantos obstáculos puedan interponerse en su camino. Lo hizo en el pasado una y otra vez, saltando limpiamente por encima de barreras que hasta poco antes habían sido tenidas por infranqueables, y lo volvió a hacer una vez más dando pruebas de que su inventiva, siempre pareja a su intrepidez, parecía no tener límites. Así, tras una lucha tenaz no exenta de fracasos, pero salpicada asimismo de aciertos, logró finalmente algo que muchos habían tachado de imposible, salvar la barrera que le separaba de las estrellas.

Cuando el primer astronauta terrestre holló con sus pisadas un astro remoto que giraba en torno a otro sol, la humanidad fue consciente de que acababa de abrirse una nueva época en el varias veces milenario devenir de su historia.

La exploración de los sistemas solares cercanos en un radio de unos pocos años luz de distancia -todo lo que podían recorrer sus primeros, y todavía primitivos, vehículos interestelares-, rindió pingües resultados a la ciencia, pero el interés básico que había inducido a visitarlos, la búsqueda de inteligencias extrasolares, tampoco pudo rendir el menor resultado. De hecho, los astronautas fueron incapaces de encontrar siquiera un único planeta apto para la vida. Habían descubierto, eso sí, un buen puñado de sistemas planetarios extremadamente complejos, a la par que interesantes en su fascinante diversidad, pero el Hombre seguía estando solo.

Claro está que, pese a la vertiginosa expansión de sus fronteras, las regiones conocidas por el Hombre eran apenas una infinitésima fracción de la inconmensurable vastedad del universo. Más allá del limitado alcance de sus vehículos seguía habiendo millones, billones, trillones de estrellas aguardando ser visitadas... que seguían estando demasiado lejos. Pero el Hombre no se arredró.

Lenta, pero de forma tenaz, sin cejar nunca en el empeño y sin retroceder jamás, la humanidad fue llegando cada vez más lejos. Sus proezas eran apenas nada comparadas con la inmensidad que todavía quedaba fuera de su alcance, pero suponían no obstante lo suficiente como para mantener vivo el espíritu milenario del *plus ultra* que había imbuido a la especie humana ya desde que sus remotos ancestros abandonaran su cuna africana en busca de nuevos y desconocidos horizontes; siempre más allá.

Poco a poco se fueron alcanzando nuevos sistemas planetarios cada vez más lejanos, cada vez más extraños... y siempre desiertos. En algunos de ellos, no obstante, se descubrieron al fin los ansiados rastros de vida, pero en la totalidad de los casos ésta no

pasaba de estar limitada a las etapas más embrionarias de su desarrollo, muy alejada por tanto no sólo del nivel necesario para que pudiera prender en ella la chispa de la inteligencia, sino incluso de una ecología mínimamente evolucionada. Se dejaron tranquilos, pues, a estos planetas; quizá dentro de varios miles de millones de años, cuando del hombre no quedara ya ni tan siquiera el recuerdo de su paso por el universo, pudiera repetirse en ellos el milagro que condujo a la aparición del *Homo sapiens* sobre la faz de la Tierra.

En determinadas ocasiones se decidió, por el contrario, terraformar planetas desprovistos de vida pero en los cuales, merced a colosales proyectos de transformación, se confiaba en poder trasplantar en su día la vida originaria de la Tierra. En el mejor de los casos el proceso llevaría siglos, quizá milenios, pero no era esta dificultad algo que arredrara a sus promotores; aunque ellos no pudieran ver concluida su obra, ya lo harían sus descendientes. Lo que importaba era la humanidad en su conjunto, no ninguno de sus efímeros miembros.

Transcurrieron los años, y las generaciones se sucedieron las unas a las otras sobre la faz de la Tierra y, cada vez con mayor firmeza, en la siempre creciente fracción del cosmos dominada por su inquieta progenie. Eran ya muchos los planetas habitados, y todavía más los explorados que resultaron no ser aptos para la vida... para ningún tipo de vida. Pese a los cada vez más poderosos medios de que disponía, la humanidad seguía sin encontrar a sus iguales, anidando en ella, cada vez con mayor desazón, el terrible temor de que pudiera encontrarse realmente sola en el universo.

Mientras tanto el Hombre había evolucionado, convirtiéndose en algo muy diferente no sólo a los homínidos ancestrales, sino también al remoto antepasado que pergeñara las primeras y todavía balbuceantes tentativas de abandonar su minúsculo mundo natal. Si bien su cuerpo seguía conservando el patrimonio genético heredado de su pasado, su mente era infinitamente más poderosa, y los medios materiales puestos a su alcance corrían parejos con ella. El hogar humano se extendía por buena parte de la Vía Láctea, y el resto de ella le ocultaba ya pocos secretos; pero el Hombre seguía estando solo.

Quizá no ocurriera así en otras galaxias, proclamaban los más optimistas. ¿Por qué no imaginar que cada uno de estos universos isla pudiera ser el hogar de una única inteligencia cósmica? Al fin y al cabo, entre los miles de millones de galaxias que salpicaban la vastedad del universo, era imposible creer que sólo en la nuestra hubiera fructificado el milagro de la vida. Pero seguían estando demasiado lejos...

La humanidad ya no medía el tiempo por años, sino por milenios. Poco tenía ya en común su sofisticada capacidad mental con la de sus remotos ancestros, pero seguía compartiendo con éstos su espíritu de ir siempre más allá, en busca de la última frontera.

El salto a otras galaxias llegó al fin, con esa inexorabilidad que había determinado desde tiempos inmemoriales el devenir humano. Y allí buscó de nuevo el Hombre a sus iguales, con el mismo afán de siempre pero con idéntico y frustrante resultado.

La humanidad era capaz ahora de realizar maravillas manipulando a su antojo el entorno que le rodeaba, pudiendo incluso adaptar galaxias enteras a sus propias conveniencias. Podía modelar también a los seres vivos que le habían acompañado en el largo y tortuoso camino de la evolución, dotándoles de una inteligencia que los convirtiera casi en sus iguales; y así lo hizo, en busca de la compañía que tan desesperadamente necesitaba.

El Hombre, en definitiva, había llegado a ser casi un dios... pero no era Dios, ya que seguían quedando completamente fuera de su alcance algunas atribuciones divinas tales como la de crear vida de la nada, algo muy diferente a transformar la ya existente; porque estas nuevas humanidades, modeladas a su imagen y semejanza a partir de un acervo genético común, no eran en realidad sino avatares de él mismo, con los cuales compartía el afán común de buscar a sus verdaderos e inencontrables hermanos cósmicos.

Y seguía estando solo.

El Hombre continuó evolucionando, cada vez menos sujeto a la tiranía de la carne y cada vez más dueño de su propia y poderosa mente. El Universo entero estaba sometido ahora a su dominio, aunque había pasado mucho tiempo desde que dejara de habitar en los minúsculos y efímeros -para su actual escala temporal- planetas. Su longevidad era ahora comparable a la de las estrellas, a las cuales veía nacer, florecer y morir de forma habitual.. El Hombre ya no habitaba en el Universo, *era* el Universo. Pero carecía de compañía alguna.

Y seguía sin ser Dios, puesto que tampoco era inmortal. Aunque la duración de su vida habría resultado inconmensurable para uno de sus remotos ancestros de carne y hueso, también tenía marcado su fin... y éste, finalmente, llegó a la par que se extinguían las últimas estrellas del Universo que en su tenacidad había logrado hacer suyo.

Su vida había sido larga y gloriosa, pero el Hombre murió con la amargura no haber sido capaz de encontrar a un solo ser inteligente en toda la inmensidad del Cosmos.

Y sin embargo, éstos habían existido, y coexistido con él, durante la totalidad de su periplo vital. De hecho, ya desde el mismo momento de su surgimiento el Universo había bullido de vida, de una vida multiforme e inimaginablemente versátil que, lejos de ceñirse a parámetro alguno, parecía querer burlarse de todos ellos, dando como inevitable corolario la aparición de infinitos tipos de posibles inteligencias que habían florecido por doquier a lo largo del longevo devenir del Universo. Ya fuera en el seno ardiente de las estrellas, en las

aparentemente desiertas vastedades intergalácticas, en los helados confines de un remoto sistema solar o en el inhóspito corazón de una nebulosa gaseosa, allá donde la materia o la energía estuvieran presentes en cualquiera de sus posibles manifestaciones, allá habían surgido en algún momento la vida y su consecuencia lógica, la inteligencia.

Pero el Hombre, imbuido por su obscuro antropocentrismo, había sido incapaz de percibir, de intuir siquiera incluso en las etapas postreras y más evolucionadas de su largo periplo vital, que nunca había estado solo, independientemente de lo dispares que hubieran podido resultar sus homólogos, unos compañeros cósmicos con los que había compartido no obstante la capacidad del razonamiento abstracto. En realidad le hubiera bastado con buscar por cualquier lado, puesto que en cualquiera de ellos los habría podido encontrar... de haber sabido mirar olvidándose, siquiera por una sola vez, de unos parámetros que siempre creyó absolutos, cuando en realidad tan sólo resultaban válidos para él.

Su tragedia, su gran tragedia, fue la de creerse aislado en el seno de una compleja y bulliciosa multitud a la que resultó incapaz de reconocer. Fue una verdadera lástima, puesto que durante mucho tiempo le estuvieron esperando... en vano.

NUDISMO INTEGRAL

Ser comerciante independiente tiene innegables ventajas; no estás sometido al arbitrio ni a los caprichos de nadie y puedes vagar libremente por todos los mundos de la galaxia sin estar sometido a más voluntad que la tuya propia. Para alguien con un carácter tan indómito como el mío, ésta es una bendición del cielo que no cambiaría por nada.

Pero también tiene, no cabe duda, sus inconvenientes, algunos de los cuales resultan ser bastante importantes como para no ser tenidos en cuenta. Y lo peor no son, como pudiera pensarse, las malas rachas que a todos nosotros nos ha tocado atravesar alguna vez. Como es sabido, el descubrimiento repentino de los motores hiperlumínicos provocó una expansión caótica y explosiva de la humanidad que se tradujo en la aparición de multitud de nuevas colonias en mundos vírgenes, cada cual sujeta a su libre albedrío -aún hoy el gobierno de la Tierra es incapaz de domeñar a la mayor parte de ellas- y, en muchas ocasiones, evolucionada según parámetros que cualquier visitante consideraría, como poco, heterodoxos cuando no decididamente aberrantes. De hecho, la Gran Expansión permitió que todos los grupos sociales minoritarios del planeta madre, que hasta entonces habían vegetado cuando no habían sido abiertamente perseguidos, pudieran poner en pie sus propias y particulares utopías sin que nadie viniera a impedirselo.

Algunos fracasaron, otros fueron reconducidos hacia la *normalidad* y otros, por último, lograron salir adelante pese a todo pronóstico, consolidando sus peculiares maneras de entender la vida. Esto hizo que la vasta región de la galaxia colonizada por la especie humana, y en especial los mundos más alejados y por ello más a salvo de las corrientes imperialistas que desde hacía mucho dominaban en la Tierra, se convirtiera en un variopinto mosaico de culturas y sociedades capaces, según los casos, de escandalizar hasta al más templado.

Éstos suelen ser también los mundos en los que nuestra actividad es más rentable, ya que al tratarse de planetas aislados -la mayor parte de las veces voluntariamente- de sus vecinos, los comerciantes independientes somos su única fuente de mercancías y suministros provenientes del exterior, amén de los únicos extranjeros tolerados en sus particulares paraísos. En contraprestación, lo único que se nos exige es que respetemos escrupulosamente los tabúes locales, algo que no siempre resulta fácil dado lo estrambótico de sus costumbres.

Éste es precisamente el caso de Edén, un planeta rico en toda clase de materias primas, a la par que ávido de productos manufacturados procedentes del exterior, poblado por los descendientes de una secta religiosa radical que, en su fanatismo, pretendía retornar a las

idílicas condiciones de vida que, según ellos, reinaban en el Paraíso Terrenal antes de que Adán y Eva cometieran el nefando Pecado Original. Sus intentos de imitación habían llegado a tal extremo que, argumentando que nuestros primeros padres iban desnudos, se habían convertido por decisión propia en la primera religión nudista integral, prohibiéndose cualquier tipo de vestimenta e incluso la menor pieza de tela capaz de cubrir siquiera una mínima parte del cuerpo. Y esto rezaba, por supuesto, no sólo para los nativos, sino también para los escasos visitantes a los que se les permitía la entrada.

Bien, no es que me importara demasiado tener que ir en pelota picada por ahí; aunque al principio puedas sentirte cohibido, al fin y al cabo el pudor por la desnudez no deja de ser un hábito cultural, y cuando todo el mundo anda igual que tú acabas acostumbrándote a ello. Tampoco me importó que, en una nueva vuelta de tuerca de su celo religioso, me obligaran a depilarme hasta el último centímetro de mi cuerpo dado que, según sus santones, el pelo no dejaba de ser un tipo de vestimenta natural tan reprochable ante los ojos de Dios como la artificial; me sentía raro, por supuesto, pero no se trataba de nada que resultara especialmente molesto. Además, el pelo no tarda en crecer de nuevo.

Lo que ya fue harina de otro costal, era el repudio, impuesto por los sectores más extremistas de su religión, de la propia piel, considerada asimismo como una indumentaria impura que impedía la comunión completa con Dios. Así pues, muy a mi pesar tuve que aceptar someterme a un desollado total, tal como era obligatorio desde hacía algún tiempo en el dichoso planeta. Por fortuna los cirujanos locales eran hábiles -cómo si no podrían llevar adelante tan desquiciada intervención- e inmediatamente después de arrancarte la piel te colocaban en su lugar una fina capa de un polímero transparente que protegía al desguarnecido cuerpo de posibles heridas e infecciones sin impedir la deseada exhibición del cuerpo ante la gloria de Dios, ya sin obstáculos de ninguna clase. Y eso me dolió bastante a pesar de la anestesia, amén de que resultaba turbador verse convertido en un atlas de anatomía ambulante.

Por fortuna, una vez concluidos mis negocios, ya estoy de vuelta en mi astronave, refugiado en la cálida soledad del espacio y libre al fin de imposiciones absurdas y caprichosas. Gracias a los metales valiosos que abarrotan la bodega, los cuales podré vender a buen precio en lugares más civilizados de la galaxia, podré permitirme el lujo de no volver al maldito Edén en una buena temporada; tengo bastante aprecio a mi pellejo, y puedo asegurar que no es ninguna frase hecha.

Eso sí, antes de aterrizar será conveniente esperar a que se me regeneren por completo la piel y las uñas, no sea que me vayan a detener por escándalo público.

UNA MANSIÓN EN EL CIELO

-Entonces, dice usted que...

-Lo afirmo y lo mantengo; nuestra oferta es, con diferencia, la mejor de todo el mercado. Nuestros asteroides serán auténticos troyanos terrestres, lo que nos permitirá prescindir de costosos y complicados sistemas de climatización artificial; en ellos el clima será tan natural como en la Tierra, puesto que discurrirán por órbitas idénticas a la de nuestro planeta; ¡qué digo igual! Superior, puesto que estará totalmente controlado.

-Sí, pero sus precios son muy superiores a los de otras compañías...

-¡Vaya, veo que usted es de los que les gusta comparar antes de comprar! Me agrada, puesto que nosotros queremos que nuestros clientes sean exigentes y compren convencidos de lo que adquieren. Y respondiendo a su pregunta, ¿cómo no lo van a ser, mi querido amigo? La calidad no se regala, y quien intente convencerlo de lo contrario seguro que está intentando engañarlo. Nosotros, por el contrario, somos sinceros. ¿Sabe usted cuánto cuesta arrancar un asteroide de su órbita natural, traerlo desde más allá de Marte y colocarlo en una órbita estable en uno de los Puntos de Lagrange de la Tierra? Hay que darle un período de rotación cercano a las veinticuatro horas, para lo cual hay que frenarlo puesto que suelen rotar con mucha más rapidez, darle a su eje la inclinación correcta, eliminar posibles bamboleos... no es nada fácil hacerlo, aunque desde luego merece la pena. Además queremos que nuestros futuros clientes disfruten de intimidad, así que nos comprometemos a respetar una distancia mínima de cien mil kilómetros entre cualquiera dos asteroides vecinos.

-No, si yo no digo que...

-Claro que no, y le agradezco que me exprese usted todos sus reparos ya que esto me permite explicárselo con mayor detenimiento. La estabilización rotatoria y orbital es sin duda una importante ventaja, pero en modo alguno la única que le ofrece nuestra compañía. Nuestros asteroides estarán equipados con un generador de gravedad artificial de última generación, nada que ver con esas chapuzas -el vendedor hizo un teatral gesto de desagrado para enfatizar su explicación- que se ven por ahí y que, se mire como se mire, a la larga no dejan de ser un engorro. Estos generadores, además de proporcionarle un mayor confort, permiten asimismo mantener una atmósfera de presión similar a la terrestre sin necesidad de tener que recurrir a esos toscos caparzones con los que otras compañías envuelven a sus asteroides. No, le puedo asegurar que entre su residencia y el firmamento no habrá el menor obstáculo... salvo, claro está, un campo electrostático completamente invisible al ojo humano cuya misión será la de filtrar al cien por cien la radiación ultravioleta y cualquier

otro tipo de ondas ionizantes, así como las partículas cargadas del viento solar. En nuestros asteroides estará usted tan seguro, incluso en las condiciones más inhóspitas, como en su propia casa... porque realmente estará en su casa.

-Eso es importante. -reconoció el potencial cliente- Pero de todos modos, sigo insistiendo en que el precio...

-Amigo mío, permítame que siga insistiendo en que lo barato tarde o temprano acaba saliendo caro. Y aunque le haya explicado ya varias de las ventajas de nuestra promoción, todavía tengo que mostrarle bastantes más. Por cierto, ¿le apetece un cigarro? Tengo unos habanos magníficos. ¡Ah, no fuma! Bien, entonces ¿me permite invitarle a tomar un refresco? ¿O prefiere una copa? Mari Puri -habló por el interfono- haga el favor de traernos una botella de... ¿brandy, whisky, ron...? -se dirigió a su interlocutor- Que sea brandy, del reserva, claro, y un par de copas.

-Le estaba diciendo que había otras muchas ventajas. -continuó el anfitrión una vez que la secretaria hubo traído lo solicitado- Y es que mi compañía no tiene el menor reparo en buscar lo mejor para sus clientes, no en vano nuestra divisa es "*La calidad ante todo*".

Dio un pequeño y protocolario sorbo a su copa y explicó:

-Para empezar, es muy fácil coger el primer pedrusco que te salga al encuentro, hacerle un simulacro de terraformación y vendérselo al primer incauto que tenga la suerte de cruzarse en tu camino; pero nosotros no actuamos así.

»En primer lugar, nuestra selección de los asteroides vírgenes es exhaustiva, y le puedo asegurar que no resulta fácil encontrar uno adecuado; no al menos si queremos que cumpla con nuestros requisitos de composición geológica, forma y tamaño, y que además esté libre de derechos... Nuestros asteroides son con diferencia los de mayor esfericidad del mercado, y su tamaño medio, fíjese usted bien en esto, viene oscilando entre los cinco y los diez kilómetros de diámetro, nada que ver con esos ridículos guijarros que intentan vender por ahí.

Hizo una pausa fingiendo hacer unos cálculos mentales cuyos resultados conocía de memoria y continuó:

-Eso nos da una media de entre ocho mil y más de treinta mil hectáreas de superficie total, todo un pequeño mundo del que será su soberano exclusivo... y por supuesto, perfectamente terraformado. Nosotros no escatimamos el agua necesaria para convertirlo en un vergel, aunque para ello haya que traerla desde el mismísimo Cinturón de Kuiper, y le garantizamos bajo contrato una capa de tierra fértil de varios metros de espesor mínimo. También nos comprometemos a entregarle el asteroide con todos los accidentes geológicos

habituales tales como colinas, valles, lagos o ríos, así como con una ecología perfectamente equilibrada y funcional. Incluso le damos a elegir entre varios posibles climas según sus preferencias personales: tropical, templado, seco, húmedo, nevado... o si lo prefiere, podemos diseñarle uno a medida. Por supuesto tanto la flora como la fauna están garantizadas de por vida, ya que proceden de los mejores viveros genéticos del planeta, y todos los sistemas de control están automatizados con sistemas robóticos triplemente redundantes. ¿Quién puede igualarnos? -concluyó triunfante.

-Desde luego, lo que usted dice es tentador... -opinó tímidamente el cliente.

-Por supuesto que lo es. -respondió con aplomo el anfitrión, satisfecho al comprobar que tenía la venta en el bolsillo- Y todavía le parecerá más cuando le muestre los extras. Por un módico suplemento le podemos incluir una luna de regular tamaño, y también le puedo anunciar, hasta hace poco no podíamos decirlo puesto que se estaban tramitando los permisos legales, -retrucó, fingiendo una falsa complicidad- que en el mismo punto L4 donde estará anclada nuestra urbanización tenemos previsto construir un puerto deportivo para veleros solares... como verá, no escatimamos lo más mínimo a la hora de satisfacer a nuestros clientes. Por cierto, ¿desea tomar más brandy?

Y sin esperar la respuesta del interpelado volvió a rellenarle la copa con una generosa ración.

-Créame, dijo al fin- quienes adquieran uno de los asteroides de nuestra urbanización, que no por presunción nuestra se llamará *El Paraíso de las Estrellas*, serán unos auténticos privilegiados, una élite que podrá sentirse literalmente como los mismísimos personajes de *El Principito*; sin olvidarnos tampoco de las excelentes perspectivas de revalorización de su inversión. Aunque me atrevería a apostar con usted que, una vez asentado en su asteroide, se encontrará tan cómodo en él que no querrá mudarse a ningún otro lugar ni por todo el oro del mundo.

-Me gusta. -respondió a fin el cliente que, aunque no tenía ni la menor idea de quien pudiera ser ese *Principito*, se encontraba muy animado tanto por el triunfalismo de su interlocutor como por el innegable efecto de las dos copas que llevaba entre pecho y espalda- Me gusta. -repitió- Pero tendría que consultarlo con mi mujer, ya sabe, siempre ha sido bastante reacia a vivir fuera de la Tierra...

-Consúltela, por supuesto, pero le puedo asegurar que en esta ocasión no pondrá reparos. -respondió con complicidad al tiempo que se incorporaba y comenzaba a rodear la mesa del despacho- Primero, porque se encontrará muy a gusto en su nueva residencia, y segundo porque no tendrá que renunciar a su vida social; al contrario, cuando la

urbanización esté completamente habitada, podrán codearse ustedes con lo más selecto de la sociedad. ¿Me permite que le acompañe hasta la salida?

-¡Ah, se me olvidaba! -exclamó el visitante volviéndose sobre sus pasos- ¿Cuándo ha dicho que se entregarían los asteroides?

-Bien, ahora mismo estamos terminando con el proceso de selección, luego vendrán todos los trámites; ya sabe, la Agencia Espacial es muy exigente, y me parece lógico que sea así, con todo lo que suponga alterar la órbita de un cuerpo menor, máxime si se trata de enviarlo al Sistema Solar interno; el desplazamiento desde el Cinturón de Asteroides hasta el Punto de Lagrange, la terraformación... calcúlele usted unos cuatro o cinco años, aunque haremos todo lo posible por acortar el proceso.

-No me parece demasiado tiempo para todo lo que ofrecen...

-Por supuesto que no. -respondió el vendedor al tiempo que le estrechaba la mano- Ya lo sabe, "*La calidad ante todo*".

* * *

Algún tiempo después...

ESCÁNDALO INMOBILIARIO

Siguiendo las órdenes del juez instructor, en el marco de la denominada “Operación Principito” la Policía Interplanetaria ha procedido a arrestar a los principales responsables de lo que ya es considerado en círculos profesionales como el mayor caso de estafa urbanística de los últimos años.

Ciudad Barsoom, por nuestro corresponsal Buck Gordon

La pasada medianoche, hora del meridiano cero marciano, la Policía Interplanetaria procedió a la detención, bajo la imputación de estafa y corrupción urbanística, de los principales responsables de la empresa Nuevas Promociones Residenciales, promotora entre otros proyectos del controvertido *El Paraíso de las Estrellas*, con el cual se pretendía desplazar asteroides desde el cinturón principal hasta posiciones troyanas de la órbita terrestre, donde serían terraformados y convertidos en residencias de lujo para millonarios excéntricos.

Pese a lo que afirmaba la publicidad de la compañía, la citada promoción no contaba con autorización legal, aunque sus responsables supieron aprovechar ciertas lagunas de la legislación para presentarla como tal frente a sus potenciales clientes. Asimismo, se investiga la posible connivencia de algunos cargos públicos con competencias en el tema que hubieran podido incurrir presuntamente en delito de cohecho, aunque el secreto del sumario impide conocer los detalles.

Según un comunicado oficial hecho público por la asociación ecologista Universo Vivo, cualquier intento de alterar las órbitas originales de un cuerpo del Sistema Solar es siempre delicado, máxime cuando lo que se pretendía era nada menos que trasladar un enjambre de asteroides de regular tamaño desde el Cinturón Principal hasta el punto de Lagrange L4 de la órbita terrestre. Aunque estos puntos son estables desde el punto de vista de la mecánica celeste, una ligera desviación en sus trayectorias podría haber provocado que, en lugar de troyanos terrestres, hubieran quedado convertidos en asteroides de órbita rasante capaces de colisionar con nuestro planeta.

Paradójicamente, añaden, en estos momentos está paralizado por falta de presupuesto un proyecto, bautizado con el nombre de DAVID (por lo de la honda), que la Agencia Espacial considera prioritario y que consistiría en desviar, alejándolos hasta órbitas más seguras, a todos aquellos cuerpos, conocidos por los astrónomos como asteroides Apolo,

que cruzan en algún momento la órbita de la Tierra con el consiguiente peligro de colisión; aunque se trata de una probabilidad remota la posibilidad de que ocurra es real, y ya ocurrió en el pasado con consecuencias tan dramáticas como la extinción de los dinosaurios hace 65 millones de años. Por este motivo, concluyen, resulta preocupante que ciertos sectores políticos bloqueen iniciativas de esta naturaleza al tiempo que se muestran permisivos con otras de carácter opuesto que responderían a intereses exclusivamente especulativos.

Asimismo, Universo Vivo denuncia que los presuntos proyectos de terraformación de los asteroides, amén de ser tecnológicamente cuestionables, habrían provocado, de ser llevados a cabo, graves desequilibrios en unos astros en los que, a causa de su pequeño tamaño, la mayoría de los expertos no recomiendan realizar intervenciones tan radicales, al no conocerse suficientemente bien las posibles consecuencias de las mismas.

Por último, la fiscalía recuerda que en estos momentos se encuentra en trámite parlamentario el proyecto de ley que prohibiría la privatización de órbitas de posible interés público, entre las cuales se encuentran los puntos de Lagrange L4 y L5 de la órbita terrestre, la cual no pudo ser aprobada durante la legislatura anterior debido al recurso interpuesto por un grupo político al cual pertenecerían, según algunas fuentes consultadas por este periódico, algunos de los cargos públicos que pudieran estar involucrados en este caso, algo que ha negado el portavoz parlamentario del citado grupo político.

Los clientes de Nuevas Promociones Residenciales, entre los que al parecer se cuentan conocidos nombres de las finanzas, los deportes y el mundo del espectáculo, varios de los cuales habrían llegado a desembolsar según se cree elevadas cantidades de dinero a cuenta de “sus” asteroides, han contratado los servicios de un conocido bufete de abogados que se ha responsabilizado de la defensa colectiva sus intereses. Los responsables del bufete han confirmado este encargo, afirmando que se presentarán como acusación particular en el proceso judicial, y que basarán su acusación en el delito de estafa. Pese a nuestros reiterados intentos, rehusaron desvelar la identidad de ninguno de sus clientes acogiéndose al secreto del sumario y al derecho a la intimidad, al tiempo que desmentían cualquier tipo de responsabilidad de los mismos en una operación urbanística presuntamente ilegal o, cuanto menos, irregular, algo que según esta fuente era desconocido para sus clientes, que en todos los casos habrían obrado de buena fe.

SIDERA VISUS

El *Ad Astra*, la primera astronave interestelar construida en la Tierra, estaba a punto de hacer historia. Tras vencer la Maldición de Einstein demostrando de manera empírica que el desplazamiento hiperlumínico era posible, había logrado la proeza de salvar la distancia que separaba a la Tierra de Alfa Centauro en apenas unos meses.

En realidad hacia donde se dirigía era al sistema doble formado por las dos componentes principales, Alfa Centauro A y Alfa Centauro B, habiendo dejado atrás Próxima al estimar los programadores de la misión que no merecería la pena perder el tiempo en una insignificante enana roja cuando tenían a su alcance dos estrellas mucho más importantes y similares al Sol.

La compleja maniobra de deceleración y entrada en órbita del sistema doble fue realizada con total precisión, abriéndose ante los ojos de los afortunados tripulantes del *Ad Astra* unas imágenes jamás vislumbradas por ojo humano alguno. Porque, aunque ya se conocía la existencia de un planeta orbitando en torno a la componente B y se sospechaba que pudiera haber más, tanto tributarios de una u otra estrella como desplazándose en torno al centro de masas común, nadie sabía a ciencia cierta qué se iban a encontrar... y como solía ocurrir desde que las primeras misiones espaciales comenzaron a desvelar los misterios del cosmos, la realidad se mostró una vez más mucho más rica y compleja que las especulaciones más desatadas.

El sistema planetario de Alfa Centauro, con la complejidad añadida de los dos soles, fascinó desde el primer momento a los astrónomos. No tuvieron igual suerte los biólogos ya que, para decepción suya, no se pudo encontrar ningún planeta habitable. Ciertamente tampoco se esperaba ya que, según predecían las teorías, éstos sólo serían viables en estrellas solitarias como el Sol; pero la experiencia demostraba que el conocimiento humano del universo era tan precario que siempre cabía la posibilidad de una sorpresa... aunque no fuera así en esta ocasión.

No importaba. La información recogida por los astrónomos, los geólogos planetarios, los químicos y los físicos bastaría para tener entretenida a la comunidad científica mundial durante mucho tiempo. Más adelante nuevas misiones espaciales, de las que ésta había sido tan sólo un primer ensayo, conducirían a la inquieta humanidad hasta destinos potencialmente más propicios para la vida.

Rápidamente el tiempo fue transcurriendo, aproximándose cada vez más el improrrogable momento de la partida. Y fue entonces, poco antes de la conclusión de los trabajos científicos, cuando ocurrió lo imprevisto. Su descubridor no fue un astrónomo,

sino uno de los miembros de la tripulación encargado de supervisar en ese momento los sensores de proximidad del *Ad Astra*. Dada la complejidad dinámica del sistema planetario de Alfa Centauro, difícil de abordar incluso para los potentes ordenadores con los que estaba equipada la astronave, era necesario vigilar la multitud de cuerpos menores - asteroides, cometas y meteoritos- que pululaban por doquier describiendo órbitas aparentemente caóticas, en previsión de que alguno de ellos pudiera interponerse en su camino con el riesgo de una colisión catastrófica.

Por esta razón siempre había alguien velando porque esto no ocurriera, y de hecho habían sido varias las ocasiones en las que el *Ad Astra* se había visto obligado a desviar su trayectoria evitando la proximidad de una de estas escorias siderales. Sin embargo, esta vez se trató de algo muy distinto.

El joven serviola -se había rescatado este antiguo término marinero- había constatado la aparición repentina de un débil eco a escasa distancia de la nave, algo difícilmente explicable en una roca errante y, todavía más, considerando que el misterioso objeto parecía desplazarse, aparentemente, en paralelo con el *Ad Astra*, manteniéndose a una distancia constante de ésta.

La situación era tan insólita que el astronauta llegó a dudar de la veracidad de los datos, máxime teniendo en cuenta que la señal se desvaneció pasados unos instantes. Por supuesto allá afuera no se veía nada, pero los detectores multicanal, que barrían desde las ondas de radio hasta los rayos X, habían registrado algo en una estrecha banda perteneciente al ultravioleta lejano. La grabación reflejaba tan sólo una tenue turbidez en una región del espacio que, conforme a la distancia estimada, correspondía a una superficie, y probablemente también a un volumen, varias veces superiores a los del *Ad Astra*, y era tan débil -*fantasmagórica* fue el término empleado por su descubridor- que ni siquiera llegaba a ocultar el resplandor ultravioleta de las estrellas situadas tras ella.

La incredulidad de su superior, al que se apresuró a comunicárselo, no fue menor, máxime cuando un rastreo exhaustivo de la zona en la que había aparecido se reveló completamente infructuoso, demostrando que allí no había nada; pero la grabación había quedado registrada, incuestionable en su tozudez. Sin embargo, no tuvieron ocasión de adoptar ninguna decisión, si esto hubiera sido posible, ya que minutos después la totalidad de los ocupantes de la nave se sumían en la inconsciencia.

Según los relojes apenas habían pasado unos segundos cuando todos ellos despertaron de forma simultánea, aparentemente sin ningún daño y sin tener la menor idea de lo que les había podido ocurrir. Los médicos de a bordo realizaron las revisiones pertinentes, llegando a la conclusión de que, en apariencia, todos estaban sanos y sin ningún tipo de trastornos.

Nada parecía haber cambiado en el *Ad Astra*, salvo un pequeño detalle: cuando el astronauta que había detectado la anomalía intentó continuar con su estudio, descubrió con asombro que ésta había desaparecido del registro. Pero no estaba borrada, ya que entonces habría unos segundos en blanco ocupando su lugar; simplemente se había desvanecido, dejando tras de sí un registro completamente normal de esa región del espacio. Y como el oficial al que se la había mostrado justo antes del desvanecimiento no mostró el más mínimo interés por ella, acabó desentendiéndose él también al tiempo que se enfrascaba en otras tareas más apremiantes.

El retorno del *Ad Astra* a la Tierra fue, como cabe suponer, triunfal, lo que no evitó que todos los integrantes de la misión fueran sometidos a unos exhaustivos exámenes médicos, en parte rutinarios y en parte, también, motivados por el extraño fenómeno que habían experimentado, llegándose a idénticos resultados que los obtenidos a bordo. Huelga decir que el extraño desvanecimiento colectivo fue pronto olvidado, al igual que lo había sido la detección de ese objeto fantasma. Al fin y al cabo, lo único que importaba era la feliz conclusión del primer viaje interestelar de la historia.

Sin embargo...

* * *

En algún lugar del espacio que no era el espacio, flotaba una nave espacial que no era una nave espacial, al menos tal como se entendía en la Tierra. En su interior, sus dos únicos ocupantes dialogaban.

-Bien, misión cumplida -comentaba el primero de ellos, vagamente similar en su aspecto a un artrópodo de dos metros de alto-. Ahora sólo nos queda ultimar los detalles y volvernos a casa.

-Sí, yo también tengo ganas de encontrarme de nuevo en el nido -respondió el segundo, un centauroide de doble volumen corporal que su compañero-. Aunque los de mi raza tengamos fama de pacientes, no por ello dejamos de echar de menos nuestro ambiente. Y ciertamente, la misión ha sido larga y sobre todo, aburrida.

-Lo que no entiendo -objetó el artrópodo-, es por qué razón tuvimos que esperar hasta el final para insertarles los marcadores; podríamos haberlo hecho al principio, y así nos habiéramos ahorrado buena parte de la espera.

-No te falta razón, pero así estaba establecido en el protocolo. Puesto que no sabíamos como iban a reaccionar al marcado, era preciso que los estudiáramos previamente sin alterarlos, previniendo que pudieran surgir perturbaciones perniciosas. Por fortuna esto no

ocurrió, pero nos ha permitido acumular un gran volumen de información sobre esta extraña raza.

-Pues ya están estudiados y marcados, así que misión cumplida... me pienso tirar al menos seis años rascándome los élitros. Ahora que los sigan estudiando otros.

-Sí por supuesto que lo harán... gracias a los sensores que les insertamos nuestros científicos podrán tenerlos monitorizados a distancia, lo que nos permitirá conocer mejor a su sociedad y seguir su evolución futura. Y como los sensores son autorreplicantes, se multiplicarán acoplándose a nuevos portadores, hasta alcanzar una masa crítica.

-Pero esto se podría haber realizado in situ en su propio planeta, sin necesidad de tener que venir a este rincón tan aburrido de la galaxia...

-Olvidas de nuevo los requisitos del protocolo -le recriminó el centauroide-. Los científicos no se interesan por ninguna raza lo suficientemente primitiva como para que no haya sido capaz de abandonar su propio sistema planetario. Además de ser demasiado numerosas para poder estudiarlas en su totalidad, tampoco merecería la pena hacerlo, puesto que en la mayoría de los casos acaban malográndose mucho antes de alcanzar el umbral mínimo de civilización. Eso es algo que tienen que lograr ellas solas, luego ya habrá tiempo de ayudarlas una vez salidas del cascarón. De todos modos -añadió-, esto que hemos hecho es sólo el primer paso, todavía no tenemos ninguna certeza de que no puedan acabar colapsando; no sería el primer caso. Además, quienes nos interesan son tan sólo aquéllos que viajen fuera de su sistema planetario; así será mucho más fácil seguir sus movimientos y estudiar su comportamiento.

-¿Crees que descubrirán que les hemos manipulado?

-¿Cómo podrían saberlo? La aplicación del campo de éxtasis no pudo ser más breve; tan sólo estuvieron desconectados durante un breve lapso de tiempo, y sus médicos no detectarán en ellos ninguna anomalía, ni mucho menos los sensores que les aplicamos. Para ellos habrá sido un suceso inexplicable, pero intrascendente.

-Menos mal que borramos el registro de nuestra nave... no es que fuera demasiado importante, pero...

-Ése no fue un fallo nuestro sino del sistema de camuflaje, algo que tendremos que comunicar a los técnicos para que lo corrijan. No creo que de ninguna manera hubieran podido sacar conclusiones acerca de nuestra presencia, pero mejor así; nunca se sabe.

Y satisfechos por haber concluido con éxito su misión, enfilaron la nave rumbo a su lejano destino.

RUMBO A LAS ESTRELLAS

Hacía mucho tiempo, quizá siglos, que en la Tierra no se experimentaba tamaña excitación. La *Marco Polo*, la primera nave interplanetaria de la historia, estaba lista para iniciar su largo recorrido que la conduciría, en un viaje sin retorno, hasta un lejano planeta cuya misión sería de colonizar. Sus ocupantes, en número de diez mil, realizarían el viaje hibernados y, una vez llegados a su destino, procederían a expandir la llama de la humanidad en un mundo lejano y, se daba por supuesto, deshabitado.

El viaje de la *Marco Polo* sería el primero de una larga lista de expediciones colonizadoras que, si todo se cumplía tal como estaba previsto, pondrían al universo en manos del hombre; o, sin exageraciones, al menos el rincón de la galaxia que se extendía en un radio de varios centenares de años luz en torno a nuestro minúsculo planeta. Una afortunada conjunción de avances tecnológicos había propiciado, por un lado, la posibilidad de los viajes interestelares y, por otro, la posibilidad de detectar desde los poderosos telescopios de última generación aquellas estrellas en torno a las cuales orbitaban planetas aptos para la vida. Y la humanidad, impelida por su nueva misión, estaba dispuesta a aprovecharlos.

El momento del despegue de la *Marco Polo* se acercaba. El enorme navío cósmico, de cerca de un kilómetro de eslora, no partiría desde la Tierra ya que le habría sido imposible vencer su atracción gravitatoria, sino del punto de Lagrange L4 de la órbita lunar en el que había sido ensamblado. Cerca de él los imponentes cascos de sus gemelas *Cristóbal Colón* y *James Cook*, ambos en una fase muy avanzada de construcción, vaticinaban nuevas misiones, mientras en el punto de Lagrange L5, al otro lado de la Luna, los navíos *Erik el Rojo*, *Vasco de Gama* y *Neil Armstrong*, asimismo sin terminar, aguardaban pacientemente su turno.

El destino de la *Marco Polo* era una estrella situada a treinta y siete años luz, tan insignificante vista desde la Tierra que carecía incluso de nombre propio, habiendo sido clasificada por los astrónomos con las asépticas cifras de sus coordenadas celestes. Sin embargo esta estrella era similar al Sol y en torno a ella orbitaba un planeta asimismo similar a la Tierra, por lo que tan poco prosaica denominación había sido sustituida en el acervo popular por la mucho más poética de Edén.

En cualquier caso, cuando la *Marco Polo* partiera rumbo a su remoto destino los vínculos que unían a sus pioneros con el resto de la humanidad se romperían para siempre, en primer lugar porque éstos permanecerían hibernados durante los casi dos siglos que duraría el trayecto, y segundo porque el abismo que los separaría imposibilitaría ningún

tipo de comunicación dependiente de la velocidad de la luz. En una primera etapa, hasta que la nave se internara en las profundidades del espacio, sus sistemas automáticos seguirían manteniendo contacto con las estaciones de seguimiento emplazadas en la Tierra, pero luego, cuando el retardo provocado por la distancia se fuera ahondando y la intensidad de la señal emitida disminuyendo, llegaría un momento a partir del cual el silencio sería ya total.

Y al fin llegó el gran día. Tras las celebraciones y despedidas de rigor la *Marco Polo* desamarró -así se denominó a su partida, por más que se tratara de un antiguo término náutico de difícil aplicación en este caso- y lenta, pero firmemente, comenzaron a acelerar sus revolucionarios motores enfilando la proa hacia su distante objetivo. Mientras la gente volvía a sus quehaceres particulares, los responsables de la construcción de sus cinco hermanas se afanaban en terminarlas, al tiempo que las oficinas de reclutamiento repartidas por toda la faz del planeta se enfrentaban a la ardua tarea de seleccionar a sus tripulantes entre los millones de candidatos deseosos de sumarse a la gran aventura que acababa así de comenzar.

* * *

En las profundidades del espacio dos seres inteligentes dialogaban. Constituidos tan sólo de energía de una naturaleza además desconocida por completo en la Tierra, difícilmente habrían podido ser identificados no ya como tales, sino ni tan siquiera como un fenómeno natural. Y sin embargo existía, y eran el fruto de una evolución frente a la cual su equivalente humano resultaba tan sólo un efímero parpadeo.

-¿Probaste los nuevos bocados? -preguntaba uno de ellos a su compañero.

-Sí -respondió éste-, y los encontré bastante buenos, aunque quizá les falte todavía un poco más de maduración.

-Es normal, ten en cuenta que se trata de la primera cosecha... y ni aun eso, sino tan sólo de las primicias de la misma. Pero el vivero promete.

Antes de continuar, es preciso explicar que los miembros de la raza cósmica a la que pertenecían estos dos seres, cuyo nombre resultaría totalmente impronunciable para cualquier idioma humano, eran entre otras muchas cosas unos auténticos *gourmets*... a su estilo, por supuesto, ya que dada su naturaleza inmaterial en su dieta no entraban ni la tosca materia ni tan siquiera ningún rango de la radiación electromagnética, sino algo mucho más sutil a la par que completamente desconocido para los humanos. Y dentro de esta *eteridad*, llamémosla así ante la imposibilidad de hacerlo de una manera más precisa, había algo que para ellos constituía una auténtica *delicatessen*: las mentes -quizá otros dijeran las almas- de algunas de las primitivas razas que habitaban en los innumerables sistemas planetarios

que jalonaban las galaxias, las cuales acostumbraban a degustar con fruición dejando tras de sí, a modo de vacías vainas, unos cuerpos exangües que para nada les servían. Y como su *paladar* era tan refinado que el sabor de las especies salvajes les resultaba demasiado acerbo, desde hacía eones se habían especializado en cultivarlas de una manera controlada en planetas granja que cuidaban con esmero.

-Tienes razón, su sabor no estaba nada mal. Lástima que la cantidad fuera tan exigua.

-La calidad y la cantidad suelen estar reñidas, así que yo me decanto por la primera de ellas. La segunda es vulgar gula.

-Ya, pero se me hace la boca agua -su equivalente, se entiende- pensando en degustar más, la verdad es que esta nueva variedad me ha parecido bastante mejor que las anteriores.

-Pues tendremos que esperar, ya que el vivero no da para más. No obstante le auguro un buen rendimiento; la primera partida, aunque exigua, sólo fue el anticipo de otras muchas más, que confío mantengan la calidad. Quién sabe, puede, incluso, que podamos presentarlo a algún premio.

-Lo que yo no entiendo -objetó su amigo- es por qué hemos de esperar a que unos pocos miles de unidades alimenticias abandonen el planeta para capturarlas, cuando tenemos a nuestra disposición miles de millones pululando por él... y todas de nuestra propiedad. ¿Te das cuenta que estamos desperdiciando la práctica totalidad de la producción?

-Yo no lo veo así -repuso el primero-. Sabes perfectamente que cosechando en bruto la calidad media que se obtiene es muy mediocre, eso está bien para un producto industrial de consumo masivo pero no para los que pretendemos disfrutar mientras lo degustamos. Además montamos la granja para nuestro autoconsumo, por lo que bien podemos permitirnos el lujo de que la mayor parte de la cosecha se pierda; basta con que aprovechemos lo más selecto de la recolección. ¿No estás de acuerdo?

-Sí -rezongó molesto su amigo-, pero quizá pudiéramos haber encontrado un equilibrio, sin merma apreciable de la calidad, cosechando de forma selectiva en el propio planeta, en vez de esperar a que una mínima parte de los especímenes abandonen voluntariamente su hábitat y vengán hacia nosotros; será cómodo, no lo discuto, no tener que ir a buscar la comida, pero no veo hasta qué punto compensa encontrarnos a cambio con unos rendimientos tan ínfimos.

-Sigues siendo un glotón -se burló el interpelado-. Ya te he dicho que la cosecha aumentará de aquí a poco tiempo; nunca será demasiado elevada, eso es cierto, pero nunca se ha pretendido. En cuanto a recogerla directamente en el planeta vivero... ahí te

contradigo, por mucho que nos esmeráramos no podríamos evitar que la calidad se resintiera bastante. Está demostrado que la autoselección es el mejor método posible si queremos obtener un producto de calidad superior, ya que ésta les estimula y sólo los mejores serán los que se atrevan a dar el gran paso que ellos, pobres infelices, creen que les va a conducir a un mundo virgen en el que poder medrar. Pero a nosotros lo único que nos interesa es su calidad, todo lo demás es secundario. Y ahora tenemos que estar atentos, porque está a punto de salir la segunda remesa.

* * *

En el punto de Lagrange L4 de la órbita lunar la *James Cook*, ligeramente adelantada en la botadura a sus hermanas, iniciaba su viaje estelar en una ruta distinta a la de su predecesora, pero igual de larga que la de ésta. Ninguno de sus ocupantes, ni por supuesto nadie en toda la Tierra, tenía modo de saber que la *Marco Polo* era ya un sepulcro metálico en el que yacían diez mil cuerpos inermes y sin vida... idéntica suerte a la que correrían ellos y todos los que les siguieran pretendiendo conquistar el cosmos, lo que no impedía que el número de candidatos a viajar a las estrellas se siguiera incrementando día tras día.